

REVISTA CONTEMPORANEA

Madrid, 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez,
San Miguel, 23, bajo.

REVISTA
CONTEMPORÁNEA

TOMO V.

AGOSTO — SETIEMBRE

MADRID

REDACCION — ADMISNITRACION

SAN MATEO, 11, BAJO.

1876

EL HIJO DEL DESIERTO

POEMA DRAMÁTICO EN CINCO ACTOS

ACTO QUINTO.

(Decoracion del acto primero.)

ELPENOR (*saliendo de casa de Myron y volviéndose*).—¿Pero cómo tardas tanto, Myron? Ven, que te esperan.

MYRON (*apareciendo en el umbral de la puerta de su casa*).—Ya estoy aquí. Al instante te sigo; no hago más que quitarme mi traje de trabajo á fin de presentarme decentemente ante el concejo. (*Gritando dentro de la casa.*) ¡El cinturón, Actea, y el manto!

ELPENOR.—Yo me adelanto para anunciarte.

MYRON.—No, quédate, te repito. Dime, ¿es cierto lo que me has dicho palideciendo hace un instante al oído?

ELPENOR.—Es tal como lo he dicho..... En las alturas, en los alrededores hormiguean los Tectosagos, y los padres te llaman al concejo.

ACTEA (*trayendo el cinturón y el manto, seguida de Partenia*).—¡Oh, dioses! ¿Qué dices?.... ¿Cómo?

MYRON.—¿Qué os importa á las mujeres?..... ¡Dáme el manto, Partenia!

ACTEA.—Dime, Myron, ¿están en las puertas los Tectosagos?

MYRON.—Callaos, pues. Ellos no están todavía en la poblacion, á ménos que la traicion no les haya abierto las puertas.

ACTEA.—La traicion existe en todas partes; los Tectosagos encontrarán quien los auxilie..... Sí, lo encontrarán, tal vez lo han encontrado ya.

MYRON.—¿Qué estás diciendo de traidores y de que los auxilien?..

ACTEA.—No en vano chisporreteó la llama de nuestro hogar cuando él atravesó el umbral de nuestra casa; fué una señal que se nos dió, pero en vano.

ELPENOR.—Habla de Ingomar, de tu compañero el Tectosago.

MYRON.—¿Por él lo has dicho acaso? Entónces no hay peligro alguno.

PARTENIA.—¡Oh! No... El no puede ser un espía ni un traidor.

MYRON.—Ingomar es bueno y noble. Aquel que lo haya visto en la fragua es quien lo sabe. Es fuerte, y solo los débiles son falsos; tranquilízate, pues.

ELPENOR.—Pero ¿no vienes? Mira que te esperan.

MYRON (*arrastrado por Elpenor*).—Puedes estar tranquila, y no debes atormentarte con sustos imaginarios. Los padres me llaman al concejo como hombre que ha tenido contacto con esos salvajes; no te inquietes, pues. Todo martillo concluye por encontrar su mango, y nosotros saldremos bien de este negocio. Yo al ménos no les tengo ningun miedo á los Tectosagos, puesto que ya he hecho mi aprendizaje.

ELPENOR (*arrastrándole*).—Acaba, pues, de venir. (*Salen por la izquierda.*)

ACTEA.—¡Se va y yo me estoy muriendo de susto!... ¡Los enemigos en las puertas! ¡Myron citado ante el concejo!... ¡Y si en vez de consultarle le pidiesen cuenta de su locura! ¡Y si por ventura le condenasen!

PARTENIA.—No te atormentes, madre mia... Los padres conocen ya la historia de Ingomar y aprobaron la acogida que mi padre le ha dispensado.

ACTEA.—¡Oh! ¿Por qué habrá hecho esto? Estoy segura de que ese bárbaro ha de traer la desgracia á nuestra casa.

PARTENIA.—Paréceme, madre, que él fué quien te devolvió tu hija.

ACTEA.—¡Sí, es cierto; pero ántes habia levantado su arma contra tí y redujo á tu padre á la esclavitud!.... Y luego, sólo su aspecto, con sus largos cabellos, su inculta y erizada barba, me oprimieron el corazon.

PARTENIA.—Pero ahora tiene sus cabellos y barba lo mismo que un griego.

ACTEA.—En la calle los niños le tomaban por un sátiro á causa de su peluda piel, y corrian tras él.

PARTENIA.—Pero sabes que ahora se viste como todo el mundo.

ACTEA.—¡Sí, él es griego si se le juzga por la túnica y el manto; pero su modo de andar, su aire, el sonido rudo de su voz, su orgulloso gesto, su mirada y su palabra, todo sigue revelando al salvaje!.... No puede quitarse el olor acre de los bosques.

PARTENIA.—¿Cómo es posible? Al modo que los bosques, su alma respira libertad, valor y fuerza.

ACTEA.—¡Sí, la fuerza del oso!.... ¿No estuvo á punto de estrangular á su adversario en la fiesta de Artemisa? ¡Salvaje!.... ¿Y no aporreó á otro en el juego del cesto?.... (1).

PARTENIA.—¿Pero no estranguló tambien al oso que devastaba el país?.... Y aquella vez, cuando en el puerto la barca de Lisipo luchaba contra la tempestad, ¿quién fué en su ayuda?.... ¿Quién reemplaza á mi padre en la fragua..... en el arado..... en todas las faenas?....

ACTEA.—Es cierto; yo lo sé y tambien..... Pero él está orgulloso de esto y apenas repara en mí..... ¡Aunque trate de hacernos creer que es puro como el oro, yo sigo firme en lo que he dicho: es un espía del enemigo, un traidor, y voy á decírselo en su cara!.... (*Llamando dentro de la casa.*) ¡Ingomar!

PARTENIA.—¡No, madre mía, no hagas eso por todos los dioses, respeta los derechos de la hospitalidad!.... Su corazon desconoce la mentira y la traicion.

ACTEA.—Yo te digo que..... (*Llamando.*) ¡Ingomar! ¡Ya le

(1) *Cesto ó ceston.*—Guante de cuero guarnecido de plomo que servia para las luchas de gladiadores.—(*N. de la R. C.*)

verás asustarse, temblar, palidecer!..... Suceda luego lo que quiera..... ¡Ingomar!.....

PARTENIA.—¡Oh! ¡Qué poco conoces ese alma de niño, ese corazón tan noble!

INGOMAR (*saliendo de la casa y bajando las gradas*).—Aquí estoy..... ¿Me has llamado?

ACTEA.—¡Por fin!..... Te he llamado tres veces.

INGOMAR.—Yo manejaba el martillo al mismo tiempo que cantaba una canción..... Puede ser que.....

ACTEA.—Una canción..... ¡justo, eso es! Tú cantabas las alegrías del encuentro..... ¿No lo sabes acaso?..... ¡los Tectosagos están acampados al rededor de la población!

INGOMAR.—¡Los Tectosagos!..... ¡Cómo!..... Entonces será que pasarán por aquí para ir al país de los Alobrogos, pues van allí.

ACTEA.—¿De veras?..... ¿Una expedición á los Alobrogos?..... ¿Tú aprovecharás seguramente esta dichosa casualidad para hacer una visita á tus amigos?.....

INGOMAR.—¿Para qué? Ellos siguen su camino y yo el mio.

ACTEA.—¡Eh!..... Pues hay gentes que sospechan, que creen, que aseguran que vuestros caminos son los mismos.

INGOMAR.—¿Cómo?..... ¿Qué es esto?

ACTEA.—Se dice también que tú te has introducido aquí sólo para abrirles las puertas.

INGOMAR.—¡Yo!..... ¿Y quién dice esto?.....

ACTEA.—¡Yo, que te lo digo en tus mismas barbas!..... ¡Eres un espía, un traidor; ahí tienes lo que eres tú!

INGOMAR (*precipitándose hacia ella*).—¡Mujer!..... yo te digo que..... Pero no..... no..... á tí no te digo nada..... (*Entra en la casa.*)

ACTEA.—¡Se va... se contiene y se rie de mi ira! ¡Desdeña contestarme!... Se atreve todavía... ¡Y tengo que soportar todo esto yo, la mujer de Myron, la ciudadana de Masalia!..

PARTENIA (*andando hacia la casa y llamando*).—¡Ingomar!

ACTEA.—¿Para qué le llamas?.. ¿Quieres tal vez que repita su insulto?...

PARTENIA.—No, sólo quiero que te conteste.

ACTEA.—Para nada quiero yo su respuesta ahora... ¡Dioses!

Tal vez Myron en este momento... ¡Corro á la ciudadela!... Tú escúchale como siempre, creyendo de buena fé en su palabra, y quieran los dioses librarnos... ¡Yo ya le conozco y no me engañará más!... (*Sale por el fondo.*)

PARTENIA.—Se va furiosa... y la culpa es de él, de él sólo; pues aunque ella ha hecho mal... (*Ingomar sale lentamente de la casa con la cabeza inclinada.*) ¡Ya está aquí!.. Acércate, Ingomar. Dime: ¿no sabes tú que nuestras costumbres han libertado hace tiempo á la mujer de la servidumbre, que es igual al hombre, que es su amiga y que goza de los mismos derechos que él?

INGOMAR.—Sí, ya sé que esas son vuestras costumbres.

PARTENIA.—¿Y no te he dicho siempre que tienes que respetar al ama de la casa, á la mujer de Myron... á mi madre?.. Pues bien; ¿es ese el modo de respetarla, dejarte llevar de tu génio y volverle las espaldas?

INGOMAR.—Pero tú tambien me has dicho que si tu madre me ofendia injustamente, debia yo de contenerme y marcharme por respeto á la ancianidad; pues tales son vuestras costumbres... Yo me contuve y me marché.

PARTENIA.—¿No podrias haberla mirado tranquilamente y haberla dicho con calma: te equivocas, yo no soy ni un espía ni un traidor?.. Pero tú te has dejado como siempre arrastrar por tu génio y has sido la causa de que me hayan reconvenido tambien.

INGOMAR.—¿Tambien tú estás enfadada conmigo?

PARTENIA.—¿No llegarás nunca á aprender que es preciso tomar á los hombres como son, y pensar las palabras ántes de decirlas?

INGOMAR.—¡Nunca!... ¡Jamás!... ¡Cuántos esfuerzos no he hecho ya por grabar tus palabras en mi corazon! Las repetia en mi lecho, en la fragua, mientras araba..... He tratado de apropiarme por todos los medios vuestra naturaleza, vuestras costumbres finas y astutas..... ¡Pero no las aprenderé nunca!

PARTENIA.—Toma aliento, pues ya has aprendido mucho.

INGOMAR.—¡Oh, bosques mios, donde el corazon lanza la palabra, donde la accion nace con el pensamiento!....

Vosotros, vosotros empequeñeceis la vida con vuestras fórmulas: «¡Buenos días! ¡Gracias! ¡Me atreveré á!....» ¡Y llamas á eso fino, gracioso, noble y bello! ¡Yo no puedo aprenderlo, ni lo aprenderé nunca!.... ¡Lo que agita mi interior, sea amor ú odio, pena ó alegría, brota de mis labios, anima mis facciones y brilla en mi mirada!.... Yo soy lo que soy y no puedo ser de otro modo.

PARTENIA.—Ni lo debes de ser tampoco... Yo no quisiera que tú fueras de otro modo... ¡Soy dichosa al saber que todo lo que expresan tu mirada, tu boca, tus facciones, es verdadero, y sinceramente sentido; pero hasta la misma franqueza de un alma generosa debe de contenerse!... ¡Ya has aprendido tanto!... ¡Tú respetas la ley y el orden, has abandonado el culto de los dioses sanguinarios y has abrazado la hermosa fé de mi pueblo!... Eres ya griego de corazón, sólo te faltan la gracia y las maneras, pero también las adquirirás, segura estoy de ello... El que de una piedra bruta ha sabido formar una imagen divina, sabrá también pulir y trabajar el mármol.

INGOMAR (*acercándose á Partenia*).—¿Y si yo lo aprendiese, Partenia?... Si lo consiguiese... Sí... Entonces...

PARTENIA (*retrocediendo*).—No lo has aprendido todavía, ni lo aprenderás tan pronto.

INGOMAR.—Así eres tú, en vez de recompensar el ardor del discípulo, le alejas siempre el fin; hasta me quitas lo que había ganado ya... ¡Antes, tú me buscabas, me consolabas, me contabas historias, me cantabas canciones, y ahora me evitas y huyes de mí!...

PARTENIA.—¿No te estoy acaso hablando en este momento?... Esta es otra cosa que tienes también que aprender; el gozar de la ocasión agradeciéndola.

INGOMAR.—Tienes razón, tú me hablas y tu mirada desciende hasta mí... ¡Atrás el pasado!... ¡Y también el porvenir!... ¡Venga lo que quisiere con tal de que yo pueda mirarme loco de amor en tus ojos!...

MYRON (*detrás de la escena*).—¡Partenia!... ¡Partenia!

PARTENIA (*como despertando de un sueño*).—¡Ah! ¡Mi padre!

MYRON (*aparece seguido de Actea*).—¡Partenia, ven!...

PARTENIA.—¡Aquí estoy, padre mio!

MYRON.—Bueno... ¿Ingomar?... Lo encuentro tambien...
Más vale así.

ACTEA.—Pero ¿qué hay?... ¿Por qué atraviesas las calles como un loco?... ¿Acabaré de saberlo al fin?

MYRON.—Déjame por ahora tomar aliento, pues vá á venir en seguida.

ACTEA.—¿Quién, el enemigo?...

MYRON.—¡Dále con tu enemigo!... ¡El Timarco, el augusto Timarco!... Viene á buscar á Ingomar.

ACTEA.—¡Ya lo veis! Ya lo decia yo, que sólo nos traeria desgracias.

MYRON.—¡Tú estás desvariando!... ¡Nos trae honores y consideracion! ¡Míralos, ya están ahí!... Entrad en casa, que yo me adelanto para recibir dignamente al Timarco.

ACTEA.—¡Consideracion!... ¡Honores!... ¡El corazon me late como un martillo de fragua!

EL TIMARCO (*que aparece con su acompañamiento, á Myron que se esfuerza en hacer cortesías*).—¡Basta, Myron!... ¿Dónde está tu compañero?

MYRON.—¡Aquí está, señor!... Si os agrada, podeis entrar con él en la casa.

EL TIMARCO (*haciendo seña á sus gentes de retirarse*).—¿Para qué? Ahí está tu familia y nosotros estamos solos... Acércate... ¿Te llamas Ingomar?...

INGOMAR.—Tú lo has dicho.

MYRON (*á media voz á Ingomar*).—Dí señor... Ya lo oyes, ¡Señor!

ACTEA (*á media voz á Myron*).—¡Sí, sí, bien puedes enseñarle las maneras!

EL TIMARCO.—Me han dicho que querias aprender las costumbres griegas, ó más bien que ya las has aprendido, que quieres ser completamente uno de los nuestros, un ciudadano de Masalia.

INGOMAR.—Ese es mi deseo.

EL TIMARCO.—Y Masalia se presta á ello. Te fabrica una casa en su recinto añadiéndola tres fanegas y te concede todos los derechos de voto y de vecindario.

INGOMAR.—¿A mí?...

PARTENIA (*aparte*).—¡Dios clemente!

MYRON (*á Actea*).—¡Ya lo ves, mujer!

EL TIMARCO.—¡Más aún!... Treinta onzas de plata serán el dote de la hija de Myron, que será el ama de tu casa.

INGOMAR.—¡Partenia!...

EL TIMARCO.—Todo esto será tuyo si pruebas que la felicidad de Masalia te interesa verdaderamente.

INGOMAR.—¿Qué he de hacer, pues? Dilo... A ménos que no me pidais que arranque la tierra de sus goznes, que azote el agua del mar ó que desprenda las estrellas del cielo, haré todo lo que me digais.

EL TIMARCO.—Pues escúchame... Los Tectosagos están acampados al rededor de la poblacion... Tú que has sido uno de los suyos conocerás el atrevimiento de ese pueblo, su crueldad y su afan de botin... Si ellos se mostrasen hostiles...

INGOMAR.—Ellos van contra los Alobrogos, pero no contra vosotros; estoy seguro de lo que digo.

EL TIMARCO.—Sea lo que sea, ellos son peligrosos, y Masalia piensa verse libre por tí de esos molestos vecinos... Oye, pues, lo que te encargamos... (*Conduciendo á Ingomar dos pasos más léjos.*) Te vas al campo de los Tectosagos como quien va á ver á sus antiguos amigos y á saber noticias de su país; observas la ocasion, las trincheras, la entrada del campo; te apoderas de la consigna, vuelves por la noche, y poniéndote á la cabeza de nuestra milicia, sorprendes á esos bandidos haciéndoles sufrir la suerte á que ellos han condenado á tantos otros... Esto es todo lo que te pedimos... Cuando lo hayas hecho...

INGOMAR.—Yo no lo haré.

EL TIMARCO.—¿Qué dices?

MYRON.—¡Ingomar!

INGOMAR.—¡Que no lo haré!.. Enviad á otro cualquiera; no seré yo quien vaya á sorprender su confianza, á hacer traicion á hombres dormidos; yo no entregaré á la muerte á hombres que hablan la lengua de mi patria!... ¡No lo haré nunca!... ¡Jamás!... ¡Por ningun precio!...

EL TIMARCO.—Lo harás... si piensas bien en la recompensa que te ofrecen Myron y Masalia.

INGOMAR.—Todo lo abandono, pues que ella... ella es todo para mí, mi vida está unida á ella por mil raíces y yo esperaba que floreceria en la primavera. Yo lo abandono todo, porque si la poseyese y con ella toda la dicha del mundo, esa dicha comprada á precio de la sangre de mis hermanos asesinados durante su sueño, seria para mí una eterna desesperacion...

EL TIMARCO.—¿Tú tienes en tu corazon el amor á los bárbaros y quieres ser griego?...

INGOMAR.—Yo queria serlo, yo me habia separado de mi pueblo para buscar una pátria en la de Partenia... Yo era sincero y hubiera asistido fielmente á un combate leal... ¡Pero vosotros meditais la traicion é intrigas viles!... ¡Vuestras armas son la astucia y la mentira!... ¡Oprobio y vergüenza sobre vosotros!... ¡Vergüenza!

EL TIMARCO.—Modera tu lenguaje, demasiado vivo... Yo te dejo tiempo hasta las doce para que reflexiones... ¡Si rehusas, desleal, tu aliento no apestará más el aire!... La suerte del espía y del traidor será el destierro... Y peor todavía... Escoge, pues... ¡En cuanto á tí, Myron, que nos has aconsejado tan mal haciéndonos creer sin reserva en este hombre, toma tus medidas!... Si se probase que tu fidelidad, que elevas hasta el cielo, se parece á la suya, nosotros la encontraríamos muy corta y llenariamos la medida con tu sangre y con tu vida. (*Se vá con su acompañamiento.*)

ACTEA (*despues de una pausa*).—¿Quién tiene la razon ahora?... ¿Dónde están las consideraciones y los honores que nos trae tu Ingomar?... Compromete á nuestra hija, te hace sospechoso y concluirá por hacer que te corten la cabeza.

MYRON.—¡Hacerme cortar la cabeza!... ¡Yo le abandono!... ¡Yo no quiero saber nada más de él!... ¡Te cierro mi puerta, Ingomar!... ¡Vete!... Ellos verán que soy un digno hijo de Masalia, un valiente ciudadano... ¡Entra tú, Partenia, lo más pronto posible!... (*A Ingomar.*) ¡Ya te he dicho que te vayas!

INGOMAR.—¡Myron!

MYRON (*mientras que Actea y Partenia entran*).—Ni una

palabra más quiero oír... ¡Cállate! Cierto es que ahora estamos solos y te lo puedo decir... Aunque me hayas jugado una mala pasada, si yo tuviese dos cabezas te sacrificaría gustoso una de ellas; pero sólo tengo una... ¡Márchate! Es preciso que te vayas... (*Levantando la voz.*) ¡Yo soy un digno ciudadano! Vete... Yo te abandono... ¡Adios! (*Entra y cierra la puerta tras él.*)

INGOMAR.—¡Ya está hecho!... Todo perdido... Todo... ¡El porvenir se presentaba ante mí tan claro y brillante!... ¡Me parece que aunque yo nunca la hubiera merecido, no por eso habría dejado de obtenerla!... ¡Y ahora todo está perdido; nunca me pertenecerá, ya no la veré más y no oiré nunca el argentino sonido de su voz!... ¡Jamás! Con que sólo hubiese dicho sí... Pero aunque tuviese mil años para reflexionar diré siempre no... no... no... Verdad es que podría haberlo dicho con palabras menos duras, pero yo no puedo difrazar el sentimiento franco y sincero de mi alma. Sí, eso es, justamente; aunque yo me dedicase años enteros á aprenderlo, seguro estoy de que jamás llegaría á conseguirlo... Nunca... Soy un salvaje, y mi destino me atrae á los bosques con mis iguales... ¿Por qué tardar, pues?... ¡Volvamos!... ¡Léjos de aquí!... ¡Léjos!... Y si la baja sospecha de estas gentes me cierra sus puertas, las destrozo ó muero... ¡Partamos!... ¡Partamos!...

PARTENIA (*saliendo de la casa*).—¿Quieres partir, Ingomar?

INGOMAR.—Es preciso separarnos; los dioses así lo quieren. ¡Los mortales no pueden hacer nada contra ellos!

PARTENIA.—Te vas... ¿Y á dónde vas?

INGOMAR.—No me lo preguntes. En toda la tierra no hay para mí más que dos sitios: el cielo, que es donde tú estás, ó el desierto, donde tú no te encuentras. Al desierto voy. El hijo de la naturaleza vuelve á su madre; ella me ha dado como herencia la fidelidad, y yo la guardaré á los que son mis hermanos, aunque sean bárbaros. Sin fidelidad, el alma vacila como la barca en el mar, como las cañas sacudidas por el viento. ¡Ah! ¡Si yo hubiese pensado de otro modo, tú me hubieras enseñado á creerlo, pues que no puede amar quien no es leal y honrado!

PARTENIA.—¿Y me quieres abandonar?

INGOMAR.—Es fuerza que así sea. Yo sé que te debo mucho, pues ántes yo no apreciaba más que la fuerza; la vida era para mí una ánfora llena, y cuanto más se desbordaba, más bella me parecía. Tú has tejido la corona al rededor de los bordes, tú me has hecho apreciar la medida en la fuerza, y la forma junto á la materia. Tú me has hecho conocer los encantos del amor, del amor cuyas delicias nos igualan á los dioses y cuyos mismos dolores son un arrobamiento. Todo esto te debo, y yo en cambio habia soñado para tí una dicha inmensa como ninguna mujer habrá podido imaginarla. La ilusion se ha desvanecido: un sólo consuelo me queda en mi naufragio y en mi desesperacion: haber hecho lo que debia. ¡Adios, pues!.. ¡Tu imágen me acompaña; conserva tú la mia, Partenia!.. ¡Adios!

PARTENIA.—¿Y te vas á marchar así, en seguida? ¡Yo no lo quiero! ¡No tan pronto!

INGOMAR.—Cuanto más repentina es la muerte, es más dulce el tránsito. Morir lentamente es morir mil veces. Yo estoy convencido de que tú no me ves partir sin pena, y esto me basta. ¡Adios!

PARTENIA.—Bien... Puesto que lo quieres, ya no te detengo más. Pero has olvidado tu daga, que al llegar confiastes á mi padre.

INGOMAR.—¿Qué me importa? La esperanza hizo que un dia cayese de mis manos, y hoy, ¡hoy!..

PARTENIA.—Tú no puedes marcharte sin tu daga. Tú me la has dado y yo quiero devolvértela. (*Sale rápidamente.*)

INGOMAR.—Yo no quiero. ¡Espera!... Ya se marchó. Así convierte en un siglo la hora amarga de la despedida. Y mi dolor brota cada vez más ardiente, como si quisiera matarme, y sin embargo, no me mata. ¡Oh! Irrision! ¡La vida cede á un pedazo de acero, y resiste á este profundo desgarramiento del corazon!

PARTENIA (*volviendo con la daga*).—Aquí tienes tu daga. Yo te la he guardado pura como me la diste.

INGOMAR (*estendiendo lamano para coger la daga*).—¡Gracias!

PARTENIA.—No, deja que yo te la lleve.

INGOMAR.—¿Qué estás diciendo?

PARTENIA.—¿No te he llevado ántes la lanza y el escudo?
¿Pues por qué no he de llevarte tambien la daga?

INGOMAR.—¡Ay, entónces!... Pero no, tú no debes acompañarme; es preciso que nos separemos aquí mismo y en seguida.

PARTENIA.—¡No, Ingomar, no! ¡Yo he de llevar tu daga!

INGOMAR.—Pues bien, llévala hasta el mercado.

PARTENIA.—No, la llevaré un poco más léjos, otro poco más léjos, hasta las puertas de la poblacion; más léjos aún, hasta el mar, y más allá todavía, por los montes y valles, á Oriente, á Occidente y donde quiera que tú vayas; mientras yo viva, mientras que mi corazon lata, llevaré tu daga.

INGOMAR.—¡Oh, Partenia! Quieres acaso...

PARTENIA (*dejando caer la daga y enlazándole con sus brazos*).—¡Seguirte, á do quiera vayas!.. ¡Tu camino será el mio y tu idea la mia! ¡La lengua que pronuncien tus lábios será la mia, tu dicha mi felicidad y tu pena mi dolor!.. ¡Soy tuya! ¡Te pertenezco y no pensemos más en separarnos!

INGOMAR.—¡Dioses eternos! ¿Es esto acaso un sueño engañoso? ¡Tú sobre mi corazon, Partenia! ¡Me amas tú, la hija de Masalia, al extranjero, al bárbaro!

PARTENIA.—¡Oh! ¡No te llames más así! ¿Qué somos nosotros comparados contigo? ¡Cómo te miraban mudos y confusos esos griegos orgullosos, cuando tú, que has venido á aprender sus leyes, les has enseñado la santa ley que los dioses han grabado en nuestros corazones! ¡Cuán sublime y bello aparecias tú á mis ojos inmolando á la virtud, más que tu existencia, la esperanza de ella! ¡Oh! ¡Cuán humillada me sentia al ver que te habia querido enseñar! ¿Y enseñarte qué? Lo que ellos me han inculcado penosamente. Vanas fórmulas, palabras, necedades; cuando tú has recibido de la mano de los dioses oro puro, un alma recta y generosa. ¡Y yo que habia querido aprisionar este corazon sincero en formas engañosas! ¡Perdóname! ¡Ahora comprendo bien que el ser griego no significa nada y que encerrar dentro del pecho un corazon verdaderamente humano, es todo, absolutamente todo!

INGOMAR.—¡Partenia mia!.... Mi cabeza vacila..... ¡Mia!
¡Mia!

PARTENIA.—¡Oh! Hace tiempo que era tuya. Yo te pertenecí desde el día en que te ví llorar y temblar dejando escapar la daga que en tu mano amenazaba mi vida. Desde ese día un mismo pensamiento vivifica nuestras almas, un sólo deseo, una misma esperanza hace latir nuestros corazones. Yo me esforzaba en ocultarlo, como hacen las jóvenes, pero cuanto más me esforzaba más te quería... Yo te amaba, pero hoy te comprendo y te conozco. ¡Y si yo te miraba como desde mayor altura, si yo quería hacerme merecer, si yo te sometía á las pruebas más duras ¡oh! qué no diera ahora por pagar ese vano orgullo! ¡Soy tuya! ¡Tómame como quieras! Mujer, criada, esclava, me inclino ante tí y caigo entre el polvo á tus piés.

INGOMAR (*levantándola precipitadamente*).—¡Tú á mis piés!... ¡Tú mi esclava! ¡Nunca! ¡Seremos dos troncos de una misma raíz entrelazando sus ramas para elevarse al cielo! (*Permanecen abrazados mientras aparecen Myron y Actea.*)

ACTEA.—¡Puedes convencerte por tí mismo!

MYRON.—¡Truenos!... ¿Quieres hacer que me corten la cabeza, hija imprudente? ¡Vamos, entra cuanto ántes!

PARTENIA (*abrazando á Ingomar*).—¡No entraré sin él!

ACTEA.—¡Yo no sé lo que me pasa!

MYRON (*á Ingomar*).—¡No te he negado la hospitalidad y te he dicho que buscases otro asilo? ¡Vete, pues!

INGOMAR.—Pero no sin ella. Ella lo ha decidido y vosotros no nos separareis. ¡Ella es mia! ¡Me pertenecerá toda su vida!

MYRON.—¡Estais locos!

ACTEA.—¡Y lo peor es que por allí abajo viene el Timarco!

MYRON.—¡Ahora! ¡Esto era lo único que faltaba!

ACTEA.—Y mira, mira: los bárbaros le acompañan.

MYRON.—Ellos no habrán ya... Pero no, tienen ramos verdes. Son, indudablemente, mensajeros enviados por los Tectosagos. (*El Timarco con su comitiva; Alastor y Novio con ramos verdes.*)

EL TIMARCO.—Aquí está el hombre que buskais. Ahora haced saber el mensaje que traeis.

NOVIO.—¡Es él!

ALASTOR.—¡Sí, es él mismo! ¡Ingomar!

INGOMAR.—¿Qué veo? ¡Sois vosotros!

ALASTOR.—¡Salud en nombre de todos, Ingomar!

INGOMAR.—Gracias... Pero decidme ¿qué es lo que quereis?

ALASTOR.—Ibamos á marchar al país de los Alobrogos cuando supimos que uno de los nuestros era esclavo en esta ciudad griega.

NOVIO.—Y creimos que los hombres de Masalia te habian sorprendido en los bosques, reduciéndote á esclavitud.

ALASTOR.—Todos, pueblo y jefes, fuimos dominados por la ira. Así es que nos han enviado aquí para ver si te han reducido á esclavitud á tí, orgullo y gloria de nuestro nombre. Si así fuera, en vez de hacerle la guerra á los Alobrogos, haremos alianza con ellos y con los Eduenios y los Helvéticos, reuniremos toda la Galia al rededor de la poblacion y no cesaremos hasta que esta infamia esté vengada.

EL TIMARCO.—No, valientes mensajeros de un noble pueblo; los dioses propicios no permitirán que por una vana sospecha se armen todos los valientes pueblos de la Galia para una sangrienta guerra contra esta pobre poblacion. Las cosas no son como creéis; este hombre.....

ALASTOR.—¡Silencio! Nosotros hemos sido enviados á Ingomar... sea él quien hable.

NOVIO.—Habla sin temor y dilo todo. ¿Te han hecho esclavo?

INGOMAR.—¡Soy libre! Yo he venido libremente, y si he servido, mi voluntad sola ha sido la que ha escogido el yugo y la brida.

ALASTOR.—Bueno, si tal ha sido tu voluntad... Pero dinos cómo te han tratado, pues este pueblo es muy presuntuoso. ¡Nos llama bárbaros! ¿Te han mirado como huésped digno de ellos?

NOVIO.—¿No te han ofendido con sus burlas? ¿Te han concedido los mismos derechos y los mismos honores que á los otros?

ALASTOR.—Habla, y si una sola mirada te ha ofendido, pronto será Masalia un monton de cenizas.

EL TIMARCO (*con voz insinuante*).—Dejad que yo os dé mi testimonio, amigos.

ALASTOR.—¡Sólo con él hablamos!

EL TIMARCO (*muy intranquilo*).—¡Pero escuchadme!

INGOMAR (*al Timarco*).—Tranquilizaos. ¡Yo no tendré más que decirles que hoy mismo me has ofrecido el derecho de ciudadano, una casa, campos y la mano de Partenia!

NOVIO.—¡La que era nuestra esclava!

ALASTOR.—¡Esta mujer ha sido, pues, la que ha alejado tu corazon de nosotros! ¡Sea lo que los dioses quieran! ¡Adios, hoy mismo avanzamos hácia los Alobrogos, y que Masalia viva en paz!

EL TIMARCO.—Hagamos una cosa mejor que la paz; hagamos un pacto de amistad; más aún: puesto que nosotros hemos igualado uno de los vuestros con el pueblo de esta ciudad, conceded tambien á nuestros ciudadanos el paso y la hospitalidad en vuestras montañas; os ofrecemos una alianza; aceptadla.

ALASTOR.—Nosotros no tenemos plenos poderes para eso; pero venid con nosotros y conferenciareis con los jefes de nuestro pueblo.

EL TIMARCO.—¡Sea! ¡Yo os sigo, y quieran los dioses colmar nuestros deseos! (*A Ingomar mientras que Alastor y Novio hablan bajo en el fondo de la escena.*) ¡Pero antes quiero decirte una palabra, valiente Ingomar! Negando tu mano á nuestros proyectos, nos has preparado mejores utilidades de las que osábamos esperar. En tu lealtad se ha encontrado la sabiduría. Te damos, pues, lo que te habiamos ofrecido: la hija de Myron, las treinta onzas de plata, la casa, los campos y todos los privilegios y derechos de nuestros ciudadanos. (*A Myron.*) ¡Ahí tienes á tu yerno... sed dichosos! (*Parte con su comitiva y los Tectosagos.*)

MYRON (*á Actea*).—Y bien, vieja, ¿quién tenia razon? ¡Ya tienes un yerno! ¡Con una casa, campos, derechos de ciudadano y treinta onzas de plata!

ACTEA.—No por eso dejará de ser siempre un Tectosago.

INGOMAR.—¡Mia, Partenia, por toda la eternidad! ¡Apenas me atrevo á creerlo! ¡Cumplido el voto de mi corazón! ¡Deshecho el nudo fatal! ¡Los dioses reconciliados! ¡Llegados al puerto por un camino tan rápido y dulce!

PARTENIA (*abrazándole*).—¡Es el camino del amor!...

(*Cae el telon.*)

FIN.

FEDERICO HALM.

CASUALIDAD.

Soñé, y en la dormida inteligencia
 Ví al humano, con ánsia desmedida,
 Buscando los principios de la vida
 Y dudando á la vez de su existencia;
 Ví al ócio revestido de prudencia,
 Ví la Igualdad tornarse fraticida,
 Ví la diosa Razon entumecida
 Y en el cáos á Dios y á la conciencia.
 Ví una raza luchando con la muerte,
 A Europa envuelta en sangre y desgarrada,
 Más lejos, sin girar, la tierra inerte;
 Y aún de mi sueño aquel horrorizada,
 Me despertó, con peregrina suerte,
 De un loco que pasó la carcajada.

ROSARIO DE ACUÑA DE LAIGLESIA.

ESPAÑA Y LA LIBERTAD

OBRA PÓSTUMA DEL CONDE DE MONTALEMBERT.

I.

Al empezar en la REVISTA CONTEMPORÁNEA la publicación del extracto de *España y la Libertad*, ofrecimos emitir nuestra opinión sobre esta importantísima obra del ilustre conde de Montalembert. Más de una vez nos hemos arrepentido de haber hecho tal ofrecimiento, y hoy, al tomar la pluma con plena resolución de cumplirlo, nos sentimos dominados por el temor de no poder corresponder dignamente á lo que tal vez esperan los lectores de la REVISTA. La naturaleza de las cuestiones tratadas en el libro de Montalembert; las circunstancias del país en que escribimos, y más que todo nuestra insuficiencia, nos arredran verdaderamente.

No tiene poca parte en el temor con que trazamos estas líneas, la circunstancia de hallarnos en desacuerdo sobre algunos puntos con el autor de *España y la Libertad*, cuyo talento y cuyo carácter nos han inspirado siempre gran respeto y vivísima simpatía. Montalembert presenta uno de los más completos ejemplares de la vida humana, constantemente consagrada al triunfo de un ideal de verdad y de justicia. La libertad de conciencia, ese gran principio, base fundamental de la civilización moderna, no ha tenido defensor más consecuente y desinteresado. Por la libertad de conciencia riñó Montalembert sus principales batallas parlamentarias, escribió sus mejores páginas, pronunció sus más elocuentes discursos, y puede afirmarse que el espíritu de esa libertad dirige toda la vida, y palpita en todos los trabajos del ilustre

conde, desde los primeros escritos políticos y literarios hasta la última admirable manifestación de su pensamiento, formulada en la hora solemne de la muerte.

Partidarios entusiastas también de la libertad de conciencia, nos duele sobremanera no poder alabar por igual todos los trabajos de Montalembert. Quisiéramos que de nuestra pluma sólo brotasen elogios, sin mezcla de crítica, sin reserva de ninguna especie. Pero, obrando de este modo, faltáramos al deber de escritores imparciales y honrados, que no deben sacrificar nunca á las consideraciones y simpatías personales los sagrados fueros de la verdad.

II.

Hay en el último escrito del conde de Montalembert ciertos juicios acerca de hechos y personas de la revolución española de 1868, que nos parecen, los unos erróneos, y los otros exagerados. Considéranse en dicho escrito como faltas voluntarias algunos actos impuestos fatalmente por la fuerza insuperable de las circunstancias; elévanse ciertas contradicciones, más aparentes que reales, á la categoría de sistema permanente y definitivo de la política democrática, y atribúyense á los gobiernos de la revolución determinados propósitos, que no han tenido seguramente. En el glorioso y noble movimiento nacional de 1868, parece que el conde de Montalembert no vé más que las manchas que afean el cuadro, y esas manchas las percibe agrandadas, y las condena acerbamente en algunos puntos de su escrito, como totalmente indignas de perdón, sin tener en cuenta circunstancias atenuantes, que el mismo autor en otros lugares aduce, con alta imparcialidad y verdadero sentido político.

Resulta, por este motivo, de la lectura del libro, la impresión general de que el autor es injusto con los partidos liberales de España, á los que atribuye errores que no profesan, y cuyas faltas presenta con notable exageración, calificándolas, en ocasiones, con verdadera é inmotivada crueldad.

¿Cómo se explica esto en un espíritu tan noble y justiciero; en una inteligencia tan clara, tan perspicaz, tan habi-

tuada, por la práctica de los estudios históricos, á buscar la verdad más allá de esa primera superficie de los hechos, cuyas apariencias producen tan fácilmente el error? La explicación es sencilla, y se ofrece desde luego al que lee el libro, conociendo la vida y la situación en que se hallaba el ánimo del autor al escribirlo. Montalembert no ha podido nunca ser injusto á sabiendas, ni aún con sus adversarios. Si ha sido injusto con la revolución española, cuyas doctrinas y tendencias generales le inspiraban profundas simpatías, es indudablemente porque una preocupación superior á la voluntad, y la tristeza inmensa que dominaban en su espíritu, no le permitieron examinar y apreciar clara y completamente los sucesos.

Además, el estudio de la revolución española no es, á pesar del título, el verdadero y principal objeto del libro. Basta una rápida lectura para comprender que el autor toma los hechos de 1868 como ocasión ó pretexto para repetir una vez más desde el borde del sepulcro las declaraciones que tenia hechas en sus anteriores escritos; para proclamar de nuevo la fé en la libertad humana y en los principios de la civilización moderna, ante el Concilio Vaticano, que iba poco despues á reunirse (con el propósito, según creía todo el mundo, de condenar de una manera definitiva é inapelable al catolicismo liberal); para dirigir un último y supremo ruego á la Iglesia romana, mostrándole el abismo en que la veia próxima á precipitarse por su desatentada política, con daño inmenso y tal vez irreparable de los verdaderos intereses religiosos.

El autor reseña en efecto á la ligera los antecedentes de la revolución española, critica algunos actos del Gobierno Provisional con dureza verdaderamente exagerada (explicable tal vez por la necesidad de dirigir á otra parte críticas aún más duras y acerbadas), elogia con entusiasmo, no bien justificado, la conducta, más política que religiosa, seguida en los primeros meses de la revolución por los obispos y por las mujeres de ciertas clases sociales, adversarios de la libertad en general, y en particular de la de conciencia; pero no ahonda en la solución del problema que el título plantea, ni ofrece sobre

este problema particular conclusiones definitivas. El pensamiento del autor levanta pronto el vuelo á cuestiones más generales é importantes; al problema cuya solución ha perseguido Montalembert durante toda su vida con actividad incansable; el gran problema, no sólo de España, sino de todos los pueblos católicos, y hasta podría decirse de todos los pueblos civilizados; el problema, en fin, de la coexistencia armónica del Estado civil moderno, tal como lo formula y establece la ciencia jurídica para afirmar y garantizar la personalidad y la libertad humanas, con los organismos particulares, por medio de los cuales busca y buscará siempre el hombre la satisfacción de sus aspiraciones y sentimientos religiosos.

III.

En esta cuestión inmensa, planteada hoy por el mundo civilizado en términos claros y precisos, los cuales exigen una resolución también clara y precisa, que acabe de una vez para siempre con el sistema de transacciones y de conciliaciones precarias y empíricas, hasta aquí seguido, España no es más que un elemento ó un dato, y no de los más importantes. Hubo un tiempo, hace algunos siglos, ántes de que el absolutismo católico-político se apoderara por completo de España, en que ejercimos grande y á veces decisivo influjo en los problemas europeos. Hoy vamos rezagados, y casi á remolque de los demás pueblos, y nuestras revoluciones, como nuestras reacciones, sin ser enteramente indignas de la atención del mundo, no pueden sin embargo pesar de un modo preponderante en la resolución de las grandes cuestiones contemporáneas. No debe pues sorprendernos que Montalembert, aunque tome como ocasión de escribir el suceso de la revolución española, la deje pronto en segundo término, después de examinarla y apreciarla ligeramente, sin emplear aquella atención imparcial y minuciosa que el autor dedicó siempre al estudio del asunto principal de cada una de sus obras.

Liberal profundamente convencido, no sólo de la conveniencia, sino de la justicia de la libertad humana en todas las

esferas de la vida y muy principalmente en la religiosa, y á la vez católico ferviente y sincero, Montalembert consagró toda su existencia á la conciliacion del catolicismo con la civilizacion y el derecho modernos. En sus campañas contra la tiranía teocrática y contra la tiranía civil, empleó más de una vez el ejemplo de la historia de España, haciendo ver cómo esta nacion, la primera de Europa al principiar el siglo XVI, habia llegado en poco más de dos siglos á ser la última, por efecto de la Inquisicion y del despotismo. En la obra titulada *Del porvenir político de Inglaterra*, escrita hace veinte años, se encuentran ya todas las ideas principales que sobre nuestra decadencia se consignan en el libro *España y la Libertad*. En los famosos discursos pronunciados ante el Congreso católico de Malinas de 1863, Montalembert expresa las mismas ideas, combatiendo el sistema de compresion y la antigua alianza del altar y del trono, que quieren restablecer ciertas escuelas, para defender el catolicismo. Montalembert deseaba que la Iglesia católica viviera una vida gloriosa é independiente; pero creia que para conseguir este resultado, en vez de restaurar los procedimientos inquisitoriales y tiránicos, cuya época ha pasado para no volver, debe la Iglesia aceptar leal y resueltamente las condiciones del derecho moderno, y afianzar su libertad en el respeto á la del Estado civil, y á todas las libertades individuales.

Fuera de esta solucion, expresada con la fórmula *la Iglesia libre en el seno de un Estado libre*, Montalembert no veia sino desdichas y persecuciones para el catolicismo (1).

El ejemplo de España se prestaba maravillosamente para la comprobacion de la verdad de las doctrinas profesadas por el ilustre conde, acerca de la política más conveniente para la Iglesia. ¿Dónde ha llegado á ser más íntima que en nuestro país la alianza del poder político y del poder religioso? ¿Dónde el segundo ha logrado sobreponerse más completamente al primero? ¿Dónde se ha ejercido una compresion

(1) Aceptó esta fórmula, simplificándola, el conde de Cavour en sus célebres discursos de 1861 sobre la cuestion romana. Cavour decia: *la Iglesia libre en el Estado libre*, y entendia, como Montalembert, que esta fórmula significaba *la libertad de la Iglesia fundada sobre las libertades públicas*.

más permanente, más enérgica, más friamente cruel sobre las conciencias? Como dice nuestro autor en el segundo discurso de Malinas, el gobierno español, durante un larguísimo período, mantuvo «un bloqueo hermético contra el espíritu moderno.» ¿Cuál ha sido el resultado de tres siglos de Inquisición y de persecuciones, que terminan con el despotismo «esencialmente clerical» de Fernando VII? ¿Ha ganado algo el catolicismo? Los resultados fueron «el aplanamiento del alma y de la inteligencia en las gentes honradas, una cólera impotente en algunos hombres celosos y enérgicos; en la mayoría la pasión fanática del mal.» Las ideas de libertad se infiltraron por todas partes, y un día el espíritu público, al que se creía tener «agarrotado y sofocado,» se levantó enemigo del catolicismo. «Bajo la costra superficial de la unión de la Iglesia y el Estado, ó mejor, de la subordinación del Estado á la Iglesia, la lava revolucionaria fué labrando su cauce, y consumiendo en silencio las almas que habia conquistado. Al primer choque, derrumbóse todo el edificio, para no levantarse más, y el *paraíso del absolutismo religioso* se convirtió en escándalo y desesperación de todos los corazones católicos» (1).

En estos discursos, como en el *Porvenir político de Inglaterra*, como en *España y la Libertad*, el fin que el autor se propone es siempre el mismo, la tesis principal que quiere demostrar la misma también. La cuestión española entra en todas estas obras tratada con mayor ó menor extensión, pero siempre con el carácter secundario de argumento histórico para comprobar la tesis. En el último libro, el argumento histórico parece que va á tomar el primer lugar, se apodera del título, se extiende y ocupa más de la mitad de la obra; pero no por eso cambia de carácter; el principal interés, el verdadero asunto aparece grande y dominador en la segunda mitad, viéndose claramente la generalidad y la importancia de la cuestión que al autor preocupa, y en cuyo proceso y solución definitiva, la revolución española de 1868 no es ni puede ser más que un incidente.

(1) Discurso pronunciado en Malinas el 21 de Agosto de 1863.

IV.

El asunto del último libro de Montalembert está condensado en la pregunta con que empieza el párrafo 16.º «¿Pueden los católicos permanecer hostiles, en el seno de la sociedad moderna, á la libertad, tan apetecida por todos los hombres?» El ilustre católico liberal responde á esta pregunta con las mismas ideas y argumentos que empleó en Malinas, para demostrar, no ya sólo la justicia y la conveniencia, sino la necesidad absoluta de que el catolicismo viva en paz con la libertad y el derecho modernos, y acepte de buena fé las condiciones que á todas las Iglesias impone con fuerza irresistible la civilización. Mantiene Montalembert en 1868 su solución de Malinas; levanta con la misma firmeza que en 1863 la bandera de la Iglesia libre en el Estado libre; y declara de nuevo que fuera de la libertad no hay salvación para las Iglesias, ni para los Estados. Sabe que va á morir pronto y quiere dejar á sus hermanos en religión y en humanidad su testamento religioso y político. Cumple con esto un deber, que en Malinas era agradable para su corazón, y fácil para su privilegiado talento; que en 1868 llena ese mismo corazón de amargura y presenta dificultades inmensas, por la necesidad de no herir ni lastimar á lo que el ilustre autor más ha querido y respetado siempre. Pero el deber para los nobles caracteres, es tanto más sagrado cuanto más penoso y difícil, y Montalembert lo cumple sin vacilar, consignando en páginas como nunca elevadas y elocuentes sus últimos y definitivos pensamientos.

El asunto y el propósito de *España y la Libertad* son, pues, los mismos que el asunto y el propósito de los discursos de Malinas. El libro debiera llamarse *El catolicismo y la libertad*. Las ideas fundamentales, los principales argumentos, son los mismos también; pero sin embargo, entre la obra de 1863 y la de 1868, hay diferencias profundas, que provienen de la diversidad de las situaciones en que el autor se hallaba. Montalembert no había cambiado en esos cinco años; pero los elementos del problema no eran los mismos en 1868

que en 1863, porque la conducta de la Iglesia romana durante ese período habian matado las nobles esperanzas del catolicismo liberal.

En 1863, los hombres de esta escuela llegaron á su apogeo de influencia sobre la opinion pública. El Congreso de Malinas los presenta reunidos ante el mundo. Asisten á este Congreso y toman parte activa en sus debates, hombres eminentísimos en virtud y sabiduría; presiden las sesiones cardenales tan respetados como Sterckx y Wiseman, los obispos de Namur, de Tournai, de Gante, de Beverley, los prelados romanos Nardi, auditor de la Rota, Manning, Vanden Eycke y otros. A pesar de las tradiciones de la Iglesia romana, de su constante é inveterada tendencia á la dominacion en el órden civil y político, ciertos antecedentes del Papa reinante permiten esperar que bendecirá la obra de los católicos liberales. En Bélgica, como en casi todas las naciones cristianas, se cree en la posibilidad de una trasformacion radical de la política de la Iglesia. Montalembert participa de estas esperanzas, que se revelan en el lenguaje de sus discursos, grandioso, firme, apasionado y enérgico; pero sereno, sin irritacion ni malevolencia hácia sus adversarios.

La situacion de Montalembert en 1868 habia cambiado totalmente. A las declaraciones y á las esperanzas de los católicos liberales responde la Sede romana con el *Syllabus* y la *Encíclica* de 8 de Diciembre de 1864. Ante la hostilidad manifiesta de la Iglesia, la obra de Montalembert y de sus correligionarios queda paralizada y la escuela se disuelve. Muchos de sus individuos humillan la frente ante el jefe de la Iglesia, y renuncian á todo propósito de reforma; otros se preparan valientemente á resistir, y más tarde, cuando el Concilio Vaticano proclama la infalibilidad y lleva hasta las últimas consecuencias la doctrina del *Syllabus*, se separan definitivamente de la Iglesia. Montalembert calla por el pronto, pero ni su corazon ni su conciencia vacilan; quiere permanecer fiel á la idea de toda su vida, á la alianza del catolicismo con la libertad, y morir abrazado á ella, protestando contra la lucha que vé prepararse entre la Iglesia católica y los Estados políticos; lucha terrible, que ya le parece imposible evitar.

En esta situación de ánimo escribe *España y la Libertad*, y tal situación se refleja claramente en el todo y en cada una de las partes del libro. Tiene esta la unidad de la idea; pero es un tanto inconexo y desproporcionado en el desarrollo dado á cada uno de sus miembros; falta en él, no pocas veces, la serenidad y hasta la corrección del lenguaje; presenta la pasión relámpagos de ira; la crítica suele degenerar en diatriba, y, mezclada con la fé y la convicción, aunque estas se mantienen vivas y firmes, circula por todo el libro una corriente de indecible amargura.

Ninguno de estos defectos, algunos graves seguramente, amenguan, sin embargo, en nuestro sentir, el vivo interés de esta obra; más bien parece que lo aumentan. *España y la Libertad* no es tanto un libro como un acto nobilísimo y grande. El autor, al tomar la pluma, no tiene plan determinado; escribe sin preparación ni artificio retórico, dirigida la mano por una inspiración irresistible. Los defectos de forma, la desproporción de las partes, el error de algunos hechos, la inexactitud y hasta la injusticia de ciertos juicios, todo queda oscurecido por el resplandor de una idea generosa y de una convicción firme y honrada, y por el encanto de una palabra, como nunca viva, ardiente, apasionada, espontánea y verdaderamente humana, á la par que cristiana. Todos los escritos de Montalembert tienen páginas elocuentísimas; pero en *España y la Libertad* las hay superiores á cuanto se halla en sus anteriores obras. Los que sólo conocen el pálido extracto que hemos hecho del libro, acaso crean exagerados nuestros elogios. Lean el original, y estamos seguros de que les causará el mismo efecto que hemos sentido, y que no puede explicar debidamente nuestra pluma.

V.

Lo repetimos; *España y la Libertad* más que como un libro, debe juzgarse como un acto que cierra noblemente la vida del autor, y de este modo considerado, sean cuales fueren las opiniones del crítico, no puede este negarle admiración y alabanza. Montalembert, vencido en la lucha con los elemen-

tos que representan la política absorbente, intolerante, exclusiva de la Sede romana; perdidas las esperanzas de ver reunidos en estrecho lazo al catolicismo y á la libertad; desamparado por aquel poder, por cuya grandeza é independencia habia trabajado tanto; abandonado por casi todos los hombres de su escuela, que, ó bajaban la frente ante el anatema, ó levantaban la bandera de la protesta y de la emancipacion; convencido de que la Iglesia romana marcha por una senda en que ya nada puede detenerla ni salvarla; dominado por el dolor que debia causarle la pérdida del ideal de toda su vida; aterrado tal vez con la vision profética del Concilio Vaticano, que iba á sancionar el *Syllabus* y á plantear definitivamente el estado de guerra entre el catolicismo y la libertad; enfermo de un mal incurable, próximo á la muerte, Montalembert rompe el silencio que habia guardado durante cuatro años, y confiesa de nuevo en voz alta su fé en la doctrina católica, y su fé y su conviccion más profundas, si cabe, en la libertad. Sus últimas palabras son para la *verdad*, tal como la ha visto y amado siempre su noble espíritu, para «*la verdad entera, no mutilada*, ni disfrazada por el espíritu »de partido teológico y político,» para Dios, para la humanidad, para la libertad, para la esperanza. «*El siglo presente vale más que todos los anteriores*, exclama, y *más que el presente valdrán los venideros.*» Volverá la armonía entre la libertad y la Iglesia, hoy perturbada por los errores de los católicos y de los liberales, y en todos los pueblos la conciencia humana podrá ser á la vez liberal y religiosa. Con nobles esperanzas, con generosos deseos, con elocuentes y sentidas palabras de aliento y de consuelo, termina el conde de Montalembert la obra de su vida, y en ningun otro momento de ella nos parece más grande, más admirable, más digno de respeto.

VI.

Forzoso es reconocer que el ideal concreto de Montalembert, ó sea la conciliacion de la libertad y del derecho modernos con el modo de ser de la Iglesia católica, constituye

hoy un imposible. Pudieron los católicos liberales, durante cierto tiempo (si bien olvidando las lecciones de la historia), creer que la Iglesia iba á trasformarse y á vivir en el seno de las sociedades, como institucion libre para el fin religioso, respetada y amparada en su derecho por el Estado, á la par que respetuosa de los derechos iguales de aquellas instituciones, que por otros caminos y con diferente doctrina, se consagrasen al mismo fin. Pero esta ilusion no ha podido sostenerse desde que el *Syllabus* y el dogma de la infalibilidad han venido á demostrar que la política católica es irreformable é incorregible. Si en muchas circunstancias particulares ha transigido y cedido, al parecer, de sus pretensiones á la dominacion universal, cuando esas circunstancias han pasado, la Iglesia ha vuelto inmediatamente al camino que le traza su ley histórica, retirando sus promesas y formulando de nuevo sus constantes exigencias. Pretende tener la verdad y toda la verdad; fuera del catolicismo no ve más que errores sin derecho siquiera á la vida, ni hay ni puede haber salvacion para Estados ni para individuos. Dotada de una organizacion centralizada hasta lo sumo; formando su personal un cuerpo cerrado, desligado, por los votos de castidad y de obediencia, de los nobles intereses de la familia y de la pátria; armada con la pretension de la infalibilidad en todo lo que se refiere al dogma religioso, á la moral y á las costumbres, es decir, á toda la vida humana, la Iglesia católica no puede admitir transaccion con los principios de la libertad religiosa y política, ni competencia con otros poderes. Pretender que despues de tantos siglos de elaboracion constante para llegar á la organizacion actual de la Iglesia, ésta cambie y se resigne al papel (importante, sin duda alguna, pero naturalmente limitado) que el pensamiento moderno reserva en la sociedad á las instituciones religiosas, es pretender un absurdo. Los que tal empresa se propongan realizar sufrirán el amargo desengaño de Montalembert, de Lamennais, de Ravignan, de Hyacinte, de tantos otros, halagados y bendecidos mientras sus trabajos contribuyeron á aumentar la influencia y el poder de la Sede romana, abandonados y anatematizados por ésta cuando le pidieron respeto

al derecho y á la libertad de todos los hombres y de todas las instituciones sociales.

Montalembert (como Chateaubriand, cuando decia que el catolicismo no se oponia á ninguna libertad, á ningun progreso, y lo comparaba con un círculo «que se extiende á medida que la sociedad se desarrolla,») desconoció la verdadera naturaleza de la Iglesia católica. Esta perecerá en su organizacion, ya que no en sus dogmas, ántes que aceptar el derecho comun. Es tarde para trasformarla, para plegarla á las necesidades y á las condiciones de nuestro tiempo. Como afirman en todos los tonos los corifeos de la escuela ultramontana, hay que escoger entre ser liberal ó ser católico. Libertad y catolicismo son dos extremos entre los que no cabe término medio; plantean una contradiccion irresoluble.

Prescindiendo de exageraciones de escuela, es lo cierto, que los principios del *Syllabus* y los dogmas de 1870 son radicalmente opuestos á todos los principios políticos y sociales que sirven de base á los gobiernos de nuestro tiempo, y que hay contradiccion entre las doctrinas *oficiales* de la Iglesia católica y las doctrinas *oficiales* necesarias de los Estados modernos.

Es lo cierto tambien que esa contradiccion ha traído un estado de guerra entre la Iglesia romana y los poderes civiles y políticos, que se sienten amenazados por las absorbentes pretensiones de aquella.

El cardenal *Manning*, católico liberal en otro tiempo, como casi todos los católicos ingleses, ha dicho, despues del Concilio, en Enero de 1874: «Ahora, cuando las naciones de Europa se rebelan y destronan al Vicario de Jesucristo, haciendo de la usurpacion de la ciudad santa un principio de derecho internacional, no queda más que una solucion posible, una solucion que creo inminente, y que consiste en una guerra continental, en una guerra cuyos horrores sobrepujarán á los horrores de las guerras del primer Imperio. No sé cómo pueda conjurarse este conflicto, y es mi conviccion que, á despecho de todos los obstáculos, el Vicario de Jesucristo volverá á ocupar su legítimo puesto.»

En estas palabras formula exactamente el cardenal Man-

ning el programa político de la escuela católica, la guerra general contra la civilización moderna, empleando todos los medios, aprovechando todas las ocasiones. Lo que Montalembert y su escuela quisieron evitar se ha realizado; la cuestión está definitivamente planteada, y no puede resolverse, como dice el cardenal Manning, sino por la fuerza. Pero el resultado no será tal vez el que ha previsto este príncipe de la Iglesia, y por nuestra parte, creemos que acierta Montalembert al temblar por el catolicismo, anunciando que si los católicos siguen empeñados «en vivir fuera de la ley común, serán los ilotas de la sociedad moderna.» «Lo pasado no puede volver.» Tres veces ciego es el que crea que «puede restablecerse lo que se ha destruido desde 1789.» Los católicos que pretenden reconstruir el poder temporal exclusivo é intolerante de la Iglesia, «tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen.» Quieren el privilegio, «y obtendrán el privilegio contra ellos.»

Esto mismo y con mayor seguridad repetiría hoy Montalembert, si hubiese podido presenciar el triste espectáculo del Concilio Vaticano, seguido de la caída del imperio francés y de la ocupación de Roma por los italianos; si hubiera visto la política que, no ya estos pobres y atrasados liberales españoles, tan maltratados por el ilustre autor, sino los gobiernos alemanes y el suizo, y bien pronto el francés y el belga y tal vez el inglés, están y estarán obligados á seguir con la Iglesia romana. En todas partes se adoptan ó se adoptarán medidas de defensa contra un poder que, proclamándose infalible é incompatible con la civilización moderna, predica en todas partes la desobediencia y la rebelión contra los poderes públicos que no se sometan sin restricciones á la autoridad del vice-Dios del catolicismo ultramontano.

La Iglesia de Roma ha ido más allá de lo que Montalembert creía al escribir su libro en 1868. Esperaba Montalembert que el Concilio «no saldría del dogma y de la disciplina,» que nada decidiría «de política ni de historia.» No necesitamos decir á nuestros lectores que en este punto se equivocaba el ilustre autor. El Concilio ha puesto la última piedra en el edificio, y ha suprimido toda posibilidad de con-

cierto ulterior entre la civilizacion y la organizacion de la Iglesia. Montalembert hoy habria de optar entre ella y la libertad, y como no cabia el disimulo ni la hipocresía en aquel gran carácter, optaria por la libertad. Ya se anuncia claramente tal decision en estas palabras de su libro. «Aunque se me tenga por un viejo caduco, ó, lo que es peor, por tres veces hereje, he de proclamar la libertad hasta en el último suspiro, con un grito de mi corazon y de mi conciencia.» Como ha dicho recientemente un distinguido escritor francés (1), Montalembert no estaba tallado para sectario del *Syllabus*, «que engloba en un mismo anatema la libertad de los cultos, la libertad de pensar, de hablar y de escribir, en una palabra, todos los derechos de la sociedad civil; todo lo que constituye la seguridad y la grandeza de esta sociedad. Montalembert, despues de 1870, habria dejado á los muertos enterrar á sus muertos, y él, vivo, habria seguido el sendero de los vivos.»

VII.

Pero nos parece que vamos dando demasiada extension á estas observaciones, y acaso tenemos agotada la paciencia de nuestros lectores. Parécenos tambien que hemos dicho bastante para que se comprenda el juicio que hemos formado de la parte general y verdaderamente importante del libro de Montalembert.

Hora es ya de que dejemos la pluma, y vamos á hacerlo despues de decir algunas breves palabras en defensa de la España de fines de 1868, con la cual, segun antes hemos manifestado, nos parece que el ilustre autor es excesivamente severo, y hasta nos atrevemos á decir que injusto.

Los actos del Gobierno Provisional de 1868, en el orden de que se trata, están reducidos á la disminucion del número de conventos de monjas, á la expulsion de los jesuitas y á la disolucion de las sociedades de San Vicente de Paul. En estos actos, como en algunos otros que no pudo apreciar

(1) Mr. Froust de Fontpertuis—*Journal des economistes*.

Montalembert, por ser posteriores á su libro, los gobiernos de la revolucion obedecieron á la opinion pública liberal del país, que veia en aquellas sociedades focos de resistencia á todo progreso, de conspiracion contra las pocas libertades que á costa de tantos esfuerzos, habian conquistado nuestros padres, en lo que va corrido del siglo presente. Desde la terminacion de la primera guerra civil, el fanatismo religioso, vencido en el terreno de la fuerza, se habia empeñado en la obra de socavar y destruir aquellas libertades, soñando con la restauracion del despotismo teocrático de los pasados siglos. Hipócrita y flexible, nos habia conducido poco á poco desde el régimen liberal y parlamentario del período de 1836 á 1843, hasta la situacion de 1867, apoderándose sucesivamente de los partidos llamados moderados y conservadores, y llevando su influencia secreta á todas las regiones que estaban relacionadas con el gobierno del país. La conciencia nacional llegó á ver claramente en este período dónde estaban los verdaderos obstáculos para el afianzamiento de las libertades públicas, y por eso proclamó desde los primeros momentos del triunfo de la revolucion la libertad religiosa.

No negaremos á Montalembert el principio de que esta libertad debe ser igual para todas las Iglesias, ni, por lo tanto, que los católicos tienen derecho á fundar sociedades y corporaciones, y á vivir en ellas, con arreglo á su fé. Pero el ilustre católico no negaria por su parte, decimos más, no lo niega en sus escritos, que la Iglesia católica ha de someterse á las condiciones generales y propias de la institucion religiosa, y ha de respetar á su vez el derecho de las demás comuniones, como el de la institucion jurídica ó del Estado, y los derechos individuales anteriores, exteriores y superiores al Estado mismo. Si la Iglesia quiere vivir en paz en el seno de la sociedad moderna, gozando de su libertad y de su derecho, es preciso que no perturbe esa paz con sus actos, que no ataque sistemática y continuamente los derechos y la libertad de todo el mundo, como lo ha hecho hasta aquí, y más que en ninguna otra parte, en nuestra infeliz España, escogida por el ultramontanismo para servir de campo de batalla contra la civilizacion y el derecho modernos. Si Mon-

Montalembert hubiera vivido y seguido con atención los sucesos de España posteriores á 1868, habria sabido que la revolucion ofreció la paz y la más completa libertad á la Iglesia, y que los que en España se arrogaban su representacion no quisieron aceptarla, respondiendo á la Constitucion de 1869, que conservaba al culto y al clero de la religion católica las subvenciones del Estado, con una sublevacion en 1869, otra en 1870 y otra en 1872, que sostenida por todos los partidos reaccionarios y fanáticos de España y de Europa, ha producido una guerra civil de cuatro años, y la bancarota y la ruina de la pátria.

El eminente autor de *España y la Libertad* se ha dejado arrastrar en su libro por la noble pasion del ideal, y al juzgar los actos de la revolucion española en esta parte (actos que no alabamos, ni aún defendemos en sí mismos, limitándonos á recordar que fueron medidas puramente de guerra), ha prescindido de los antecedentes y de las condiciones impuestas á la revolucion por las circunstancias del momento, antecedentes y condiciones cuya responsabilidad pesa casi totalmente, en sentir del mismo Montalembert, sobre los anteriores gobiernos de España. El absolutismo religioso de los tres últimos siglos, que ha hecho de nuestro pueblo «el último de Europa,» y que ha destruido, ó al ménos desfigurado los nobles elementos del carácter de nuestra raza; que ha «enervado, bastardeado, envenenado, deshonorado al pueblo español, trayéndolo al último extremo de decadencia;» que nos ha hecho «dignos del olvido y del descrédito universal;» que ha dado, con la Inquisicion, «maestros á los modernos terroristas;» que convirtió el país «en un taller de delaciones y de suplicios,» el absolutismo religioso no ha muerto todavía del todo en España; vive y lucha, oponiéndose con todas sus fuerzas á la regeneracion, casi podríamos decir á la *resurreccion* de nuestro pueblo.

El ilustre autor reconoce que, desde principios de este siglo, España vive en permanente y angustiosa crisis. Despertamos, empezamos á vivir; pero esto no basta, «necesitamos todavía curarnos» de la lepra moral que nos puso á las puertas de la muerte. Y en esta crisis, que continúa hoy

todavía, lo que admira, como dice Montalembert, «no es el »desórden, la debilidad, la discordia de los hombres honrados, »la turbacion de los ánimos que en España se observa. Lo »que admira es que aún quede un átomo de buen sentido, de »energía, de humanidad, y sobre todo, de religion y de res- »peto en el país, que durante cuatro siglos ha tenido un go- »bierno como el descrito.»

Reconócese, tambien, en el libro que nos ocupa, que «cuanto más humillados han sido los pueblos por una opre- »sion extraña ó indígena, tanto más violentos y ménos razo- »nables son al despertar.» «Debe confesarse, se dice poco des- »pues, que la responsabilidad de los crímenes de los pueblos »corresponde en primer término á los hombres que, con des- »precio de la tradicion cristiana y de los derechos de la huma- »nidad, han sacrificado el alma de las naciones al monstruoso »egoismo y á la ciega omnipotencia de sus amos.» Más ade- lante se declara que la conducta política del clero, durante el reinado de Fernando VII, «vale para explicar, ya que no »para justificar, las persecuciones y expoliaciones de que »aquél ha sido víctima en los últimos treinta años.»

Podríamos citar otros muchos párrafos del libro, que confirman lo dicho en los anteriores; pero es innecesario. Nuestros lectores los conocen y se habrán sorprendido como nosotros de que un hombre como Montalembert, á la vez que dice lo que acabamos de recordar, haya podido tratar como trata al ministro de Gracia y Justicia del Gobierno Provisional, cuyas medidas están reducidas á los tres decretos que en otro lugar hemos citado (1). Dando por supuesto que esos decretos no estuvieran motivados por las circunstancias de aquellos momentos de perturbacion, y exigidos por la opinion pública; más aún, admitiendo que vulnerasen injustamente los derechos de la Iglesia, ¿merecen acaso los hombres que los dictaron, y el país, que en su inmensa mayoría los aplaudió, las durísimas, las violentas calificaciones que el ilustre católico liberal les dirige? ¿No son dignos aquellos

(1) Montalembert atribuye equivocadamente al Sr. Sagasta la disolucion de la sociedad de San Vicente de Paul, que decretó el ministro de Gracia y Justicia, Sr. Romero Ortiz.

hombres y el país de excusa siquiera, teniendo en cuenta los antecedentes y las circunstancias que el mismo Montalembert expone y aprecia en su escrito? ¿Es posible, en crisis como la del renacimiento, aún no realizado, aún lejano, de España, en el ardor de la lucha, abiertas las heridas, con la espada enemiga levantada y amenazadora, obrar tan discreta y correctamente, hasta en el más pequeño detalle, como en una sala de armas? ¿Han dado ese ejemplo á los liberales españoles sus constantes y eternos enemigos? ¿Han sido en alguna ocasion los partidarios del despotismo religioso tan moderados en su triunfo como los revolucionarios españoles? Nadie que sin pasion estudie nuestra historia podrá decirlo. Por el contrario, muchos habrá que, tal vez con alguna razon, acusen á la revolucion española de debilidad y de tibieza, defectos que nos han dejado las más de las veces á mitad de camino de las reformas, y han hecho no sólo posibles, sino fáciles las reacciones.

Pero el momento no es oportuno para examinar y discutir á placer estas cosas, ni es precisa mayor defensa de la revolucion española que el recuerdo ya hecho de las elocuentes frases de Montalembert, sobre la crisis en que todavía vivimos, y cuyo término no es posible predecir. Es lo cierto que la libertad de España, como la de todos los pueblos modernos, tiene hoy contra sí la hostilidad radical y manifiesta del catolicismo del *Syllabus* y de la *Infalibilidad*, y sin alardear de profetas (lo que seria en nosotros, más que en nadie, pretension inexcusable, viviendo como vivimos completamente apartados de las luchas y de los partidos políticos), bien podemos afirmar, para concluir, que ni en España, ni en ninguno de los pueblos que fueron exclusivamente católicos habrá paz, ni orden, ni libertad, ni derecho, ni prosperidad permanente, ni grandes caractéres, ni virtudes públicas hasta que se realice la completa emancipacion del Estado civil y político y se someta la Iglesia católica al derecho comun de todas las Iglesias, consagradas exclusivamente á cumplir el fin religioso, como instituciones libres dentro de la sociedad, sostenidas por los esfuerzos de sus respectivos fieles.

GABRIEL RODRIGUEZ.

VIDA Y POESÍAS DE FERNANDO FREILIGRATH.

I.

En toda Alemania, la noticia de la muerte de Fernando Freiligrath hizo sonar la nota de la pena simpática. Hacia ya muchos años que amigos y enemigos estaban conformes en reconocer su génio. Aun los que apenas podían perdonar los rígidos tonos de su musa republicana de otros tiempos, estaban fascinados por el esplendor de sus imágenes orientales ó encantados por poesías tan sencillas, pero tan hondamente sentidas como *El reposo del amor* y la inimitable *¡Oh! ama mientras te quede amor*.

Los hombres contrarios á sus principios políticos, prontos están á concederle, áun ahora, bajo el gobierno de un emperador y siempre del príncipe contra quien él ha lanzado algunas de sus canciones más furiosas, el título de *El inspirado bardo de la revolucion*. Si tal es el testimonio de los que están léjos de la bandera democrática, fácil de imaginar será la estima en que sus más cercanos correligionarios le tenían. Por la nacion en general es apreciado como poeta y como patriota. Todos los que son dignos del nombre aleman le reverencian por los tonos de Tirteo que con firmeza expresaba en la hora decisiva, cuando la defeccion de tan inteligentes caudillos podia haber cambiado peligrosamente las tornas. No es, pues, maravilla que el partido del progreso en la Cámara de los Comunes de Berlin, en su telegrama á la viuda traspasada de dolor, «deplora hondamente la pérdida del amigo más verdadero, del cantor entusiasta de la libertad, con cuya afligida familia la pátria entera está sumida en la pena.»

Junto á la sepultura acabada de cerrar de un amigo, es malo escribir un recuerdo de sus hechos, cuando todavía parece que su rostro está entre los que viven y luchan, y apenas puede el pensamiento hacerse cargo de que ha regresado ya á la Noche de las Edades. Con todo, el pesar debe dejar el puesto al reconocimiento del mérito y de los grandes servicios prestados por uno de los nobles de la Naturaleza. Trataré, por lo tanto, de dar alguna idea de la actividad y carácter del que era hasta recientemente el más grande de los poetas vivos de Alemania.

Más de cuarenta años hace ya que Freiligrath se introdujo con sus poesías en el corazón del pueblo alemán. Con un tacto de maestro abrió entónces, como por magia, el encantado reino del espantoso desierto, los purpúreos pórticos de la inflamada tierra de los bosques de palmeras, deslumbrando la vista con la salvaje grandiosidad de sus pinturas ricas en colorido. Antes, su fantasía juvenil le había llevado á soñar con el helado polo Antártico, con las praderas sin límites y misteriosas selvas vírgenes del remoto Occidente. Ya entónces había algo gigantesco en su imaginación. Mero adolescente de diez y seis años, produjo estando «débil, enfermo» é insomne en el lecho del dolor un poema muy notable titulado *El té de musgo de Islandia*. La forma—apenas es necesario decirlo—es todavía algo imperfecta, como no podía ménos de esperarse de aspirante tan jóven. Sin embargo, maravillosa es la descripción que hace el doliente y calenturiento muchacho de aquella isla consagrada por la *saga*, que nos ha conservado la imágen de los dioses y héroes de los Eddas; y allí exhala pensamientos que parecen ahora típicos de la parte que más tarde tomó el poeta en la lucha por la libertad humana. En el verde brebaje que le dan para su enfermedad, vé un emblema del cáliz de su vida futura. Siente en sí mismo, como en lejana isla, la batalla de la nieve con el fuego.

Las primeras circunstancias de Freiligrath pueden decirse en muy pocas palabras. Nació en Detmold, Norte de Alemania, en 17 de Junio de 1810: era hijo de un maestro público y recibió su educación en la escuela de gramática de aquella

ciudad. A la edad de quince años, fué enviado como aprendiz con un comerciante de Soest, en un tiempo ciudad anseática, pero que mucho há descendió á la posición de un insignificante pueblo de campo. No poseían sus padres los medios pecuniarios que hubieran permitido á este jóven de talento prepararse para los estudios universitarios. Si sus facultades no hubieran estado en un sentido independientes de tal educación, pudiera haberse repetido el caso de un Milton mudo y sin gloria. Pero el poeta nace y no se hace: y cuando nace un poeta, difícilmente queda ignorado.

A los veintiun años, Freiligrath fué dependiente de un Banco en Amsterdam. Allí, sentado, llevando los libros y escribiendo la correspondencia, los ojos de su imaginación conjuraban imágenes poéticas del fondo de aquellas frías y prosáicas cartas á extrañas y distantes tierras. En Amsterdam permaneció unos seis años, repartiendo su tiempo entre el libro mayor y la lira. Con gran celo estudió allí idiomas, poniendo así los cimientos á su extenso saber ulterior en las literaturas inglesa, italiana y francesa. A su regreso á Alemania en 1831, halló que era ya famoso por una série de poderosos poemas descriptivos, cuyos solos títulos sugerirían la idea de un catálogo de pinturas, según dijo William Howitt.

Estos brillantes cuadros de palabras abarcan espacio tan vasto, que un escritor posterior, Johannes Scherr, le llama gráficamente por esa causa el circunnavegante poético del mundo. Después de dos años más de tareas comerciales en Barmen, Freiligrath se entregó por entero á las musas.

En la vieja ciudad holandesa de Amsterdam, donde había tenido frecuente trato con gente de mar y traficantes que iban y venían á extranjeros climas, su fantasía se había impregnado rápidamente en la belleza de los trópicos. *Amphitrite*, compuesto en la primavera de 1832, es de ello buena prueba. Vé un barco de ese nombre fondeado en el puerto; ha llegado en Mayo del Oriente. Un hermoso concepto surge por esta razón en su mente. Encuentra que «es el jóven y florido Mayo, cuya morada está en el Sur, quien en el bajel agosto ha venido sobre las azules ondas.»

Esta idea está desarrollada en una serie de encantadoras imágenes.

No es por cierto la menos graciosa entre ellas las pinturas de las aves marítimas que andan flotando, con profético vuelo, como heraldos del joven Dios de la primavera, el cual soñaba reclinado á la sombra del Banyan de la India, cerca de la costa del mar, observando el barco á punto ya de levar sus anclas. Sin saber qué huésped tenía á bordo de su espacioso buque, el capitán de la *Amphitrite* le había traído al Norte. Allí el Dios desembarca en nuestras playas como un mago, y cubre repentinamente la tierra de verdura y gayos tintes. Sería difícil igualar la belleza intrínseca de este pensamiento. La crítica en cuanto á los detalles menores fácilmente queda desarmada, rendida á la idea y á las imágenes del conjunto.

En algunos de estos primeros poemas vemos al autor de vez en cuando, trabajar en un estilo altamente realista, presentando sus figuras y su paisaje con fidelidad casi flamenca. Otras veces, vaga con verdadero estilo romántico entre selvas, donde roca y flor, árbol y bestia, todo le parece tocado de magia; y ansía y se esfuerza por encontrar la palabra para romper el hechizo y revelar la solución del misterio.

Los más de los críticos, de un modo violento, han establecido, ora en son de elogio, ora al contrario, que Freiligrath nada tiene que ver con el espíritu romántico. *La venganza de las flores*, especie de cuento de hadas, debiera haber bastado para no sentar esa absoluta. También sella un tono completamente distinto, un espíritu melancólico de pesimismo cósmico los *Cantos de Arena* y los *Cantos de mar*. Las tornadizas y cambiantes arenas de las playas del Océano, el vasto y siempre mutable cementerio del antiguo y cruel mar, que bajo sus lóbregas olas ha hundido desde edades sin cuento ciudades y hombres; estos son temas en los que la fantasía del poeta se agranda con un poder que llega desde la profundidad del sentimiento al horror y á un espanto raro como el de *Los Cuadros nocturnos* de Hoffmann.

Se encuentra en las más antiguas producciones de Freiligrath una gran diferencia de estilo y pensamiento. No sola-

mente hay una primera manera y una segunda, sino que hay varias al mismo tiempo. Pueden encontrarse semejanzas con los brochazos de Memling y Metsys. Pueden venirse á las mientes Tieck y Uhland. Pueden descubrirse afinidades con el espíritu que alimenta la tristeza de Shelley. Pero todos estos modos de concebir, en la apariencia incóngruos, tienen el sello de un carácter peculiar á Freiligrath. Lo pintoresco sin duda era su fuerte. Por esta razón, ha sido tenido por algunos como poeta meramente objetivo. De él se ha dicho que interpretaba gráficamente el aspecto artístico de las cosas; pero que le faltaba entender el alma secreta de las mismas, y que era deficiente en la expresión lírica de las simpatías humanas. Las ideas, sin embargo, pueden darse también en una forma objetiva. Es verdad que no todo el mundo las apreciará tan fácilmente como si fueran expresadas con afirmación propia más individual. Lo que para uno en un paisaje ó marina es meramente yerba, árboles, rocas y agua, á otro le hablará con mil voces sugestivas y claras.

Este segundo término de las ideas y de los sentimientos queda á menudo indicado sólo muy ligera y rápidamente en los primeros poemas de Freiligrath. Rara vez falta del todo. A menudo hay en sus descripciones inesperados rayos y toques de reflexión. No era un místico; pero sentía plenamente con Shelley que existen en este mundo «infinitas» profundidades de desconocidos elementos amontonados bajo «impeneítrable velo.» Evitaba todo lo posible ese continuo escudriñarse á sí propio, que paraliza la voluntad. Exceptuados unos pocos momentos de fiebre, nunca fué dado á la enfermedad en un tiempo de moda, del *Weltschmers*. Pero no escapó por completo de los efectos del entusiasmo extático que se apodera de una verdadera alma de Skald; pruébalo su poema á la muerte de Grabbe.

Por regla general, Freiligrath tiene cerrada la escondida puerta del pesar, que actúa como una compuerta sobre la ígnea corriente del sentimiento. La profundidad y la delicadeza de éste, aunque de género diferente, pueden no obstante ser á menudo inferidas de insignificantes condiciones ex-

ternas. Este sentimiento, para citar una de sus primeras producciones, existe en sus *Emigrantes* (1832), por más que el conjunto sea descriptivo y solamente algunas palabras de introducción y una indicación de pasada hacia el fin, encierran la expresión de un sentimiento. En razón de este sentimiento implícito, su pintura de los hombres alemanes y de las doncellas de la Selva Negra—sútiles y morenas, con sus hermosas trenzas sueltas, que van desde sus valles cubiertos de pámpanos y desde las montañas en que suena el cuerno del pastor de los cerros á las lejanas y silenciosas riberas del Missouri—ha permanecido por mucho tiempo siendo canción favorita de los lectores alemanes.

II.

En la brillante interpretación de los colores de la vida oriental, Freiligrath no tiene quien le iguale. «Desde los helados campos de nieve del Heda hasta los bosques de la India, en mirra y especias ricos,» eran los hombres transportados como á él le venia en voluntad y gusto. Son estas precisamente las palabras usadas por su hija (altamente provista de dones) en una encantadora dedicatoria poética que puso como prefacio á la versión inglesa de una porción de sus poemas (1). Acaso parezca extraño en estos días el que digamos que aún el salvaje vuelo de la fantasía con que el poeta llevaba á sus lectores, como en un manto de Fausto, á zonas distantes, tenia un liberador efecto en el ánimo de los hombres. Y, sin embargo, así era. En el estado de opresión en que se hallaba Alemania cuando Freiligrath templó por primera vez su lira, aún la poética hada Morgana, de extrañas y remotísimas tierras, era recibida con plácemes por no pocos, casi como un elixir de esperanza, como la promesa de una región en la

(1) *Poems from the German of Ferdinand Freiligrath*. Publicados por su hija (Mrs. Kate Freiligrath-Kroeker). Leipzig: Bernhard Tauchnitz. London. Sampson Low., Son and Marston, 1869. Las traducciones están hechas, algunas por su misma hija y otras por J. C. Mangan, W. Nind, G. E. Shirley, C. T. Brooks, J. R. Chorley, Justin Mc. Carthy, A. Baskerville, Mary Howitt, W. E. Aytoun, J. Gostick, Ch. Boner, Caroline de Crespigny, Richard Garnett, Bayard Taylor, M. G., Ernest Jones y Adelaide Anne Procter.

cual la libertad del pensamiento podia extender sus relucientes alas.

Pueden citarse aquí separadamente al ménos algunas de estas célebres descripciones orientales y africanas. Por ejemplo: *Si yo estuviera cerca del sagrado muro de la Meca; El príncipe moro; El que despierta en el desierto; El Sheik del Sinaí; La Estepa; El paseo del leon; La vision del viajero* (dada en una de las traducciones como *La caravana espectro*); *Bajo las palmeras y Espejismo*. De estas, *El paseo del leon* es quizás la más poderosa en dibujo, la que más impresiona por atrevimiento de color; pero raya en lo extravagante. Este último rasgo resalta aún más marcadamente en *Homenaje africano, Junto al Congo y Scipion*. Ahí la terrible fidelidad de las escenas bosquejadas concluye con un efecto de realismo ondeado de sangre. En estos, como en otros temas tropicales, la eleccion de sonoras palabras extranjeras para consonantes, añade seducción al color local. Se ha dicho que estas rimas se balancean en el ritmo de sus versos, como otras tantas mariposas suspendidas en el cáliz de fantásticas flores de las cuales extraen el néctar. El demasiado frecuente uso de estos medios tolerables de impresionar al oido, es sin embargo adecuado para manchar de vez en cuando, por el fuerte retintin y sonsonete de la rima, la armonía artística, bien mantenida por otra parte.

Un asunto que conmueve profundamente es *La caravana espectro*. Seria apenas posible combinar más poderosamente el sorprendente aspecto del desierto con los horrores de los ruidos nocturnos. La fuerza y noble plasticidad del idioma aleman resaltan grandemente en esta conmovedora cancion. Verdaderamente en manos de Freiligrath parecia no haber límites para el plástico poder del habla alemana.

Creo que nada mejor puedo hacer que citar aquí una opinion de Mr. Justin Mc. Carthy (1) que tambien ha hecho algunas excelentes versiones de varios poemas de Freiligrath. Mr. Mc. Carthy, á juzgar por las apariencias, no cree en el bien conocido dicho: «Dejadme hacer los cantos populares de

(1) *Con amore*, ó capítulos críticos.—London, 1868.

una nacion y nada me importa quien haga sus leyes.» Atribuye poco ó ningun valor á la poesía política. Piensa que las baladas políticas de Freiligrath están «entre las únicas producciones que llevan su nombre que el tiempo ha destinado para el valle del olvido.» Pero de sus otros poemas dice:

«Las grandes, las severas, las solitarias, hasta las salvajes y horrendas formas de la naturaleza encuentran el más íntimo y más querido lugar en su imaginacion..... Su pasión oriental es ardientísima, la más ingénuo y la más vívida en expresion que haya exhibido escritor en verso ó prosa de los que conozco..... *El Divan* de Goethe, *Lalla Rookh* de Thomas Moore, *Los poemas orientales* de Rückert y muchos más, son pruebas de esta habilidad llevada á altísimo grado. Pero ninguna de estas notables producciones, por más que alguna de ellas pueda sobrepujar á los poemas de Freiligrath en otros conceptos, puede compararse con las de este último en verosimilitud, en el genuino espíritu del Oriente, que á estas pertenecen..... Los rayos del Este han evocado más música en este cantor occidental que el que extrajeran aún de la fabulosa arpa de Memnon. Cualquiera otro esfuerzo de descripción oriental en poesía parece frío, pálido y nublado, al lado de algunos de estos radiantes versos..... El no traspasa la famosa ley de Lessing que asigna espacio al pintor y tiempo al poeta como dominios respectivos. En otras palabras, él no describe los objetos en sí mismos y sus propios detalles, sino únicamente algún acto de movimiento ó suceso que los incluye y que sugiere por sí la naturaleza y aspecto de aquellos..... Pero todos los poemas de Freiligrath no respiran igual aire tropical, y decirse puede que muchas de sus baladas tienen mucho de la lisura y suavidad, muchos toques exquisitos de vaga elocuencia, destellos de profunda simpatía con la misma alma de la naturaleza, raros siempre, y del todo inefables para quien no sea verdadero poeta.»

La revolucion que estos cantos produjeron en su tiempo fué á la verdad grande. Chamisso prontamente expresó su admiracion por «la individualidad característica, el poder original, la plenitud del elemento poético» de Freiligrath.

En *Recollections* recientemente publicadas, atestigua el doctor Beta la alta opinion que el poeta de los blancos cabellos tenia de los méritos del entónces naciente bardo. «Desde que este ha empezado á cantar,» decia Chamisso alargándole al que le visitaba un volúmen nuevo de poesías de Freiligrath, «nos hemos convertido todos en meros gorriones.» Wolfgang Menzel habló de la «elevada belleza» de los cantos del jóven poeta. «Nos inducen» escribia «á esperar grandes cosas de esta inteligencia llena de profundo sentimiento que tiene el dominio del reino de la fantasía y del idioma.» Arnold Ruge, en una crítica publicada en 1839, esto es, años ántes de unirse Freiligrath á la causa liberal, reconoce que hay tanto arte consciente en ese cantor, tan gran profundidad de experiencia práctica, que hace arriesgado para cualquier crítico acercarse á él con el estilo demasiado comun de la crítica hecha al correr de la pluma.

III.

Cuando se expresaban opiniones tan favorables, el popular poeta no habia tomado puesto todavía en aquella oposicion liberal que en los dias anteriores á 1848 atrajo gradualmente á sus filas á las mejores inteligencias de la nacion. En Berlin y en Viena no existian entónces Parlamentos. Pero el eco de los discursos, á veces atrevidos y de gran efecto, que resonaban en las Cámaras de los Estados alemanes más pequeños, conmovian la opinion pública muy á menudo en las despóticamente gobernadas Prusia y Austria. Por encima de una censura brutal para la prensa, el sutil y espiritual arte de escribir celebraba de cuando en cuando triunfal danza. A despecho de las penalidades terroríficas, imprentas que trabajaban en secreto esparcian sus hojas volantes, por la ciudad y por la campiña, valiéndose de manos ocultas. La prision por delitos políticos era del género más cruel: y á pesar de todo, el entusiasmo por la buena causa anonadaba con frecuencia á los tiranos, que se encontraban inexplicablemente embrollados por abnegacion tan extraña.

En no pocas universidades la antigua levadura Burs-

chenschaft fermentaba bajo una nueva forma. A riesgo de destruir todo su porvenir en la vida, se agrupaban los jóvenes en secreta liga para el establecimiento de una comunidad libre. Mientras que cautos profesores exponían sus teorías moderadas constitucionales, que en cualquier momento podían traerles amargas dificultades con un colérico fiscal de la corona, los principios democráticos y las ideas de libertad filosófica eran ansiosamente discutidos en la vanguardia de los estudiantes jóvenes. Un hombre sábio como Hoffmann von Fallersleben, tomó un estado mayor errante y en correrías de pueblo en pueblo, siempre embrollado con la policía, y aún tratado como si fuera un vagabundo vulgar, hacia por encender á los hombres en una oposicion más atrevida, cantando él mismo, á la manera de músico ambulante y callejero, sus sátiras políticas. Era época aquella en que hombres de elevado carácter hacían trabajos bajos por el bien de su país que sufría, vergonzosamente escarnecidos por coronados séres sin corazon.

Georg Herwegh, el joven poeta suábico, había unido su suerte á esta oposicion. Antes Anastasius Grün (Conde Auersperg) había aparecido como trovador político. Franz Dingelstedt, en sus *Canciones de un guarda cosmopolita*, lanzaba el dardo de sus epigramas estéticos contra los poderes existentes. Pero Freiligrath todavía quería «mantenerse en almena »más alta que las murallas del partido.» Lenguaje fuerte como el en que se deleita la irascible raza de los cantores, era libremente lanzado de un campo al otro, entre los dos opuestos. Sin embargo, un observador imparcial podía haber predicho bajo qué bandera el férvido cantor de la vida oriental se había de colocar en su día. Aun entónces, brotaba de cuando en cuando, á través de su delineamiento de paisaje escabroso ó bello, la imágen de las naciones que luchan, de la humanidad que sufre, como en sus *Cantos de los desamparados* ó en su *Viuda irlandesa*, en los cuales las artes del clero son denunciadas con indignacion.

La fantasía de Freiligrath no estaba del todo dedicada en aquellos días á las peleas de leones y leopardos. Ni eran los románticos *Drachenfelds* y *Rolandseck* los únicos objetos que

en la pátria solicitaban su entusiasmo. Esta última ruina, todos lo recordarán, es famosa por la leyenda del amor de Rolando é Hildegunda, que dió asunto para el *Ritter Togggenburg* de Schiller. Habiendo venido en parte á tierra en una tempestuosa noche de invierno la noble arcada de Rolandseck, ornato del paisaje del Rhin, fué restaurada gracias á un poético llamamiento de Freiligrath. Del mismo año (1840) datan varios de sus poemas críticos, que marcan los diferentes grados del galanteo y triunfo de un zagalillo. Algunos de ellos forman parte de la historia personal del poeta. En este género hizo muy poco; pero es un error decir, como lo hacen algunos críticos, que carecia por completo de la fuerte expresion de las emociones humanas que se refieren á los goces del amor, al pesar de la desesperacion, á la pena de la despedida y á análogos asuntos. *Flores silvestres* (*Mit Unkraut*) en el que un amante hace un ramillete de flores silvestres, en representacion de su pobreza y de su pasion salvaje, es del estilo más original de Freiligrath. Por otra parte, su *Reposo de amor* tiene en el tono mucho del *Die Abgeschiedenen* de Uhland. En un tercer poema del mismo género compara al amante con un cazador de aves.

Los que con Freiligrath han estado en íntimos términos saben que varios de sus rasgos más característicos encontraron escasísima expresion en sus poemas, ó mejor dicho ninguna. Muy vergonzoso en público, pero de disposicion festiva la más agradable en un reducido círculo de amigos, no ha dado ningun canto de trovador á una nacion famosa por su literatura báquica. Lleno de *humour* cuando estaba con unos pocos camaradas, y gozando las agudezas de ingenio con la más cordial risa, para nada ha utilizado esa vena en sus canciones impresas. Debe lamentarse. Poseo yo una de esas efusiones poéticas en privado que nos dirigió despues de haber estado juntos en la isla de Wight. Está repleta de divertido humor y sinceridad. Probablemente hay que buscar la razon de no haber publicado nada de este género en la naturaleza retraida de su carácter. El ponía á un lado espontáneamente su propia personalidad, excepto en las pocas ocasiones en que la tempestad y la violencia de la pasion barrian el

dique artificial que con toda intencion habia levantado. Quizás la misma razon pueda explicar sus primeras vacilaciones en lo que se refiere á partido político.

Además, hay señales de que él aún en sus más tiernos años sintió vagamente aquello á que despues dió la expresion más valiente. En su introduccion á la *Westfalia pintoresca y romántica*, que hizo en colaboracion con Levin Schücking, pone sentado en su silla á un juez libre del Vehmgericht, llamando á su rededor á los libertadores y patriotas de la antigüedad: Armin el Querusco, Justus Moser, y otros campeones del derecho aleman. De las amarillentas arenas del Sahara retrocede á la roja tierra de su propia pátria westfaliana.

Más tarde nos dá *Auch eine Rhein-Sage*. Está dedicado á Karl Simrok, el distinguido escritor y poeta, con el cual hacia Freiligrath *El anuario de arte y poesia del Rhin*. El espíritu patriótico empieza á sobreponerse en ese poema á los antojos orientales. Las verdes olas del rio aleman adornado de vides han arrastrado las arenas del desierto, acumuladas en el cerebro del poeta. Con un ενα, αλλα, λεοντα despide sin ceremonia á los camellos y á los leones abandonándolos á su destino. Viendo con asombro que las hermosas orillas del Rhin todavía están habitadas por el dragon de Monkdom, pide espada y adarga para pelear contra el mónstruo. Disfrazándose á sí mismo acepta el nombre de un «Van Amburgo de la poesia alemana,» domador de aquellas bestias que es preciso enjaular ó matar. Contra el altivo arzobispo de Koln rompió atrevidamente una lanza. Las luchas de nuestros dias actuales contra la insolencia teocrática movieron su corazon ya hace más de treinta y cinco años. Por aquel tiempo tambien, se sabe que tomó gran interés en el *Jamás lo tendrán* de Niklas Becker, réplica acaso más patriótica que poética á las aficiones francesas del ministerio de Thiers á la frontera del Rhin.

Un cuento de niños (Ein Kindermarchen) es otra de sus primeras alegorías patrióticas. En su concepcion nos recuerda el *Marchen* de Uhland (*Un cuento de poesia alemana*). Gustav Schwab, como Chamisso, habia contribuido á hacer mejor conocidas las primeras producciones de Freiligrath; y

el tono de la escuela suabia tiñe en ocasiones las composiciones del bardo westfaliano. En forma de hermosa labor, el *Kindermarchen* estigmatiza los hechos anti-constitucionales del rey Ernesto Augusto de Hanover. Los hermanos Grimm, que estaban entre los Siete de Gottingen que se resistían á la tiranía real, están pintados con una alusion especialmente feliz en el mejor espíritu del *Marchen*. Nos parece oír las trinadas notas del bosque desde un valle; aspirar el embriagador perfume del tomillo silvestre. Sin embargo, el sentimiento político corre á través de este idilio selvático como torrente de montaña que furiosamente se despeña de roca en roca.

Además, debe mencionarse la *Vision*. Fué escrito en 1843, cuando Freiligrath estaba ya rápidamente formando sus opiniones. Fatigado de andar muy tarde por la noche, se apoya en la puerta de hierro de un cementerio de una iglesia cerca del Rhin y cae el poeta en meditacion. El grave murmurar del rio; el crugido de las hojas y de la yerba; la fragancia nocturna de las flores, le infunden un sueño. Desde las guirnaldas de neblinas del Rhin, fantástica forma avanza hácia él. Es Zinkgref, que habia tañido patrióticamente la lira durante los horrores de la guerra de treinta años, cuando la Germania, derramando sangre, yacia víctima desamparada. Zinkgref habia muerto en Saint-Goar, donde Freiligrath en aquel entonces vivia. El fantasma le invita á unirse á la lucha por la libertad. Hay algunos toques arcáicos de efecto en este canto marcial. Como Goethe y Uhland, ha introducido Freiligrath con juiciosa seleccion, ó mejor dicho reintroducido en nuestro idioma escrito, palabras gráficas sacadas del fuerte manantial del dialecto ó locuciones brillantes que se habian perdido. De vez en cuando la *Vision* tiene un sonido semejante á los llamamientos patrióticos de Hutten ó Hans Sachs. El amargo presentimiento de una próxima refriega está expresado del modo más patético. Todos estos poemas fueron escritos antes de que Freiligrath se pasara formalmente al partido del pueblo.

En Mayo de 1841 se casó con Ida Melos. La hija del profesor Melos habia sido mimada cuando niña por Goethe, con

cuyos nietos habia crecido. Estaban estos en una excursion á Unkel en el Rhin y por ellos empezaron unas relaciones que habian de madurar en una fiel compañía para toda la vida. Poco despues de su casamiento, fué Freiligrath á Darmstadt á fundar un periódico dedicado especialmente á la literatura inglesa. Bulwer, Dickens y otros autores notables prometieronle ser colaboradores. Debido á la repentina retirada de los editores, el proyecto se desbarató. Por este tiempo hizo Freiligrath el conocimiento del general von Radowitz, quien despues desempeñó papel tan importante en la cosa pública. Radowitz trató de ganarse al poeta como colaborador de un nuevo periódico. La oferta, al parecer lucrativa, fué rehusada á despecho de las precarias circunstancias de Freiligrath. Mientras tanto, Alejandro von Humboldt habia inducido, sin saber nada el poeta, al rey Federico Guillermo IV de Prusia á señalarle una corta pension literaria. La aceptó y residió entónces en Saint-Goar, entre los encantos de la naturaleza, gozando de una dichosa vida de familia y la amistad de Hoffmann von Fallersleben, Emanuel Geibel y Longfellow, quienes tambien vivieron algun tiempo en aquel favorecido paraje del hermoso rio.

IV.

Al fin Freiligrath tambien tuvo que escoger la bandera bajo cuyos pliegues tenia que combatir. Los derechos de la jóven Germania no podian ser desatendidos por más tiempo. Lo mejor fué que tomó su resolucion muy en sério. La grandeza de Goethe no hubiera sufrido si, con el mejor estilo de los poetas y artistas patrióticos griegos, hubiera tomado parte por la causa de la libertad y de la independendencia nacional, en vez de servir humildemente al tirano de Córcega y de envolverse en otros conceptos en una impasibilidad olímpica que los caudillos de la inteligencia de la antigua Hélada hubiesen despreciado. Hay despues de todo un verdadero helenismo, como hay un pseudo-helenismo que no conoce las leyes de Solon. Alemania no hubiera sido desgarrada durante tanto tiempo en dos opuestas direcciones, y su-

frido por ende en su vida nacional lo mismo que en su literatura, si la excelsa enseñanza de Schiller no hubiera sido contrariada, como lo fué, por el contemplativo quietismo ó la epicúrea poco *curante* manera del gran poeta anciano.

Yo sé que se ha dicho algunas veces por aquellos que exageran la máxima del arte por el arte, que este es el modo de ver las cosas de un hombre político; ¿pero es verdad que el poeta que interpreta poderosamente las emociones del corazón, que serán siempre asunto de las poesías lírica y dramática, ó que es maestro en la delineación de las bellezas y de la lucha de la naturaleza, tiene forzosamente que salir perdiendo cuando simpatiza con el bienestar del pueblo en cuya lengua canta, ó con el progreso de la humanidad en general?

¿Han de contarse la oda de Calistrato y el cántico de Deborah solamente como artículos de fondo puestos en verso? ¿La poesía de los trovadores y *minnesingers*, no está llena de canciones estrictamente políticas? Goethe decía: «Un poema político es un poema impuro.» Cuando Uhland se mezcló en la refriega de los asuntos públicos, Goethe expresó el temor de que el político absorbiera al poeta. Pero entonces Goethe desgraciadamente tenía pocas simpatías por la nación anhelante de libertad. Más aún; el Zeus de Weimar no vacilaba tampoco en modo alguno para ocupar el puesto de ministro de un príncipe que estaba después de todo metido en política, con la sola diferencia de ser una política distinta de la que interesaba á Uhland, como poeta y como representante del pueblo. Goethe mismo, sin embargo, compuso algunos poemas políticos, por decirlo así, poesías de circunstancias que se referían al Alto Poder. Si tuviéramos que hacer la elección entre los dos géneros, permítasenos preferir las composiciones de circunstancias escritas por los cantores de la libertad.

En 1844 renunció Freiligrath á la pensión que había cobrado por espacio de dos años. No queriendo aparecer encadenado al carro de un romanticismo despótico—lo que en realidad y de corazón nunca estuvo,—publicó entonces su gran *Credo* (*Ein Glaubensbekenntniss*). En el prefacio «con-

»fesó abierta y resueltamente, de palabra y obra, ser miembro de la oposicion.» Con perfecta verdad dijo que no se habia pasado de un campo al otro, sino que habia sencillamente progresado y que se habia desenvuelto más plenamente: en resúmen, que habia atravesado como individuo las mismas vicisitudes de aprendizaje que la nacion como colectividad. Confesaba que ahora se habia adelantado y entrado en los bastiones del partido. «Para mí, concluia, no quiero más vida sin libertad. Mientras dure la opresion bajo la cual solloza mi pátria, sangraré mi corazon, se rebelará mi espíritu, mis lábios y mis brazos no se darán reposo en el luchar para conseguir mejores dias en cuanto mis fuerzas alcancen. Tengo la cara vuelta hácia el porvenir.»

¿Cómo podria la pluma en los dias que corren dar una idea exacta del tumulto de deleite con que se recibió esta declaracion de un poeta favorito? Dando el tono con una traduccion vigorosa de *Un hombre es hombre para eso*, de Burns, Freiligrath dió al mundo sus cantos á la libertad y patrióticos en sucesion rápida. Mencionaré aquí *Libertad y derecho*, *Jacta est alea* y *El árbol de la humanidad*, profecía patriótica del más dulce estilo alegórico. Además hay *¿Cuándo?* y *En el manicomio*, y ámbas marcan con la infamia la censura de la imprenta matadora del alma: *Inglaterra á Alemania* (de Thomas Campbell): *Del Hartz*, tragedia selvática que se deriva de las leyes de caza escritas con sangre en los dias anteriores á nuestra revolucion, y *Hamlet*. En *Dos banderas*, el patriotismo aleman de Freiligrath, su simpatía con las aspiraciones liberales francesas y su vigilante desconfianza por una agresion venidera de los galos que es preciso recibir severamente, están noblemente marcados.

Despues dió *Sueños de una flota alemana* (fechada en 1843). *Dos sonetos* pidiendo, no lo que se llama un buen príncipe, sino un tirano rígido que impulsara á los hombres á la resistencia, de modo que pudieran arrancarle una Carta Magna de libertad; *A Hoffmann von Fallersleben*, recuerdo conmovedor de la famosa entrevista en que las opiniones liberales de Freiligrath fueron más plenamente confirmadas; y varios poemas semejantes que contribuyeron grandemente á aven-

tar las llamas del movimiento nacional. La bandera negra, roja y amarilla, que entónces todavía era tenida por símbolo de alta traicion por dinastías tiránicas, es atrevidamente levantada en estos cantos. Los príncipes alemanes son escarneidos por llevar la cola del manto imperial del czar kalmuko, del asesino de Polonia. *El buitre tártaro hizo pedazos la rosa de Polonia*, fué expresion suya que prohibió la censura real prusiana. En su *Hamlet* cantaba: «¡Alemania es Hamlet! Todas las noches, la libertad deja la sepultura, y lenta y solemne anda vagando dentro de sus recintos, llenando de terror á los que la observan. El elevado fantasma, de blanco vestido, así dice al que el miedo sobrecoge: sé mi vengador, desnuda el acero. Han derramado veneno en mis oídos.»

Estas y otras valientes expresiones, por ejemplo, *conoceis la costumbre de los escoceses*, con la cual levantaba la fogosa cruz de la rebelion contra la tiranía, pronto le atrajeron la persecucion. Huyó para salvarse de correr la suerte de los muchos mártires que se habian podrido en los calabozos. Residiendo en Bélgica primero, luego en Suiza y por último en Inglaterra tuvo que subir la empinada escalera del destierro y comer el amargo pan del proscrito. Pero el libre roble de su alma «no se dobló.» No estaba ya bajo una censura que habia prohibido hasta la publicacion de *El hombre es hombre para eso* de Burns y usaba de toda su libertad en atrevidos llamamientos patrióticos.

Entónces elogió esa «Libertad de la prensa» que cuando se vé amenazada por el despotismo real funde balas con los tipos, como en la revolucion francesa de Julio. Cantos en el tono de *La Marsellesa* en honor del trabajo, cantos proletarios que anunciaban grandes luchas futuras, torvas endechas en recuerdo de hombres asesinados en Leipzig en 1845 por órden de un rey despótico, salieron de su lira. Estas fueron esparcidas sobre toda Alemania en hojas sueltas. Recuerdo bien la impresion que hicieron en las asociaciones secretas y en las reuniones confidenciales tenidas en aquel tiempo por los ciudadanos liberales y especialmente entre las clases obreras y la juventud estudiantil del Sur.

Su *Brutus* escrito para el carnaval de Dusseldorf en 1845 contiene ya alusiones republicanas. Allí recomendaba el ejemplo del vengador de Lucrecia. Una profecía conmovedora del terremoto político que se aproximaba se encuentra en su *Wie man's matcht*.

Con un corazón lleno de delicadeza; marido y padre amorosísimo; vera efigie de la ternura dentro del círculo de su familia, predicaba poéticamente el evangelio de la liberación por la espada á una nación envuelta en las mallas de sus tiranos grandes y pequeños. Hasta en Suiza, á la sazón muy comprimida por las monarquías que la rodeaban, no tuvo garantido mucho tiempo el derecho de asilo después de revelar de esta manera valiente todo lo que pensaba. Así es que en 1846 tuvo que buscar su libertad personal en las playas inglesas. Pero aquella libertad le trajo consigo la dura necesidad de volver á una diaria ocupación, indigna de su genio, para ganarse la vida.

Llegó la revolución. Aclamó con entusiasmo la república francesa, del mismo modo que los movimientos anteriores de Suiza é Italia. A todas las naciones recomendaba él una liga de universal fraternidad. En los tempestuosos días de 1848-49 era el elegido cantor de la épica revolucionaria de Alemania. Sus *Berlin*, *Canto de muerte*, *Trotz Alledem*, *Los muertos á los vivos*, *Viena*, *Robert Blum* vivirán en la literatura tanto como los mayores destellos de la poesía de la libertad. No es esta una opinión de que sólo participen sus amigos. Es un modo de ver claramente expresado poquísimas semanas después de su muerte por la imprenta alemana de todos los partidos y matices. Mucho antes Robert Prutz en *La literatura alemana de nuestros días* (1859) había dicho que cualquiera que fuese la diferencia en opiniones políticas, «en el sentido poético, *Los muertos á los vivos* era una obra maestra, cuyo paralelo no podía presentar la literatura de ningún tiempo.» Esta opinión es tanto más valiosa cuanto que Prutz, no compartiendo los principios decididamente republicanos de Freiligrath, habla en otro sitio de «errores artísticos y estéticos» relacionados con la expresión de las ideas extremas en política. Y con todo añade, que cualquier lector que sea sincero

no podrá escapar de la dominante, casi encantada influencia de estas entusiastas y heróicas canciones.

El ciclo entero de un levantamiento del pueblo, de su victoria y de su nueva sujecion, bajo el ferrado tacon de la tiranía, es cantado por Freiligrath en notas sublimes que conmueven sin remedio al corazon más indiferente. Las tempestades de la pasion política son por él entonadas con acordes poderosos, que se van hinchando en medido movimiento hasta ser noble himno del amor á la libertad y despues rompiéndose una vez más en terribles estilos, en los que la despreciativa ironía está mezclada con una ira que desafía á la muerte. Hay una monumental grandeza en estos himnos épicos. Quedarán como grandes memorias literarias de la lucha de una nacion por su emancipacion política.

V.

En los primeros dias de la reaccion, Agosto 1848, se estableció una persecucion de la corona contra Freiligrath por el poema tan altamente encomiado por Robert Prutz. De sus vistosas y ensangrentadas tumbas habia hecho el poeta que los que habian caido en las barricadas de Berlin llamaran patéticamente á los vivos para salir á defender las amenazadas conquistas de la libertad. Creó este poema un gran enojo en la córte.

Su efecto habia sido inmenso. Preso por su causa á fines de Agosto de 1848, fué llevado á juicio Freiligrath en Octubre ante un jurado en Düsseldorf. La simpatía por él y por su causa motivaron una gran demostracion popular. En el camino desde la prision al Tribunal de justicia, las mujeres cubrian de flores sus pasos. Un veredicto de *no es culpable* fué recibido en medio del universal entusiasmo.

La persecucion no consiguió dominar su valor. Prueba de ello son sus últimos poemas en honor del alzamiento de Octubre en Viena y del asesinado patriota Robert Blum.

Pero destinado estaba á la derrota el movimiento popular. Primeramente en Austria y Prusia; en Sajonia luego. Más tarde en los campos de Baden, empapados en sangre, donde

despues de una série de batallas en campo abierto, en las que cerca de cien mil hombres tomaron parte, el victorioso ejército realista tomó una cruel venganza en los prisioneros de guerra. Muchísimos cabecillas populares fueron fusilados por sentencias de consejo de guerra; decenas de millares sumidos en calabozos; los paises extranjeros se llenaron de emigrados: del pequeño gran ducado de Baden solamente, en mayor número que jamás habian sido arrojados de Polonia ó Francia.

Tiempos tormentosos y de inquietud fueron aquellos. Despues de un poético *adios á la «Neue Rheinische Zeitung»* (Mayo 1849), con cuyo periódico habia estado unido no mucho tiempo en Koln, llevó Freiligrath durante los dos años siguientes una vida de vejaciones, residiendo sucesivamente en diferentes sitios y jamás seguro de ser en ninguno de ellos tolerado. Para evitar una nueva persecucion, tuvo que emprender otra vez el camino del destierro. No salió como el errante fatigado cuyo espíritu se ha destruido, sin embargo, sino como el que no pierde sus alientos á despecho del hondo infortunio. Por algun tiempo pensó en emigrar á América. De entónces es su enternecedor *Canto de navidad á mis hijos*. Finalmente fué á Inglaterra, dando de cuándo en cuándo salida á una composicion democrática hondamente conmovedora, como *La Revolucion*, en la que un espíritu desafiador de batalla á lo Nibelungen, está mezclado con algunos de los más firmes acentos de la antigua poesia hebrea.

Durante una corta estancia en Inglaterra en 1851, hice por primera vez el conocimiento que estaba destinado despues á ser una amistad que ha durado hasta su muerte, unos veinticinco años. Cuando pienso en las muchas horas felices que mi familia y yo hemos pasado con él y los suyos, ya en nuestras casas respectivas de Lóndres ó á las orillas del mar, que él ha cantado con tanto éxtasis; cuando echo una ojeada á la frecuente (en años anteriores, por semanas enteras, casi diaria) íntima correspondencia que teniamos sobre asuntos grandes y pequeños en la que todas las peculiaridades de su carácter brotaban con fidelidad viva, siento una emocion á la que no debo dar expresion ahora. En su correspondencia par-

ticular, aún en su capacidad para los negocios, aquel poeta imaginativo era la puntualidad misma. En su letra clara, fluente, caligráfica, ni una tilde faltaba. Entre estos recuerdos de días pasados, no son pocos los de género jugueton. Soporaba bien la ironía del hado, que de nuevo encadenaba á un escritorio de dependiente en una casa de comercio de Londres al bardo de la libertad, y luego ponía grillos á su vuelo obligándole á obrar como director gerente del Banco de Suiza. *Pegaso uncido* se apellidaba á él con mucha propiedad. Sin embargo, á veces, aunque de tarde en tarde, se libertaba el caballo cautivo, tomaba una vez más la carrera con sus maravillosas alas por las antiguas regiones de lo romántico.

Empleaba el pequeño descanso que le quedaba en Londres en continuar traduciendo al alemán los poetas ingleses. Había hecho ántes lo mismo con las odas, baladas y *cantos del crepúsculo* de Víctor Hugo, con cuyo poeta tenía alguna afinidad; y también había vertido algunos poemas de Lamartine, Jean Reboul, Auguste Barbier, Pierre Dupont, Alfred de Musset y Alessandro Manzoni. Su traducción de *Venus y Adónis* de Shakspeare ya publicada en 1856 es una obra maestra y sin par de reproducción poética. También dió forma en alemán á algunos sonetos de los compositores ingleses de los siglos XVI y XVII. De los poetas modernos, tradujo muchas poesías de Burns, William Cowper, Wordsworth, Coleridge Southey, Charles Lamb, Keats, John Wilson, Thomas Campbell, Walter Scott, Allan Cunningham, Moore, Hood, Ebenezer Elliot, Felicia Hemans, L. E. L., Mary Howitt, Milnes, Barny Cornwall, Macaulay y Tennyson.

El *Hiawatha* de Longfellow por estar en un gusto y tono que tenían especial atractivo para Freiligrath, ha sido traducido por él de un modo magnífico. Ultimamente dió también en alemán alguna de las producciones de Bret Harte y Walt Whitman. Varias baladas populares escocesas é irlandesas han sido traducidas por él con tanta fidelidad como nobleza. Es de observar que en la elección que hizo para sus traducciones, no solamente escogió asuntos patéticos, sino de vez en cuando también poesías impregnadas de un tono de agude-

za vivísima. Se dice que en uno de sus primeros poemas inéditos explicaba la inclinación de la torre de Soest, donde vivía entonces como aprendiz de comerciante, por un deseo en aquella torre de mostrar la debida cortesía á las bellas que se paseaban en las murallas de la ciudad.

Algunas de sus traducciones del inglés se leen en toda Alemania. El poder y el torrente músico con que ponía en verso alemán muchísimas canciones de otros idiomas, referentes á los gozes y penas del corazón humano, pueden tomarse como prueba de que en este como en otros casos tenía voluntariamente muda su lira en un asunto que hubiera podido tratar con mucha habilidad. Tan gran maestro en traducciones poéticas jamás lo tuvo nuestro país, ni aún lo fué el mismo Ruckert. Esta habilidad sin par le hace ser verdaderamente un lazo de unión entre las literaturas inglesa y alemana.

En suelo inglés apenas se presentó en público. Ni tenía el pasmoso don de hablar en público, ni la agitación y baranda de los debates venían bien á sus hábitos. En las raras ocasiones en que no pudo ménos de pronunciar algunas palabras, lo hizo con extrema dificultad. Alto, de ancho pecho, con una cabeza maciza rodeada de ondulantes rizos castaños, de firme y fija mirada, este valiente cantor parecía casi anulado por su excesiva modestia ante una reunión numerosa de hombres. Con toda la resolución que dejaba ver cuando estaba sobre el tapete un gran principio, suspiraba por aquella «plácida paz en la libertad» que es la esencia íntima de la divisa belicosa de Algernon Sidney.

A la muerte de Johanna Kinkel (1858) erigió un monumento lírico á su heróico espíritu, inscribiendo en él los nombres de Milton y Cromwell, de Algernon Sidney y de Lady Russell. Para la gran conmemoración de Schiller (1859) que los alemanes de Lóndres celebraron en el Palacio de cristal, escribió, á petición de estos, una noble cantata festiva. Cuando la emancipación del Schleswig-Holstein del yugo danés, estaba con nosotros en el comité de Lóndres, ayudando á apresurar la plena libertad de un pueblo alemán que sufría. A la entrada de Garibaldi se unió á la diputación

alemana, en cuyo nombre, el que este ensayo escribe, tenía que atestiguar al libertador de las dos Sicilias la simpatía nacional por la causa italiana. Cuando recomenzó el movimiento por la libertad y union alemana, hace cosa de doce años, tomó públicamente un puesto entre los que volvian á levantar la bandera democrática. Su nombre está en la portada del *Deutsche Eidgenosse* que entónces publicábamos, rodeado por los de un número de eminencias en política, ciencia, filosofía y literatura, tales como los del Dr. Louis Büchner, Georg Fein, Ludwig Feuerbach, M. Gritzner, General Hang, Friedrich Hecker, Theodor Mogling, K. Nauwerck, Theodor Olshausen, Emil Rittershaus, General Sigel, F. W. Schloffel, Gustav Struve, J. D. H. Temme, N. Titus y otros.

La guerra de 1866 que desgarró en dos pedazos á Alemania, le encontró opuesto al reino prusiano. Un conmovedor poema suyo, *Canto del verano westfaliano*, expresa su indignacion por lo que él tambien consideraba como una guerra fratricida. Supone que en un campo de ondulante trigo, millares de doradas espigas que despiden relámpagos de luz hablan como si estuvieran animadas por la voz de la naturaleza contra la iniquidad de un rey.

Algun tiempo despues, cuando las sombras de la edad empezaron á caer sobre su frente, fué llamado á Alemania por un testimonio nacional destinado á hacerle posible que se entregara con descanso á tareas literarias. Son muy pocos los testimonios de esta clase ocurridos hasta ahora en Alemania. En el caso de Freiligrath, el llamamiento fué prontamente respondido; otra prueba de la consideracion que él tenia por el espíritu nacional, prescindiendo de partidos. Un llamamiento poético de Emil Rittershaus excitó á la nacion en ese tiempo á atenderle como era debido mientras que todavía conservaba las fuerzas. En el verano de 1869, pisaba Freiligrath una vez más, tras largos años de destierro, la *roja tierra* de su país natal. Los sentimientos que en él levantó, descritos están en *Gracias á su pátria*, que leyó en un banquete en Bielefeld.

En el camino al pueblo donde naciera, Detmold, todos

los pueblos por donde tenia que atravesar estaban adornados de fiesta; la calles cubiertas de flores. Como sitio de residencia escogió á Stuttgart, en el Sur, donde todavía el partido popular poseia una organizacion democrática. Al mismo tiempo sus fuertes sentimientos nacionales, libres de todo exclusivismo, siempre le hicieron poner la causa de independencia y cohesion nacional ántes que toda consideracion de partido siempre fiel á la máxima contenida en sus *Dos banderas* (1844).

¡Das Hochste bleiben Land und Heerd! (1)

En las románticas márgenes del Neckar, en Suabia, despertó su musa al grito de la guerra francesa. Contestó con la voz de trompa de su *¡Hurrah Germania!*

Este himno de guerra fué seguido de un poema *A Wolfgang en el campo*, que contiene la bendicion del padre á su hijo, que se había ofrecido como voluntario y que, al no ser admitida su oferta por haber nacido en el extranjero, se había unido á un cuerpo para el socorro de los heridos en los terribles dias de Sedan y Metz y hasta el sitio de París. Un popularísimo canto bélico de Freiligrath es *El Trompeta de Gravelotte*. Hasta lo último se mantuvo afiliado á la causa nacional. Habiendo vuelto por un corto período con su esposa á Inglaterra, firmó en Febrero de 1871 con el Dr. Eduard Bronner y conmigo el «llamamiento al pueblo francés y á la asamblea nacional» que yo habia redactado y del que circularon en Francia muchos miles de ejemplares. En Forest Hill, á donde habiamos ido para ver á los antiguos amigos, leíle yo el borrador del texto francés, y así como en una gran crisis revolucionaria se habia despojado de la cubierta y se habiapronunciado de muy buena fé, del mismo modo tambien en esta gran crisis nacional dió desde luego su asentimiento cordial sin pérdida de momento.

La muerte de Otto, uno de sus hijos que servia como voluntario de un año en un regimiento de granaderos en Stuttgart, inundó de profunda tristeza el círculo de su familia.

(1) Antes que todo, la tierra y la grey.

En otra visita que Freiligrath hizo á Inglaterra — donde viven sus dos hijas casadas con dos comerciantes alemanes y tambien su hijo más pequeño, Percy,—le encontré afectado hondamente y algun tanto cambiado. Su placentera jovialidad se habia desvanecido. El dolor desgarrador del corazon que le habia sobrevenido y del cual parece que jamás se repuso, está expresado en un largo poema de indescriptible amargura. Ultimamente, vivió en Cannstatt, inmediato á Stuttgart, ocupado con la direccion de una revista inglesa publicada en Alemania.

Una de sus últimas producciones (*Mucho tiempo, mucho tiempo hace que está aquí*) se refiere á cuando se descubrió al público la estatua de Arminio ó Hermann en el bosque de Teotoburgo cerca del cual nació. En sus primeros poemas hay frecuentes alusiones al caudillo Querusco que destruyó el yugo romano. A pesar de ser contrario á todo provincialismo en asuntos políticos, Freiligrath tenia un amor natural por el paisaje y las grandes asociaciones históricas de su hogar westfaliano. En *El poeta emigrante* dijo:

*Ich lag heut Nacht in süßen stillen Traumen
Von meiner Heimath und von meinen Lieben.
Ich wandelte bei meiner Kindheit Baumen,
Wo ich wohl wünschte, dass sie mich begruiben (1).*

Esto ha sido tomado ahora como un deseo expresado más de cuarenta años hace, de tener su mansion de descanso cerca de Detmold. Sin el conocimiento de su familia se pensó por tanto en trasladar solemnemente sus restos al Grotenburgo, cerca del monumento de Arminio; pero no se ha obtenido el consentimiento de su viuda para llevarlo á cabo.

Murió como vivió, hijo fiel de su pátria. En Cannstatt, donde delante de las ventanas de su biblioteca cubiertas por el emparrado se oye el murmullo de las aguas del Neckar, exhaló de repente su último aliento, sentado, como Goethe,

(1) Soñaba una noche dulce y tranquilamente con mi pátria y con mi amor; me dirigia hácia los árboles de mi niñez, á cuya sombra quisiera yo que me enterraran.—(N. de la R. C.)

en una silla, en conformidad con una prediccion que solia hacer por broma muy á menudo. Por una notable coincidencia, acaba su vida en 18 de Marzo, aniversario de aquella revolucion de Berlin que con tan potente estro cantara. De todas partes de Alemania enviaron guirnaldas para adornar su féretro. Aun de paises distantes llegaron mensajes de reverente pésame á la viuda.

Gottfried Kinkel, Emil Rittershaus, Ernst Scherenberg, Albert Traeger y otros, pagaron tributo lírico á su memoria. Con verdad se dice en las hermosas endechas de Kinkel que «la corona de laurel y la cívica» están aseguradas para Freiligrath. Su triple cualidad como una de las glorias poéticas de Alemania, prescindiendo de partidos; como bardo de la causa del pueblo, de cuyos cantos fué heraldo en el movimiento de 1848, y cuyas trágicas luchas acompañó, y como cantor patriótico del derecho de su país en épocas de peligro nacional, le asegura la inmortalidad en el panteon político de la nacion alemana.

KARL BLIND.

Á UNA SEÑORA QUE LLORABA. (1)

POR LORD BYRON.

Hija de estirpe real, llora el oprobio
De un señor, y de un reino la miseria.
¡Dichosa tú si con el llanto puedes
Borrar las faltas que tu padre ostenta!
Llora, porque tus lágrimas son puras,
Propicias á estas islas en sus penas.
¡Cada lágrima tuya en lo futuro
Pago, del pueblo en las sonrisas, tenga.

E. GODINEZ.

(1) La princesa Carlota.

LOS CAMINOS DE LA DICHA.

POEMA EN TRES CANTOS.

CANTO PRIMERO.

CARTA DE UN TIO PATERNO, DIRIGIDA Á SU SOBRINO EL AUTOR
DE ESTE POEMA.

I.

Sé que te vas, y mi alma te acompaña.
Návia es de Astúrias la region más bella,
Aun siendo Astúrias lo mejor de España,
Mas vete á descubrir á tierra extraña
De tu ambicion la misteriosa estrella:
Cual Mahoma, al llamar á la montaña,
«Pues no viene ella á tí, vé tú hácia ella.»

II.

Vete á Madrid y arroja las cadenas
Que te atan á los séres
Que desde niño con el alma quieres,
Y busca, en horas de entusiasmo llenas,
El fuego tentador de los placeres,
De la pasion las adorables penas,
El goce de la gloria y las mujeres.

III.

No es el campo, sobrino,
La tierra en que germina la ventura

Del humano destino,
 Aunque así lo asegura
 Virgilio, que era un tierno campesino,
 Con un talento igual á su ternura.
 ¿Quién en el campo á soportar se atreve
 Los cambios incesantes
 De la lluvia y la nieve,
 Aunque nos juren ántes
 Que cada vez que llueve
 Hace el cielo una siembra de diamantes?
 ¡No hay suerte á la verdad más importuna
 Que tengan que gozar desde la cuna
 Nuestros sentidos, de placer sedientos,
 La insípida fortuna
 De ver y oír atentos
 Un día y mil, sin diferencia alguna,
 Ruidos del mar, rumores de los vientos,
 Rayos del sol, matices de la luna!

IV.

Mientras á Dios le ruego
 Que te dé su ventura,
 Y en tanto que con mística ternura
 A su divina voluntad me entrego
 (Pues en cosas de fé, según el cura,
 Para ver algo claro hay que ser ciego),
 Tú aléjate contento
 Y realiza el feliz presentimiento
 Que en tu viril naturaleza fundo.
 Ese pueblo de Návia es un convento;
 Si tienes corazón y entendimiento,
 Echa el mundo á un rincón y hazte otro mundo.
 Para darte, sobrino, estos consejos
 Tengo hoy motivos graves,
 Pues he visto ayer tarde á los vencejos
 Volar de cierto modo; y tú ya sabes
 Que los augures viejos

El porvenir leían desde lejos
El vuelo interpretando de las aves.
Ten en mi confianza
Y afronta la ambición con alma fuerte;
Así te evitarás la triste suerte
De ver, cual yo, pasar en lontananza
Después de una esperanza, otra esperanza,
¡Y luego otra! ¡Y luego otra! ¡Hasta la muerte!

V.

Y mientras corre la existencia mía
En ver como tu tía
El tiempo, el oro y la paciencia, gasta
En vestir de la iglesia los altares
(Imitando en lo buena y lo entusiasta
La esposa del cantar de los cantares
Furiosamente enamorada y casta),
Tú, parodiando en su afición guerrera,
Y aunque sea también en lo hugonote,
A tu tío Fabian, el calavera,
Que es más loco y matón que un Don Quijote,
Vete á ser gran artista, ó gran guerrero,
Con frente altiva y corazón entero,
Pues no hay cosa mejor que ver á un hombre
Cómo eleva su nombre
A Pontífice, ó Rey, desde porquero.
Y aunque sé que en los campos hay momentos
En que templan del mundo los pesares
Rumores de las aguas y los vientos,
Flores, aves, amores y cantares,
Quiero que tengas siempre en la memoria
Que, más que este placer, vale la gloria
De sacar del olvido
Una raza, aunque noble, sin historia.
Y, cuando ausente del paterno techo
El cielo te depare honra y provecho,
Y la envidia, encubriendo sus rencores,

Grabe en letras de molde tus loores,
 Tu tío los leerá más satisfecho
 Que una niña que escucha desde el lecho
 En la alta noche una canción de amores.

VI.

¿La dicha de un lugar?... ¡Maldita sea!
 Un sepulcro sin paz es cada aldea,
 Estaba San Gerónimo en lo cierto
 Cuando dijo una vez: «Roma, ó el desierto.»
 Y aunque es mucha verdad que yo he sentido
 Mil veces un placer desconocido
 Cuando, al morir el sol en Occidente,
 Se apaga todo ruido
 Y se oye solamente
 El himno de las aguas de la fuente,
 La elegía sin fin del mar dormido,
 Tú abandona los tiernos amorcillos
 A esos pechos sencillos
 Que hasta encuentran un són que los recrea
 En el ritmo invariable de los grillos
 Que cantan en los prados de la aldea;
 Y lleno de ilusiones,
 Ten, sobrino, presente
 Que del mundo en las múltiples regiones,
 Sólo es vivir realmente
 Cuando son nuestro pecho y nuestra mente
 Un huracán de ideas y pasiones.

VII.

Y, pues me deja el sol, también te dejo.
 ¡Adios! que siendo de virtud espejo,
 No aficiones jamás tu mano avara
 Del oro y de la plata al vil manejo.
 Fortuna grande y pronta es cosa rara,
 Y, como dice un castellano viejo,

Nunca el Duero creció con agua clara.
 En la pública escena
 No adules para nada
 La multitud, que es ignorante y buena.
 Con la frente serena
 Defiende con tu lengua y con tu espada
 La noble condicion de los Pompeyos;
 Y, digno siempre de tu estirpe honrada,
 No enrojezcas con ácidos plebeyos
 La sangre de tu madre algo azulada.
 Te mando esos cien duros. Hazte un traje
 Que tenga mejor corte que los míos.
 Es propio el buen vestir del buen linaje.
 No olvides que el más bueno de los tíos
 Es *Celedonio Campoamor*.—¡Buen viaje!

CANTO SEGUNDO.

—
 CARTA DE UN TÍO MATERNO, DIRIGIDA Á SU SOBRINO EL AUTOR
 DE ESTE POEMA.

I.

¿Me han dicho que te vas, y que nos dejas?
 No lo quiero creer, mas, si te alejas,
 En tu vida azarosa
 Verás por cada jóven veinte viejas,
 Y cien feas, ó más, por cada hermosa.
 Tu espíritu anhelante
 No encontrará en la tierra un sólo amigo,
 Ni una mujer constante...
 Hago mal en decir esto que digo
 Pero, en fin, ya lo he dicho y adelante.

II.

¿Insistes en partir? ¡Ay! por lo visto,
 Ebrio de amor, de gloria y de riqueza,

Comienza á fermentar en tu cabeza
 La fecunda ilusion de lo imprevisto.
 Márchate pues; que mientras tú emponzoñas
 Tu corazon, que es bueno como el mio,
 En el campo tu tio
 Con pedazos de caña hará zamponas;
 Y siendo ya además tan buen creyente,
 Como esas almas bellas
 Que candorosamente
 Llaman cielo al espacio y las estrellas,
 Con sano corazon y pura mente
 Entre mozas de bien y lugareños,
 Compondré mi ventura fácilmente
 Con flores y con luz, música y sueños.

III.

Ya sabrás en Madrid, si no lo sabes,
 Que de mí se ha de hacer larga memoria
 Al relatar los escritores graves
 Las grandes niñerías de la historia;
 Pues en la guerra han sido
 Si mal reconocidos, muy sonados
 Los golpes que yo he dado y recibido;
 Aunque si he de ser franco, bien contados,
 Son más los recibidos que los dados.
 ¡Oh término fatal de mi grandeza!
 ¿A quién no causa risa la memoria
 De un héroe á quien le rompen la cabeza?
 Es un tratado de moral mi historia:
 Despues de mucho amor y mucha gloria,
 ¿Qué he alcanzado? Este reuma y la pobreza.

IV.

Como ya en un rincon busco el reposo,
 A la pobreza y lá virtud me atengo;
 Y, puesto que es forzoso,

Despues que me he metido á virtuoso,
Desprecio mucho el oro que no tengo:
Pero, hablando cual suelo, vivo y claro,
Te confiesa mi orgullo, aunque lo siente,
Que hoy bebo de lo tinto solamente,
Yo que siempre he bebido de lo caro;
Y vuelvo á confesarte con franqueza
Que, en mi suerte variada,
Despues de haber gozado la riqueza,
No conozco una cosa más forzada
Que entrar en la virtud por la pobreza;
Y es que, tener dinero y ser soldado
Seria un imposible realizado,
Como el milagro de tu tia Andrea
Que es de Avilés, y sin embargo es fea.
¡Muy fea! Y tú no extrañes si atrevido
Hoy de tu tia el mérito rebaja
Un hombre como yo, que siempre ha sido
Soldado del amor hasta que, herido,
La fuerza de la edad le dió de baja;
Mas aunque yo en materia de placeres
Puedo jurar por Venus y por Baco
Que excepto el vino, el juego y el tabaco,
No tuve más pasion que las mujeres,
Permíteme que escriba,
Aunque sé que te pesa,
Contra una lugareña tan altiva
Que, porque fué alcaldesa,
Se peina pelo arriba, pelo arriba,
Lo mismo que si fuese una duquesa.
¿No es natural que la paciencia pierda
Quien sabe que tu tia, aunque es tan lerda,
Domina á Celedonio de tal modo
Que bi-sexual, por imitarla en todo,
Se abrocha los botones á la izquierda?
Y es feliz, sin embargo, y yo te juro
Que ya vivir obscuro
Como tu tio Celedonio quiero,

Que, sin saber que hay guerras ni pan duro,
 Recita de memoria á Horacio entero,
 Y entre un mastin y su mujer, seguro,
 Vejeta sin pasado y sin futuro,
 Siendo de Enero á Enero
 Feliz como los cerdos de Epicuro,
 De los cuales ¡oh dicha! es el primero.

V.

¡Qué vergüenza la mia!
 Oye aparte una cosa reservada:
 Al volver á esta patria abandonada
 Ha renacido en mí la idolatría
 De una antigua pasion, tan adorada,
 Que dí una vez por ella una estocada
 A un inglés muy grosero que bebia,
 Lo mismo que si fuese una ambrosía,
 Un fermento de lúpulo y cebada.
 Y, pese á mis enormes desengaños,
 Adoro, en cuanto es dable, con ahinco
 A esta hermosa mujer de treinta y cinco,
 Que tenia cuarenta hace diez años.
 ¿Me casaré con ella? Si me caso
 Será porque con maña paso á paso
 Irá escitando la flaqueza mia
 Con su austera virtud, coquetería
 Con que Leonor enloquecia al Taso.
 ¡Cuántos héroes famosos
 Acaban, como yo, por ser esposos
 De mujeres cansadas
 Que la suelen echar de desgraciadas
 Despues de hacer á pares los dichosos!
 Tal vez sea mi sino
 Ser feliz, siendo bueno y candoroso,
 Probando que es verdad el desatino
 De que hacen vivir siglos á un esposo
 La castidad, las sopas y el buen vino;

Y ya en mi Rubicon la suerte echada,
 Imitaré en mi santo matrimonio
 El cariño de Andrea y Celedonio
 Que gozan de enramada en enramada,
 Lo mismo que dos tórtolas dichosas,
 La paz que hay en el seno de las cosas
 Antes que Dios las saque de la nada;
 Y siguiendo sus huellas,
 ¿Quién sabe si, abjurando mis errores,
 Volveré todavía á encontrar bellas
 La ruda sencillez de los pastores,
 Las ovejas, las aves y las flores,
 La tierra, el mar, la luna y las estrellas?

VI.

¡Ah! si cual yo demente,
 Tomas un dia estado,
 Que te proteja Dios, mas ten presente
 Que tienes que mandar, ó ser mandado,
 Pues todo esposo bueno y obediente
 Vive en la hoguera de Abraham tostado.
 Y no eches en olvido
 Que no falta marido
 Que, al mes de ser dichoso,
 ¡Oh tentacion del fruto prohibido!
 Quisiera ser de su querida esposo,
 Volviendo á ser de su mujer querido.

VII.

¿Te vás al fin? Pues óyeme si quieres
 Las reglas de moral que te aconsejo:
 —«De jóven sé ateniense en los placeres,
 Pues serás espartano en siendo viejo.
 En lo real é ideal obra de modo
 Que no choquen el alma y la materia.
 Quien no aspira á ser nada, ya lo es todo.

No hay amor que resista á la miseria.
 Cuando es cuerdo el placer, vive de poco.
 Confía en tí primero y en tí luego;
 Si el creer demasiado es ser un ciego,
 El no creer en nada es estar loco.
 Sé flexible y tenaz como el acero.
 Lavarse bien es la virtud suprema.
 Hoy el tener ó no tener dinero
 Es el sér ó no sér, es el problema.
 No busques la constancia en las mujeres,
 Y, si alguna te deja,
 La volverás á conquistar, si quieres,
 Colgándola un diamante en cada oreja.
 Procura no encontrar en tu camino
 Cierta clase de bellas
 Que forman de la vida un remolino
 En el cual todo muere, menos ellas.
 Desprecia lo que va por lo que viene.
 Todo negocio de mujer es malo.
 ¡Qué bien manda á los hombres el que tiene
 En una mano el pan y en otra el palo!
 En fin, nunca camines
 Por cuestas empinadas y escabrosas,
 Pues solo triunfarás cuando te inclines
 Del lado de la fuerza de las cosas.—»

VIII.

¿Mis consejos te extrañan?
 ¿Qué quieres, hijo mio? Aunque te asombres,
 Para mí ya los hombres
 Sólo al decirme la verdad me engañan.
 Siempre tendrás, ó pasarás por nécio,
 Como el deber mayor de los deberes,
 Para todos los hombres el desprecio,
 Y afecto para todas las mujeres.
 Yo, del mundo olvidado,
 Pobre y desengañado,

Con el humor más negro,
 Los desprecio ya tanto, que me alegro
 De verme por los hombres despreciado.

IX.

Adios; no estrañarás que no te mande
 Lo que nunca he tenido,
 Porque yo siempre he sido,
 En no tener un cuarto, Enrique el Grande.
 Y como esto es notorio, y tan notorio,
 Con mucho amor, y sin ningun dinero,
 No te mando ni un real, pero te quiero.
 En Luarca, á diez, *Fabian de Campoosorio*.

CANTO TERCERO.

—
 CARTA DEL AUTOR DE ESTE POEMA, DIRIGIDA Á SU SOBRINO DON
 CAYETANO DE ALVEAR Y RAMIREZ DE ARELLANO.

I.

Cayetano querido, ¿conque dices
 Que en el mundo tú y yo somos felices?
 Pues aunque tu alma de pesar destroce,
 ¡Oh prez de la española infantería!
 Te juro por el Rey Alfonso doce
 Que no creo en tu dicha ni en la mia.

II.

Yo que en tiempos pasados
 Dí mis pasos primeros
 Por huertos que tenían alfombrados
 Con arenas del Návia los senderos,
 Recuerdo que, llorando sin consuelo,
 —«No te vayas» —mi madre me decia,

Cuando dejé en mal día
Aquel bello rincón del patrio suelo...
¡Ay, pobre madre mía,
Con cuánto desconsuelo
Y cuánta ingenuidad me prometía
Su voz la dicha, y su mirada el cielo!

III.

Mas la pátria dejé; y antes que siga
La historia de mis nuevos sinsabores,
Permite que en honor de mis amores,
Me seque estas dos lágrimas, y diga
Que mi tío Fabian en sus estados
Viviendo, como un tiempo los cruzados,
Lloró, casi vecino á la pobreza,
Su tiempo y su dinero malgastados,
En cuanto echó de ménos con tristeza
El vino de Jeréz de veinte grados
Que se sube volando á la cabeza;
Y, olvidado y sin gloria,
Sintiendo, viejo ya, los sinsabores
De su variada historia
Mas que llena de amor, llena de amores,
Mi impenitente tío,
Probando, como siempre, junto á un río
Su pasión por las bellas castellanas,
Una noche, pescando hasta la aurora,
Cogió con un salmon unas tercianas
Al lado de una jóven pescadora;
Y así una fiebre lenta
Puso fin á sus muchos desengaños
Por no tener en cuenta
Que el amor, que es un loco á los veinte años,
Es un necio del todo á los sesenta.

IV.

Y, en cuanto al otro tío, que quería
Que hiciese yo, porque él nunca lo haría,
Como Dios otro mundo de la nada,
Con su vida feliz, algo anticuada,
Al lado, siempre al lado, de mi tía,
Insoportablemente virtuosa,
Se murió, para hacer alguna cosa,
Por no morir de fastidio un día;
Y ella después, de su marido ausente,
Y llena por lo mismo de pesares,
Siendo esposa más fiel y más ardiente
Que aquella del cantar de los cantares,
También murió otro día
Mi generosa tía
Que una vez con el aire más sencillo
Me dió un bolsillo en que guardar dinero,
Aunque nunca me dió su amor sincero
Dinero que guardar en el bolsillo.

V.

¡Sólo vivís en la memoria mía
Mis pobres tíos y mi pobre tía!
¿Quién de aquí en adelante
Os nombrará con cariñoso acento,
Ahora que mi aliento
Se va apagando, instante por instante,
Como muere, estinguiéndose en el viento,
De un pájaro cantor la estrofa errante?
¡Adios, adios! ¡Aunque es un desconsuelo,
Ya vuestro nombre amado
Está tan olvidado
Como lo está el sepulcro que os encierra;
Pues nunca causan á los astros duelo
El que aflijan al suelo

Ni el dolor, ni las pestes, ni la guerra,
Así como no importan á la tierra
Las luces que se apagan en el cielo!

VI.

Te empezaba á decir, sobrino mio,
Que no hallando la dicha apetecida
Cuando seguí, como Fabian mi tio,
La izquierda del camino de la vida,
Con ciego desvarío
Mudé de rumbo, sin mudar de suerte,
Pues hallando allí sombra, aquí vacío,
Por el lado del bien llegué al hastío,
Por la senda del mal corrí á la muerte.

VII.

Ignorando mi ciega desventura
Que hoy luce más que el sol del oro el brillo,
Y que, aunque el verlo es una cosa dura,
Dá más honor un real en el bolsillo
Que el llevar una espada á la cintura;
Yo con la fé de un ánimo sencillo,
Tuve ambicion, divinidad impura
A quien detesto, al ver en torno mio
Fabricantes de leyes
Que despues de mandar á su albedrío,
Los augustos fastidios de cien reyes
No igualan todos juntos á su hastío;
Y agente vil de esta ambicion de un dia,
Con un pasar cercano á la pobreza,
Pensé en el oro; pero el alma mia
Aprendió en su dorada medianía
Que no siempre es alegre la riqueza
Ni siempre la miseria da agonía.
¡No hay palacios sin algo de tristeza,
Ni chozas sin un poco de alegría!

¿Qué importa que las almas codiciosas
Tengan por verdadero
Que aquello que más vale es el dinero
Porque compran con él todas las cosas,
Si, al hacer un exámen de conciencia,
Tengo el dolor profundo
De ver que, en el bazar de la experiencia,
No compra todo el oro de este mundo
La paz de un sólo día de inocencia?

VIII.

¡Ay! ¿y el amor? En el humano juego
Que es muy comun no ignoro
Probar por la mujer que el hombre es ciego,
Como se prueba el oro por el fuego
Y la mujer se prueba por el oro.
De ese fatal amor, ¿hay medio acaso
De huir la acción, cuando impensadamente
La voz de una mujer que suena al paso
Se suele estar oyendo eternamente?
Yo al templo del amor corrí insensato
Cuando tenía apenas
La edad en que en las venas
La sangre juvenil toca á rebato;
Mas no me dió ventura
La suerte, para mí siempre enemiga,
Ni en la santa abstinencia, ni en la hartura,
Pues ví con amargura
Que, así como el placer dá en la fatiga,
La abstencion del amor dá en la locura.

IX.

Y como es el humano sentimiento
Una gran coleccion de ecos dormidos
A los cuales despierta en un momento
En el mundo inmortal del pensamiento

Cualquier cosa que llama á los sentidos,
 Una mujer, un pájaro, un acento,
 Admirado y sensible
 Con sed inextinguible
 Mudé de amor y cultivé las artes;
 Mas bebí en todas partes
 La eterna tentacion de lo imposible.

X.

Despues busqué el saber; mas tú no creas
 En la base eternal de los derechos,
 Pues, pese á las ideas,
 Llevan el mundo á puntapiés los hechos.
 No hay ciencias que no sean deleznable,
 Pues, excepto la fé, que encuentra apoyo
 Del cielo en los abismos insondables,
 Solamente las piedras del arroyo
 Pueden tener principios inmutables.
 Yo con fé verdadera
 Apuré del saber la ciencia entera.
 ¿Y qué he sabido al cabo?
 Que el hombre, iluso, de sí mismo esclavo,
 Lo que vé en su interior, eso vé fuera.
 Nunca pude, rodeado de placeres,
 Hacer de mis deberes sentimientos,
 Porque á fuerza de penas y escarmientos
 Troqué mis sentimientos en deberes;
 Y es que los corazones
 En las cosas humanas
 Presumen ver lo real, viendo visiones,
 Y los ojos, más que ojos, son ventanas
 Donde á mirar se asoman las pasiones.

XI.

¿Qué ha conseguido al fin la ciencia mia?
 Dudar y más dudar; tanto que temo

Que he de ser algun dia
 Como Esquilo apedreado por blasfemo;
 Y despues de dudar, no he hallado el modo
 De desechar el tedio,
 Pues en un mundo de ignorancia y lodo,
 No cabiendo en la fé término medio,
 O se cree todo, ó se desprecia todo.
 ¡Por eso, con el alma destrozada,
 Tras una juventud desvanecida
 Llegué, ignorante, á esta vejez cansada,
 Y en mi ánsia de saber indefinida
 Buscando lo infinito de la vida,
 Sólo hallé lo infinito de la nada!

XII.

No hay dicha, ó no la hallé, sobrino amado.
 El caminar por el izquierdo lado
 Es igual á marchar por el derecho.
 Para purgar la pena del pecado
 Dios hizo así este mundo malhadado,
 Y hay que tomarlo al fin como Él lo ha hecho.
 Jamás dieron la paz á mi conciencia
 Ni la ambicion, ni el arte, ni la ciencia,
 Y corriendo de Oriente hácia Occidente
 Ni á izquierda, ni á derecha, ni de frente,
 Pude alcanzar de la ventura el precio;
 Y al bien y al mal, tambien indiferente,
 Hasta me ví abrumado tristemente
 Por mi propio desprecio,
 Pues fuí bueno, y me hallaron inocente;
 Quise ser malo, y me encontraron nécio.

XIII.

¡Ay! feliz el que olvida
 Que en el mundo no hay dicha verdadera;
 Y dichoso tambien el que en la vida

Sufre, llora y trabaja; pero espera!
¡Esperar! ¡Esperar! ¿Tendré la suerte
De encontrar la ventura apetecida,
Al librarme la muerte
De este abierto presidio de la vida?
¡Sí! ¡Sí! ¡La fé me llevará mañana
A la inmortal Jerusalem divina,
Ya que no hallé la senda que encamina
A la ciudad de la ventura humana!
Y, aunque la suerte aquí la espero en vano,
Si abajo hay una dicha como arriba,
Ruega á Dios, Cayetano,
Que, si no es un arcano,
En un término breve y perentorio
Alguna alma piadosa se lo escriba
A Madrid, que es emporio
De todas las desdichas de este mundo,
Córtes, ocho, segundo,
A RAMON CAMPOAMOR Y CAMPOOSORIO.

DOCTRINAS SOCIALISTAS DEL PUEBLO CRISTIANO.

II.

El fundamento del derecho del pobre á los bienes del rico está tomado del Antiguo Testamento. En el salmo 23.^o, versículo 1, y en el 49.^o, versículo 12, se lee: «La tierra y cuanto encierra son del Señor; el orbe entero con todos sus habitantes.» Lo cual, por demasiado evidente, nada prueba, y ménos lo que los doctores cristianos pretendian. Seis siglos ántes que ellos, Bon el Cínico se habia encargado, en profecía, de poner en ridículo los argumentos de los Santos Padres. Pretendia probar que quien usaba ó tomaba las cosas de este mundo, era sacrílego, porque tomaba ó usaba lo que pertenecía á Dios, ó lo que era sagrado. Luego se encargaba de tranquilizar al piadoso y timorato creyente; y todavía iba más léjos, pues declaraba puros y limpios de toda mancha los robos ó despojos de los tesoros de los templos. Porque siendo de Dios cualquier lugar, todo es sagrado, y no hay sacrilegio en trasladar de un lugar sagrado á otro. Merecian, ciertamente, aquellos doctores se discutiese con ellos usando de los sofismas del filósofo cínico.

Una dificultad surgia del injusto reparto de las riquezas, insoluble dentro del círculo limitado y estrecho de la vida terrestre; y es de admirar en los poseedores de la verdadera solución, el empeño de quererla resolver en este terreno. Es absurdo en ellos, que saben estar aplazada para la vida futura la liquidacion final, investigar la razon de la aparente injusticia cometida por Dios al distribuir tan desigualmente las fortunas, caso particularísimo del problema relativo á la existen-

cia del mal. Los libros de los Santos Padres contienen numerosas disertaciones y extensos comentarios sobre la historia del rico avariento y del pordiosero Lázaro; vestido aquél de púrpura y cendal, saboreando delicados manjares; éste cubierto de andrajos, devorado por las llagas y sin lograr siquiera las migajas que caían de la mesa del rico. El primero, después de gozar de todas las delicias con que la tierra brinda á sus favoritos, pasó á una eternidad de tormentos; y el segundo á la bienaventuranza que no tendrá fin, á cambio de crueles, aunque breves, dolores, y de una extremada, pero transitoria miseria. El balance, dentro del dogma cristiano, queda así establecido, y no hay para qué buscar una solución complementaria, bien pobre en verdad, y que es la misma en todos los Padres: «¿Es Dios, por ventura, injusto cuando distribuye las riquezas tan desigualmente? ¿Por qué unos nadan en la opulencia mientras otros se arrastran en la miseria? ¿No será acaso para premiar en aquellos su *fiel administración* y sean estos glorificados con las grandes pruebas de su paciencia?» (1) San Crisóstomo agrega una razón peregrina. «Si no hubiese pobres, nadie querría trabajar, no habría carpinteros, labradores, navegantes, y la sociedad humana desaparecería» (2).

También procuran excitar la caridad por el aliciente material de una recompensa inmediata. «El agua brota más abundante en los manantiales donde más se saca. Lo mismo sucede con las riquezas: si no corren, son inútiles» (3).

La propiedad en Dios prestaba un nuevo aspecto á la cuestión y á un nuevo sofisma destinado á reforzar los anteriores. El Eclesiastes había dicho con Job: «Desnudo como salió el hombre del vientre de su madre la tierra, desnudo volverá á ella; y nada llevará consigo de su trabajo.» Pala-

(1) San Basilio. Sermon sobre la riqueza y la pobreza.—Ver también San Agustín. Exposición del salmo 124.^o, núm. 2.—Idem, sermon 85.^o sobre el cap. 19.^o de San Matheo, núm. 7.—Exposición del salmo 85.^o, núm. 3.—Ver también San Crisóstomo, citado en el artículo anterior, y que por eso ya no citaremos en lo sucesivo sino en algún caso especial.

(2) San Crisóstomo, 5.^o sermon de Anna, núm. 3.

(3) San Basilio. Sermon sobre la riqueza y la pobreza.—San Ambrosio. Libro de Naboth, cap. 12.^o

bras copiadas también por San Pablo (1). Los Santos Padres se precipitan sobre estos textos para torcer su sentido y levantar un castillo de argumentos. «Las riquezas *nos son extrañas*, » porque son *contrarias á nuestra naturaleza*; ni nacen con el » hombre ni al morir se las lleva consigo. ...» «Los judíos » son acusados de fraude y de avaricia; y ya que no fueron fie- » les en sus riquezas, que sabían *serles extrañas* (pues Dios » dió á todos el uso *en comun* de los bienes de la tierra), debie- » ron hacer partícipes de ellas á los pobres» (2).

San Gerónimo defiende la misma opinion: recomienda á Eustoquia una de sus más queridas discípulas, «evitar el pe- » cado de la avaricia; entendiendo por esto, no el codiciar lo » ageno (lo cual castigan las leyes civiles), sino el guardar lo » propio, que *es ageno*. Agenos son de nosotros el oro y la » plata: no tenemos otra propiedad que la espiritual» (3).

Se vé surgir ya el principio comunista consignado en va- rios de los textos ántes citados, y que veremos desenvolverse en lo sucesivo franca y desembozadamente, fundándose en el derecho divino. Despues de la propiedad del dinero, la de las tierras fué la más aborrecida de todas, haciendo notar San Crisóstomo, segun indicamos, que las riquezas de Abraham no consistian en dinero ni en tierras, sino en ganados. De manera, que de haber nacido en estos tiempos, se habria afi- liado en la escuela balancista y entre los fisiócratas. «¡Ay de » los que juntaís casa con casa y alquería con alquería hasta » los confines del lugar! ¿Por ventura habitareis solos en me- » dio de la tierra.» (4) Este texto de Isaías demuestra cuán antigua es la oposicion á la propiedad territorial.

San Gerónimo dice en sus comentarios sobre el profeta Habacuc: «El texto (Ay de los que multiplican lo que no es

(1) Job., cap. 1.º, v. 21.—Eclesiastes, cap. 5.º, v. 14.—San Pablo, 1.ª epíst. á Timotheo, cap. 6.º, v. 7.

(2) San Ambrosio. Expos. del Evang. segun San Lucas, libro 7.º, número 245, cap. 33.º del tratado de la Trinidad (se duda sea de San Ambrosio, aunque lo da por tal Santo Tomás).—San Agustin. Sermon 50.º sobre las palabras de Ageo: «Mios son el oro y la plata,» cap. 2.º, v. 9, núm. 2.—Idem, sermon 125.º sobre el cap. 5.º del Evang. de San Juan, núm. 2.

(3) San Gerónimo. Epíst. 18.ª á Eustoquio.

(4) Isaías, cap. 5.º, v. 8.

»suyo, etc.), es aplicable á los ricos que *extienden los límites á sus propiedades, y se apropian, suponiendo pertenecer al hombre, aquello que no es del hombre*, y que bien pronto habrán de dejar. Que la *propiedad de los bienes terrenos* no pertenece al hombre, esto es, *á un sér dotado de razon*, lo demostró el Señor cuando dijo, etc. (1):

«¿A quién perjudico en conservar lo mio? ¿Y qué es lo tuyo? De dónde tragiste al venir á la vida lo que recibiste? Hablas como aquel que, ocupando un sitio en un teatro, impidiere la entrada en él á los demás, destinando para él sólo lo preparado para el uso de todos. Porque, apoderándose de las cosas comunes, se las apropia fundándose únicamente en la ocupacion. Si cada uno tomase solamente lo necesario para sus necesidades, no habria ricos, pero tampoco pobres. ¿No has salido desnudo del vientre de tu madre y has de volver desnudo á la tierra? ¿De dónde has sacado tus bienes? Si lo atribuyes al acaso, eres un impío que desconoces á tu Criador y no lo agradeces á quien te lo ha dado. Si lo debes á Dios, ¿para qué te lo dió? ¿Es por ventura Dios injusto, que distribuyó desigualmente lo necesario para vivir? ¿Por qué has de ser tú rico y otro pobre?» (2)

En este párrafo se descubre un sistema y una teoría completos, desarrollados lógicamente. No hay derecho para ser más rico que los demás; luego no hay derecho á poseer lo adquirido, y mucho ménos lo heredado; ni, por lo tanto, á transmitirlo libremente. Tampoco la posesion constituye derecho; si otro hace mejor uso de lo adquirido, el derecho se pierde. ¡Cuán lejos nos encontramos de la propiedad, tal cual la define el derecho romano! Se nos figura estar oyendo al anabaptista Munzer exponiendo sus teorías comunistas, ó á un miembro de la Internacional abogando por los derechos de la clase obrera.

Citemos textos todavía más explícitos.—Principiemos por San Gregorio el Grande, de los primeros en autoridad, aun-

(1) San Gerónimo. Coment. sobre Habacuc, cap. 2.^o, v. 6.^o

(2) San Basilio. Hom. 6.^a sobre el texto: "Destruiré mis graneros, etc.", núm. 7.—Tambien en el sermón sobre la riqueza y la pobreza, núm. 1.

que posterior en data: «Los que desean tener muchas y espaciosas casas, oigan lo que está escrito.» (Cita el texto de Isaías; nota 57.) «Como si claramente dijese: ¿hasta dónde habeis de extender vuestras propiedades, que no podeis sufrir compañeros en el disfrute *en comun* del mundo? Oprimís á los oprimidos, pero siempre habreis de tropezar con alguno, por mucho que os extendais.» (1)

«¿Hasta donde ¡oh ricos! exclama San Ambrosio, habreis de llevar vuestra desenfrenada codicia? ¿Habitaís sólo, por ventura, la tierra? ¿Por qué arrojais al compañero en la naturaleza, y reclamais la propiedad de ella? *La tierra se hizo para ser disfrutada en comun por pobres y ricos*; ¿por qué ¡oh ricos! os la apropiáis para vosotros solos?» Y sigue luego: «El mundo, que *un corto número de ricos se empeña en quitar á los demás, fué creado para uso de todos*.—No sólo la propiedad de las tierras, sino también la del cielo, del ayre, y del mar reclaman unos cuantos ricos. Ese ayre que encierras en tus vastos dominios, ¿cuánta gente podría sustentar? ¿Por ventura los ángeles se reparten el cielo para que tú dividas la tierra con linderos? *Lo que das al pobre no es tuyo, sino suyo; ¿por qué usurpas para tí sólo lo que fué dado en comun para el uso de todos? De todos es la tierra, no de los ricos. Das, pues, lo debido, no lo indebido*» (2). Estos trozos están sacados de la misma obra, del libro de Nabot; quizás se diga por alguno que el santo se dejó arrastrar por el carácter sombrío de aquel libro, y por el estilo declamatorio con que está escrito.—Pasemos á sus obras doctrinales. En el libro de las viudas, dice: «¿Cómo puedes apropiarte las cosas de este mundo *siendo comun el mundo*? ¿Consideras *propiedad de uno* lo que la tierra produce, siendo la tierra *comun para todos*?» El libro de los «Deberes,» escrito á imitacion de el de Ciceron, como

(1) San Gregorio Magno. Instrucciones á los obispos, cap. 20.^o—Está tomado de San Ambrosio. Libro de Naboth, cap. 3.^o, núm. 12.—También la misma idea se encuentra en San Agustin. Expos. del salmo 39.^o, núm. 7.—Y en Salviano. Del gobierno de Dios, lib. 5.^o, núm. 166.

(2) San Ambrosio. Libro de Naboth, cap. 1.^o, núm. 2, cap. 3.^o, número 11, cap. 12.^o, núm. 53.

oponiendo la moral cristiana á la pagana, contiene, entre otras, la siguiente asercion: «La naturaleza lo dió todo *para ser disfrutado en comun*; así Dios lo ha dispuesto, que *todos los alimentos fuesen para todos comunes; y la tierra una propiedad tambien comun para todos.*—El derecho natural *es, pues, la comunidad, y la propiedad tiene su origen en la usurpacion* (1).» El texto nos parece claro y no se presta á interpretaciones; y, sin embargo, el actual obispo de Salamanca, disputando más sobre el significado que sobre el sentido de las palabras, pretendia establecer que la traduccion de la palabra *usurpatio*, podria ser *ocupacion* (2). San Ambrosio, para quitar toda duda, repite el mismo texto en otro lugar, pero con una ligera variante: «Dios Señor nuestro, *quiso fuese la tierra poseida en comun por todos los hombres, y repartir á todos sus frutos; pero la avaricia concedió el derecho de poseerla.* Es, pues, justo que si *reclamas, como propiedad algo de lo concedido en comun al género humano, ó más bien, á todos los animales, por lo ménos, dés algo á los pobres, y no niegues el sustento al que es, por derecho, contigo copartícipe* (3).»

Pero ¿á qué buscar textos que confirmen nuestra interpretacion? Si el señor obispo de Salamanca ha leído (que sí habrá leído) el capítulo al cual nos referimos, no es dado dudar del sentido. El cap. 28.º del libro 1.º trata de los fundamentos de la sociedad segun el dogma cristiano, puestos en competencia con los principios paganos que Ciceron establece en el cap. 7.º del libro 1.º de su obra. Ciceron dice, hablando de la justicia, que su condicion primera es que nadie pueda causar daño á otro, á no ser injustamente atacado: y la segunda, que disfrute en comun con los demás de los bienes comunes, y de los privados como propios. San Ambrosio rechaza los dos fundamentos; el segundo porque *es contrario á la naturaleza*; «porque ésta dió á todos el uso *en comun,*» etc.; y termina diciendo: «Cuando deseamos

(1) Idem. Libro de las vindas, cap. 1.º, núm. 5.—De los deberes de los sacerdotes, lib. 1.º, cap. 28.º

(2) Congreso de Diputados.—Sesion del 24 de Octubre de 1871.

(3) San Ambrosio. Expos. del salmo 118.º, sermon 8.º, núm. 22.

»acrecentar nuestra hacienda, reunir dinero, cubrir las tier-
 »ras con nuestras propiedades (1) *despojamos la forma de la*
 »*justicia*, y perdimos el beneficio comun. ¿Cómo puede lla-
 »marse justo quien intenta arrebatarse á otro lo que desea
 »para sí?»

De aquí pasa á demostrar las ventajas del régimen comu-
 nista sobre el de la propiedad individual. «¡Gran ejemplo
 »que seguir en la fé!» (el de los pájaros.) «Porque si la Di-
 »vina Providencia reparte el sustento á los pájaros que no
 »cultivan ni recogen, es evidente que la avaricia es la causa
 »de nuestra miseria. *Disfrutan, sin trabajo, de abundantes*
 »*provisiones, porque no reclaman la propiedad de los frutos*
 »*concedidos para disfrutarlos en comun.* ¿Por qué prefieres la
 »riqueza, cuando Dios quiso fuese para tí el sustento *comun*
 »con el resto de los animales? Los pájaros no reclaman la
 »propiedad de nada, porque no saben tenerse envidia» (2).

«Evitan (los ricos) vivir en sociedad con los demás hom-
 »bres; pero no pueden impedir que expulsados unos, no en-
 »cuentren otros, y expulsados á su vez, dejan lugar á nuevas
 »gentes, que habrán de ser forzosamente vecinos tuyos. Las
 »aves se asocian y cubren el cielo con el vuelo de numerosos
 »bandos. El ganado se junta al ganado, y el pez con los peces;
 »no se perjudican, y cuando se juntan muchos, procuran el
 »trato y el auxilio de la intimidad. Solo el hombre rechaza á
 »su semejante, y extiende el límite de sus dominios para no
 »tener vecino» (3). Lo mismo dicen el ardiente San Agustín
 y el sombrío Salviano. Oigamos ahora á San Basilio:

«Oye, pueblo cristiano, y escucha. Esto dice el Señor; no
 »en persona, sino valiéndose de sus siervos como si fuesen
 »sonoras trompetas. No seais, los que blasonais de racionales,

(1) *Occupare terras possessionibus.* Aquí está la ocupación.—Cicerón, para expresar la misma idea, emplea la palabra *ocupar*, no *usurpar*. Podríamos multiplicar las citas hasta lo infinito. En el libro sobre la muerte de su hermano Sático, dice San Ambrosio: «La verdadera justicia es vender lo que se tiene y darlo á los pobres. Nos ha hecho administradores, no herederos, porque la herencia pertenece al sucesor, y la administración obliga con el pobre.»

(2) San Ambrosio.—Expos. del Evang. de San Lucas, lib. 7.º, número 124.

(3) Idem. Libro de Nabot., cap. 3.º, núm. 12.—Véase también la nota 1, pág. 87.

» *más crueles que las mismas bestias*; porque éstas usan, naturalmente, sin division de la tierra en donde nacen. El ganado padece en un mismo y sólo monte, y una yeguada padece en el mismo campo; y así se ceden mutuamente cuanto necesitan para la vida. Nosotros obramos de otra manera; *guardamos las cosas comunes y lo que es de muchos lo poseemos solos*. Respetemos é imitemos la manera de vivir, tan humana, de algunas naciones griegas, donde existe la ley dictada para un pueblo numeroso, de *tener una mesa comun* y disfrutar de los mismos alimentos, formando una sola familia» (1).

De manera que, segun San Basilio, nada tan digno de elogio como la bárbara legislacion de Esparta. ¿Es, por ventura, la legislacion de Licurgo sobre la propiedad y la familia más moral que las doctrinas de la Internacional?

La negacion de la propiedad, considerándola resultado de la injusticia humana; el comunismo declarado de derecho natural, conducian á la predicacion de la vida en comun, representada por la república de Esparta ó los monasterios. San Basilio «llama *sociedad perfectísima la que excluye toda propiedad privada*, mata la discordia y destierra la desidia. En ella todas las cosas son comunes, y muchos son uno sólo, y uno no es sólo, sino muchos. ¿Hay nada comparable á este género de vida? ¿Hay nada más feliz y perfecto que esta union y unidad?—*¡Así quiso Dios fuésemos en un principio y para ello nos formó!*—Los que abrazan esta vida, vuelven al bien primitivo, eludiendo las consecuencias del pecado de nuestros primeros padres. No habria entre los hombres guerras, disensiones ni partidos, si *por el pecado no se hubiese repartido la naturaleza*.» (Continúa diciendo ser esta la vida de Cristo y de los Apóstoles y termina:) «Imitan la vida de los ángeles, cuidando, á ejemplo suyo, del bien de aquella sociedad. Entre los ángeles no hay pleitos, disputas ni disensiones: cada uno posee lo de todos, y cada uno conserva íntegros sus bienes. Y por lo tanto, estos bienes, quedando íntegros para cada uno, todos se hacen ricos» (2).

(1) San Basilio. Hom. sobre el hambre y la sequía, núm. 8.

(2) Idem. Instituc. monast., cap. 18.º, núms. 1-2-3.

«Quien pretenda ser agradable á Dios debe *amar la sociedad en comun y aborrecer la propiedad*. Así, aquellos (los primeros cristianos) entregaron á la comunidad la propiedad de sus bienes. ¿Por ventura perdieron lo suyo? Cuando lo suyo lo hicieron comun, hicieron suyo lo de los demás. *Los pleitos, enemistades, discordias, guerras, tumultos, disensiones, escándalos, pecados, iniquidades y homicidios nacen de la propiedad*. ¿Cuando se ha litigado por la que *disfrutamos en comun, como el aire y el sol?.... Abstengámonos, pues, hermanos, de poseer privadamente*» (1).

A los monges les dice: «Nada tengais propio, sino todo en comun, y repártase á cada uno la comida y la ropa, no á todos igualmente, porque no todos valeis lo mismo, sino á cada uno segun fuere menester» (2). «A cada uno segun sus obras,» lema de los Sansimonianos, y tema inagotable de discusion en las conferencias celebradas en San Isidro, hace algunos años, por los internacionalistas, no veamos ricos haraganes, disfrutando sin trabajar de cuanto al hombre es dado imaginar para su solaz; mientras nosotros, muertos de hambre, sucumbimos bajo el peso de un trabajo intolerable.

La obcecacion llegaba á tal extremo, que consideraban muy superior el estado social de ciertos animales al del hombre. «Las hormigas, dice San Basilio tomándolo de Plutarco, viven sin pedir prestado, y tambien las abejas labran con los restos de sus comidas el manjar que se sirve en las mesas de los reyes» (3). San Gerónimo en la vida del monge Malco, refiere «que embelesado con la contemplacion de las hormigas, recordó las palabras de Salomon y principió á desear la semejanza con ellas, donde se trabajaba en comun sin poseer nada propio, y siendo todo de todos» (4).

(1) San Agustin. Expos. del salmo 83.^o, núm. 4.—Idem 131.^o, número 5.—Se puede consultar tambien el libro de la Virginitad, cap. 45.^o, número 46.—Sermon 256.^o sobre la vida y costumbres de los clérigos.—Sermon 2.^o á los ermitaños.—Idem 270.^o del amor y de la caridad (70.^o de San Cesáreo).

(2) Idem. Regla para los siervos de Dios, núm. 1.

(3) San Basilio. Hom. contra los usureros, núm. 4.

(4) San Gerónimo. Vida del monge Malco. Las palabras á que alude son de los Prov., cap. 6.^o; v. 6-7-8: «Considera ¡oh perezoso! los senderos

La negacion y el desprecio de la familia son una consecuencia lógica de todo sistema socialista: todos los Santos Padres están unánimes en considerar á la familia en general, y á los hijos en particular, como obstáculos á la salvacion. Su lema es el texto de Miqueas: «la familia es el enemigo del hombre» (1); «vale más dar á Dios; que los hijos,» dicen, «quien los crió sabrá mantenerlos;» argumento aplicable y aplicado igualmente á los pobres. San Agustin transige, sin embargo; despues de sentar que lo mejor de todo seria no cuidarse de los hijos, pues ellos podrian enriquecerse como se enriquecieron sus padres, acepta dos cosas: primera, considerar á Cristo como un hijo más en la familia y dejarle su parte: segunda, si un hijo se muere, girar á favor suyo una letra al otro mundo, remitiéndole su parte de herencia por el intermedio de los pobres. Hacer otra cosa, dice, es ser mal padre é incitar á los hijos á desear la muerte de sus hermanos (2).

Salviano se expresa sobre este punto con su violencia acostumbrada. «Alegan el amor á los hijos como si no fuese »dado ser padre sin ser rico; ni amarlos sin acrecentar sus

«de la hormiga, que sin jefe, maestro, ni rey, prepara su sustento durante el «estío, y en la recoleccion allega de comer.»

(1) Miqueas, cap. 7.^o, v. 56. El texto no tiene, en realidad, la significacion que le da el Evangelio de San Matheo, cap. 10.^o, v. 21 y 36.—El sentido, como sucede con frecuencia, está torcido del original. El profeta pinta la corrupcion del pueblo de Judá, y anuncia el dia del castigo. «Entónces »no te fies del amigo, no confies en el jefe, guarda el candado de tu boca de »la que duerme en tu regazo. Porque el hijo insultará á su padre, la hija se »levantará contra el padre, y la nuera contra el suegro; y los de la familia »serán tus enemigos.»

(2) San Agustin. Expos. del salmo 38.^o, núms. 11-12.—Idem salmo 48.^o, sermon 1.^o—Sermon 1.^o sobre el desacordo, núm. 20.—Idem 86.^o sobre el cap. 19.^o de San Matheo, cap. 6.^o, núm. 6, cap. 10.^o, núm. 10, capítulo 11.^o, núm. 12.—Sermon 1.^o de la vida y costumbres de los monges, capítulo 3.^o, núm. 4.—Disciplina ecles., cap. 7.^o, núm. 8.—La extensa disertacion en la Epíst. 243 á Leto.—San Crisóstomo, 3.^a Hom. sobre las palabras del Apóstol «teniendo el mismo espíritu, etc.», núm. 9.—Sermon 3.^o de Anna sobre el salmo 48.^o, núm. 8.—Hom. 65.^a (otros 64.^a) sobre el Evang. de San Juan, núm. 4.—Hom. 47.^a sobre los Hechos de los Apóstoles, núm. 3.—Hom. 7.^a sobre la Epíst. á los Rom., núm. 8.—San Ambrosio. De la muerte de su hermano Sátiro, libro 1.^o, cap. 4.^o—De la fé de la resurreccion, lib. 2.^o, número 13 —De la Trinidad, cap. 33.^o—San Gerónimo. Epíst. á Hedibia, cuestion 1.^a—San Basilio. Instit. induast., número 2.

»bienes. Si tan nocivo es este amor, no se debe amar, ni ser
 »amado. Nada más dañoso á los padres que los hijos muy
 »queridos; mientras ellos nadan en las riquezas, los padres
 »son atormentados por toda una eternidad, y las llamas
 »en que arden los desgraciados, no se refrescan con las
 »riquezas de sus herederos. Si es duro dejar poco á los
 »hijos, más duro es ser eternamente atormentado. Mediten,
 »pues, sobre ello, los que, deseando dejar ricos á sus hijos,
 »ni en la hora de muerte se acordaron de los suplicios de la
 »vida futura» (1).

Nadie, sin embargo, como no sea San Bernardo, ha excedido en exageracion á San Gerónimo. Exhorta este santo á una viuda romana, cuyos padres pretendian contrajese segundas nupcias, á perseverar en la viudez y abrazar la vida monástica. «¿Por quién haces tantos sacrificios? ¿Quién es tu heredero? Cristo inmortal. Se afligirá el padre, llorará la familia; pero Cristo y los ángeles se regocijarán. Haga el padre de sus bienes lo que más le plazca; pues no eres de quien has nacido, sino renacido, y de quien te redimió á un precio muy subido, al precio de su sangre» (2).

El cristiano debe huir de sus parientes, hermanos, padres, hasta de su patria, en la cual no podría ser perfecto: debe considerar á su familia, segun queda dicho, como á sus mayores enemigos. «Huye de tus hermanos,» escribe San Bernardo á Tomás de Beverley, «si quieres salvarte; el religioso está como el muerto, separado de la vida, y no debe ver padres, parientes ni amigos.» «Nadie puede oponerse á sus designios,» dice San Gerónimo á Eustoquio, «ni padres, ni hermana, ni cuñada,» y al monge Heliodoro le pone en guardia contra los lazos que el enemigo del género humano le tiende. «Aunque el nietecillo se cuelgue de tu cuello; aunque tu madre desgredada, desgarrado el vestido, descubra los pechos que te han criado; aunque tropieces con el cuerpo de tu padre tendido en el dintel de la puerta, marcha sobre tus padres pisoteados, y con los ojos enjutos, vuela hácia la

(1) Salviano. De la avaricia; á la Iglesia católica, lib. 1.^o, 2.^o y 3.^o

(2) San Gerónimo. Epíst. 47.^a á Furia.

enseña de la cruz. En casos tales, sólo es piadoso quien es «cruel» (1).

San Bernardo se ha inspirado en San Gerónimo, á quien imita y copia: dominado por un espíritu salvaje de proselitismo monástico, no concibe salvacion fuera del convento. Los padres del novicio Helías intentaban separarlo de aquel género de vida, para ser el apoyo de su vejez. San Bernardo, en respuesta á sus súplicas, le dicta una carta, que es un crimen: «No sois mis padres, sois mis enemigos. ¿Qué hay de comun entre vosotros y yo? ¿Qué me habeis dado, sino pecado y miseria? ¿No os basta, desdichados, haber traído un desdichado á este mundo de desdicha? ¿Haber, pecadores, engendrado un pecador en el pecado? ¿Y despues de nacer en el pecado, criarle con pecado? ¿Quereis hacerme hijo del infierno? Sois más que padres asesinos, que preferís verme perecer con vosotros que reinar sin vosotros. ¿Qué alivio sacan los condenados de tener compañeros de sus tormentos?» Y así continúa en una série interminable de dictorios, de insultos y de calumnias al amor paternal, al más puro, al más santo, al más desinteresado de todos los amores. El tio del monge Fulcon fué más afortunado, y logró arrancar la presa de las garras de San Bernardo. Este no se dá por vencido; renueva sus ataques contra el desertor; le dirige una carta en el mismo estilo de la citada y con frases parecidas: «¿Qué diré, exclama, de la perversidad de tu tio, que te arranca de la milicia de Cristo para arrastrarte consigo á los infiernos? A los que Cristo llama para su sempiterna gloria, el tio los reclama para arder con él eternamente. El tio dice: dejad á mis sobrinos para que ardan conmigo; contesta Cristo: son míos y me deben servir. Es necesario, replica el tio, que perezcan conmigo; y Cristo: son míos porque los redimí. Pero yo (dice el tio) los alimenté; es verdad, dice Cristo, pero no con *tu pan*, sino con *el mio*: y yo los redimí con mi

(1) San Bernardo. Epíst. 111.^a á Ingorrano é Iveta.—Idem 107.^a á Tomás de Beverley.—Idem 322.^a al monge Hugo.—2.^o sermon, en el primer domingo de la Epifanía.—San Gerónimo. Epíst. 5.^a á Heliodoro.—Idem 95.^a á Rústico.—Idem 47.^a á Furia.—Idem 18.^a á Eustoquio.—Idem 97.^a á Demetria.

»sangre, no con la tuya.» Así continúa y termina, asegurando ser preferible una vida desarreglada en el monasterio, que una morigerada fuera de él: «Por modesta y honrada que sea tu conducta; por casta, sóbria y religiosamente que vivas, tu piedad, que afea la ruptura de tus votos, no es agradable á Dios» (1).

Con semejante doctrina, sobre la propiedad y la familia, difícil era concebir la existencia de la sociedad humana. Si todos abrazasen este ideal de la vida cristiana, todos eluden la dificultad. San Crisóstomo y San Basilio se limitan á decir que si fuese imposible, no lo habria ordenado el supremo legislador; y que él sabrá hacer lo imposible, posible y hacerlo con la ley. San Gerónimo deja tambien la cuestion indecisa (2).

San Crisóstomo, en su tratado de la Virginidad, intenta resolver el problema que surge de la supresion del matrimonio para la propagacion de la especie humana; bastante ambiguo y oscuro deja entrever, que volviendo por el estado virginal al de inocencia de nuestros padres en el Paraiso, Dios aplicaria los medios de propagacion que para ellos tendria reservados (3). Es verdad que la objecion no debia serlo para quien esperaba ser testigo de la segunda venida de Cristo y del juicio final (4).

San Agustin se lanza á dar la solucion al problema de la propagacion de la especie humana en el Paraiso; fundándose en la conformacion física del hombre y de la mujer, supone la propagacion por los mismos medios que en el estado social presente. Los móviles son distintos, de lo cual surge una nueva dificultad, que hubiera sido conveniente resolviere el santo: «*Seminaret igitur prolem vir, susciperet foemina ge-*

(1) San Bernardo. Epíst. 111.^a á Ingorrano é Iveta.—Idem 2.^a á Fulcon.
 (2) San Basilio. Hom. 7.^a contra los usureros.—San Crisóstomo. Homilia 2.^a sobre el cap. 1.^o de la Epíst. á los de Tesal, núm. 4.—Idem Homilia 21.^a (otros 22.^a) sobre San Mateo, núm. 2.—San Gerónimo. Contra Joviniano, lib. 1.^o—San Ambrosio. Lib. 1.^o de las Vírgenes.
 (3) San Crisóstomo. Libro de la Virginidad, cap. 14.^o al 18.^o
 (4) Idem. Hom. 20.^a (otros 21.^a) sobre San Mateo, núm. 6.—Idem 35.^a (otros 34.^a) sobre San Juan.—Idem 21.^a sobre el cap. 11.^o de la Epístola á los Hebreos.

»*nitalibus membris, quando id opus esset, voluntate motis,*
 »*non libidine concitatis, etc.*» (1) ¡Gran fuerza de voluntad!

San Agustín dió, también, el último toque á la teoría de la propiedad de los bienes: con una destreza, que nunca habrán de agradecerle bastante los católicos romanos, y trayendo á plaza un texto que no se encuentra en la Vulgata ni en el original (2), confunde y mezcla el mal uso de las riquezas con la religion profesada. En efecto, los malos, es decir, los infieles, esto es, los herejes ó paganos, podian hacer buen uso de las riquezas, aún dentro de la doctrina de los Santos Padres, y entónces no habia medio de depojarlos de sus bienes, segun convenia al Catolicismo en general, y á las maquinaciones contra los Donatistas en particular. «Interpretando cuerdamente aquellas palabras de la Escritura: Los fieles poseerán un mundo de riquezas, y los infieles ni un céntimo, hay lo suficiente para demostrar que poseen lo ajeno, á todos aquellos que se creen con derecho á bienes legítimamente adquiridos, y no saben usar de ellos. No es, en verdad, ajeno, lo que se posee con derecho; y se posee con derecho lo que es justo, y es justo lo que está bien. Todo lo mal poseido, es ajeno; y es mal poseido, cuando se hace mal uso de ello. Ya ves cuantos debieran restituir lo ajeno, aunque se encuentren pocos á quienes se devuelva; los cuales lo desprecian, tanto más, cuanto más derecho tienen á ello. Ninguno que posea la justicia la posee mal, y nadie la posee si no la ama; pero en cuanto al dinero, los malos lo poseen injustamente, y los buenos, tanto más, cuanto menos lo aman. En la sociedad humana se tolera la iniquidad de poseer injustamente, y se han establecido ciertos derechos llamados civiles, no porque de ello se deduzca que hacen buen uso de ellos, sino para que los malos causen menos daño. Hasta que los fieles y piadosos á quienes por derecho pertenece todo, lleguen á aquella ciudad en que nadie

(1) San Agustín. De la ciudad de Dios, lib. 13.^o, cap. 24.^o, núm. 1. San Ambrosio (Exhortacion á las vírgenes) parece ser de la opinion contraria; porque, dice, solo despues de ser arrojado del Paraíso conoció Adam á Eva.

(2) Está en la version griega de los Setenta: «Los fieles poseerán un mundo de riquezas; los infieles ni un óbolo» (Prov., cap. 17.^o, v. 6).

«posee más que lo suyo. No nos oponemos, sin embargo, á que, según las leyes y costumbres del mundo, se restituya lo ajeno» (1).

Llamamos la atención sobre la mezcla en el uso de las palabras *malos é infieles, buenos y fieles*, como sinónimos, y vamos á ver el partido que de ello saca San Agustín. Los socialistas están de enhorabuena; la teoría de la *conveniencia social* se encuentra francamente establecida; todo en la sociedad humana es convencional y resultado de un contrato, modificable según la conveniencia lo exija. San Agustín necesitaba, además, de una teoría que justificase el despojo de que fueron víctimas los Donatistas, secta cuyos dogmas en nada diferían de los Católicos, á los cuales se asemejaban hasta en la intolerancia y exclusivismo. Esta secta, que, con alternativas de vida y de decadencia, subsistió en Africa durante los siglos IV y V, tenía en los *Circunceliones* su milicia, que asolaba aquella provincia romana, como han asolado á España las bandas de Saballs, Mendiri y Dorregaray. Según el testimonio del mismo San Agustín, la gente pacífica de la secta cumplía religiosamente, y hasta con exageración, los deberes del cristiano. Ni esto, ni el martirio mismo sufrido por algunos con gran valor y resignación, les aprovechaba, según aquel doctor, porque no pertenecían al gremio de la Iglesia católica (2).

«Nadie posee nada legítimamente sino por derecho divino, por el cual todo pertenece á los justos; ó por derecho humano, que depende de la voluntad de los reyes de la tierra. Por eso decís falsamente, vuestros bienes, pues no los poseéis como justos y los habeis perdido además por las leyes de los emperadores. En balde decís, los adquirimos con nuestro trabajo, porque está escrito: Los justos comerán el fruto del trabajo de los impíos» (3).

No es un argumento casual, escapado en el ardor de la polémica; le da tal importancia, que lo repite en varios lugares.

(1) San Agustín. Epíst. 153.^a á Macedonio, núm. 26.

(2) Idem. Expos. del salmo 145.^o, núm. 16.

(3) Idem. Epíst. 93.^o á Vicente, núm. 30.

«Hé aquí vuestras fincas,» dice á los Donatistas: «¿Con qué
 »derecho las reclamais? Responded, ¿por el divino ó el huma-
 »no? El divino lo tenemos en la Escritura, y el humano en
 »las leyes dadas por los reyes. *¿Por dónde es cada uno dueño*
 »*de lo que posee?* *¿No es, por ventura, por derecho humano?*
 »Pues por derecho divino, la tierra y cuanto contiene es de
 »Dios. Este formó del mismo barro á ricos y pobres, á po-
 »bres y ricos sustenta el mismo suelo. Segun el derecho
 »humano, se dice: esta finca, esta casa, este esclavo son míos.
 »*El derecho humano es el de los emperadores*, porque por
 »ellos distribuyó Dios á los hombres aquellos derechos.
 »¿Qué me importa, dirás, el emperador? Segun su derecho
 »posees: *quita el derecho establecido por los emperadores, ¿y*
 »*quién se atreverá á decir, esta finca, este esclavo, esta casa*
 »*son míos?*

«No digas ¿qué tengo que ver con el rey? *¿Qué tienes en-
 »tónces que ver con la propiedad? Se posee conforme al dere-
 »cho establecido por los reyes.* Has dicho *¿qué tengo que ver*
 »*con el rey?* Pues no hables de tu propiedad, porque has re-
 »nunciado al derecho humano en virtud del cual posees» (1).

La teoría está claramente formulada: las leyes civiles, fun-
 dadas exclusivamente en la conveniencia, emanan de una
 autoridad, ya resida en un individuo, por derecho divino, ya
 en el pueblo bajo el nombre de soberanía nacional. Esta po-
 testad considera más conveniente el régimen de la comunidad,
 rompe el contrato social y establece el comunismo; mañana le
 parece útil la observancia de un culto dado y lo impone. Lo
 mismo dicen los socialistas; el actual régimen social es malo; la
 injusticia reina en el mundo; cambiemos la organizacion so-
 cial, pues en nuestras manos está el hacerlo, y la injusticia
 desaparecerá.

Semejantes doctrinas no son peculiares de los Padres de la
 Iglesia; muchos teólogos y jurisconsultos las han defendido
 en siglos posteriores. Santo Tomás, defensor de la propiedad,
 ¡qué defensor, buen Dios! profesa la opinion de San Agustin
 respecto de los bienes de los que no pertenecen á la Iglesia

(1) San Agustin. Tratado 6.º sobre el cap. 1.º de San Juan, núms. 25-26.

católica (1). En cuanto á los fundamentos de la propiedad en general, sólo ve la conveniencia y establece su base en el derecho humano (2). El cardenal Cayetano comenta la Suma en el mismo sentido. El cardenal de Lugo no es ménos explícito sobre este punto y se expresa en iguales términos que San Agustín: «Se suele preguntar: ¿Con qué derecho se ha establecido la division de las cosas y propiedades? Comun- mente se dice que no es por el derecho natural, sino por el primitivo de gentes; porque por el derecho natural, todas las cosas son comunes para todos. Sin embargo, la propiedad comun cesó con el derecho positivo *por la necesidad y los inconvenientes*, no ciertamente por derecho divino, sino por derecho humano» (3).

Ya tenemos á San Agustín triunfante. «¿De qué os quejais?» dice á los Donatistas. «¿Qué hay de indigno en que, *por la voluntad de Dios, los católicos posean lo que poseian los herejes?* ¿No está escrito: «Se os quitará el reino de Dios y se dará á los justos?» (Mat. cap. 21.º v. 43.) ¿Ó se habrá dicho en vano: «Los justos se alimentarán con el trabajo de los impíos?» Por lo cual, más os debe sorprender el que todavía poseais alguna cosa, que el haber perdido algo de lo vuestro.» Y vuelve de nuevo: «Si consideramos lo dicho en el libro de la Sabiduría, «Los justos arrebataron los despojos de los impíos,» y lo escrito en el libro de los Proverbios, «Los impíos atesoran para los justos,» veremos, no hay para qué inquirir quiénes poseen los bienes de los herejes, sino quiénes están en compañía de los justos» (4).

Hé aquí, pues, á los católicos dueños por derecho propio del universo; y como consecuencia, vemos en los siglos posteriores á los Papas, representantes de aquel derecho, repar-

(1) 2.ª 2.ª Suma. Cuest. 10.ª, arts. 8.º, 10.º, 11.º—Idem Cuestion 11.ª, art. 3.º

(2) 2.ª 2.ª Suma. Cuest. 61.ª, art. 1.º Cuest. 66.ª, arts. 1.º, 2.º

(3) De Lugo. De la justicia y del derecho, controversia 6.ª, sect. 1.ª, número 2.

(4) San Agustín. Contra las cartas de Petiliano, lib. 1.º, cap. 43.º, número 102.—Epíst. 185.ª á Bonifacio, núm. 37. La carta de San Mateo es un sarcasmo sangriento. Cristo habla del reinado espiritual que perdieron los judíos.

tiendo reinos á unos y quitándolos á otros. A Juan sin Tierra le despoja del reino de Inglaterra y predica la cruzada contra él para dárselo á Felipe Augusto. Más tarde se humilla aquel monarca y le restituye sus dominios. El Papa hace donacion de las Américas á los Reyes Católicos, y esta donacion es origen de guerras y calamidades sin cuento, que desde entónces llueven sobre la desgraciada España.

La verdad no podia ocultarse á los claros ingénios de tan ilustres varones; y la defendian con gran vigor de lógica y claridad de conceptos cuando no estaban cegados por la passion, ú ofuscados por el celo religioso. Al mismo San Agustín, el apóstol de la intolerancia, se le escapa decir: «Mi opinion arraigada es, no obligar á nadie á entrar en la unidad cristiana, sino á pelear con argumentos y vencer con razones, para no ver convertidos en falsos Católicos á los que conocimos herejes declarados.» San Gregorio el Grande, poco sospechoso, en verdad, de blando ó contemplativo, rechaza la imposicion de las creencias por la fuerza (1).

En otro terreno, nada iguala, como argumentacion, á los capítulos que Lactancio dedica á demoler el edificio social levantado por Platon y apuntalado por el Papa San Clemente (2). Pronto, sin embargo, se olvida de sus creencias y paga tributo á los errores de la época. Al describir la edad de oro, que supone ser la del hombre en el Paraiso, duda, vacila, admite una propiedad individual y un disfrute colectivo, y trata con menosprecio la propiedad actual y las leyes que la aseguran (3). En el Compendio de las Instituciones divinas, se muestra igualmente incierto. Despues de condenar la república de Platon, añade: «Platon, por no conocer al verdadero Dios, cayó en muchos errores: uno de ellos, el dispo-

(1) San Agustín. Epíst. 93.^a, núm. 17.—San Gregorio Magno, lib. 2.^o, Epíst. 52.^a—Lo contrario en el lib. 1.^o, Epíst. 45.^a—Son numerosos los textos defendiendo la tolerancia; y es lo singular del caso, que la defienden con las mismas razones que usan hoy los impíos contra los fieles. Es verdad que corresponden á épocas en que eran los débiles, ó no bastante fuertes para imponer la intolerancia. Despues ya ha sido otra cosa.

(2) Lactancio. Lib. 3.^o de las Instituciones divinas, caps. 21.^o y 22.^o—Véase tambien la pág. 278, t. IV.

(3) Idem. Lib. 5.^o de id., cap. 5.^o

»ner en las leyes civiles que todo fuese comun. En cuanto á
 »los bienes, *es tolerable, por más que sea injusto*; pues no debe
 »ser perjudicado quien por su industria adquiere más, ni fa-
 »vorecido el que, por culpa propia, obtiene ménos» (1).

Las extravagancias no faltaban tampoco, y de ellas hemos citado algunos ejemplos; hasta la suciedad era un título recomendable en el cristiano. En el elogio fúnebre de Paula, considera en ella digno de alabanza el no permitir á las monjas de su convento el uso de toalla ó lienzos más que para limpiarse las manos. «Cuando veia alguna persona aseada, la increpaba, diciéndola, con rostro triste y cejas fruncidas: la limpieza del cuerpo y del vestido, es la suciedad del alma.» En los consejos que da á una madre con objeto de preparar á una desdichada niña, desde la infancia, para la vida monástica, le dice: «Me desagradan los lavatorios en las jóvenes adultas, que deben avergonzarse al contemplarse desnudas» (2).

Seria interminable tarea pretender agotar la materia: damos, pues, un corte, y para terminar estos apuntes, aventuraremos brevísimas reflexiones acerca de la tendencia de la religion cristiana en el siglo IV, tendencia que tanto influyó en los siguientes, apartándola más y más del espíritu de su fundador. En la imposibilidad de analizar en conjunto los escritores cristianos que entónces florecieron, elegiremos, para representante de las ideas del tiempo, un doctor de la Iglesia latina, ya que ántes nos fijamos en uno de la Iglesia griega; San Gerónimo, más todavía que por su saber, ejerció una influencia decisiva por la energía y tenacidad de su carácter, y dió en Occidente el principal impulso hácia la vida monástica, fomentada en los siglos posteriores por sus imitadores y discípulos, hasta llegar, en la Edad media, al apogeo de su gloria y poderío.

San Gerónimo poseia altas dotes, oscurecidas por dos pecados capitales: el orgullo y la ira. Fogoso, arrebatado é irascible, la pasion le ciega con frecuencia, haciéndole olvidar

(1) Lactancio. Epítome de las Inst. div., núm. 38.

(2) San Gerónimo. Epíst. 26.^a á Eustoquio.—Epíst. 57.^a á Leta.

unas veces, y desconocer otras, las buenas prendas que adornan á su adversario, á quien maltrata sin compasion, preva- liéndose de la superioridad que sobre él le dan su talento, saber y fama. Profundamente versado en las sagradas letras y en las profanas, cuyos autores cita con más frecuencia de lo que debiera suponerse por los terribles anatemas que contra ellos lanza, su vasta erudicion es auxiliada por una prodigiosa memoria. Su estilo es claro, elegante por regla general, y reviste, cuando el asunto lo requiere, una energía, tolerable sólo en la lengua latina, con frases intraducibles para oídos asustadizos. Con tales condiciones y el ascendiente de su carácter, que no sufría contradiccion, ejerció sobre cuantos le rodeaban una fascinacion irresistible: era forzoso someterse ó romper, como lo hizo Rufino, su mejor amigo. Las mujeres, especialmente, quedaban subyugadas por su elocuencia patética y ardiente, guiándolas á todas por la senda del misticismo. Desde su retiro de Belen dirigia las conciencias de una muchedumbre de damas las más principales, con las cuales sostenia un activo comercio epistolar, hasta en las Galias y España.

Conocido el hombre, examinenos su doctrina. San Gerónimo, más que de Jesucristo, deriva inmediatamente de los profetas: apasionado y entusiasta como ellos, los cita con frecuencia, pretende copiar sus ideas y costumbres, echando en olvido que estas armonizaban con la mision especial que los profetas desempeñaban en el pueblo judío, extraña en un todo á la vida real. Acorde con ellos en la abominacion de la mujer y de las riquezas, comenta con particular predileccion y complacencia los textos que las desacreditan y maltratan. San Gerónimo considera como único fin del hombre en esta vida la perpétua mortificacion de la carne que se rebela, y los ayunos, las maceraciones y la oracion, los únicos medios de vencerla. Su ideal social es la vida mística y contemplativa, hácia la cual empuja á la humanidad. Asella, una de sus discípulas, le inspira una alta veneracion, porque, á fuerza de orar, los callos que cubrian sus rodillas las hacian semejantes á las de un camello (1).

(1) San Gerónimo. Epíst. 21.^a á Marcela. — Una de sus objeciones contra

Las riquezas son un gran mal; mejor dicho, comentando con mil variantes un texto de San Pablo, son la causa de todos los males; nadie puede salvarse con ellas, pues si bien Jesucristo no dijo ser posible la salvacion de un rico, el ejemplo del camello pasando por el ojo de una aguja, es de imposibilidad. El abandono de las riquezas es la condicion primera de la salvacion; distribuidas á los pobres, da derecho al primer puesto en la gerarquía de recompensas en la vida futura; distribuidas á los parientes sólo al segundo. Aun teniendo hijos, es necesario considerar á los pobres como individuos de la familia, como otros hijos, y repartir con ellos. No es admisible la excusa de guardar algo para atender á la vejez, á las enfermedades y á la eventualidad de un accidente que la prive de los medios de trabajar. Dios ha dicho: «No te cuides del dia de mañana,» y es necesario obedecer á Dios. Todavía no basta; si fuese altamente meritorio dar sus riquezas, los Apóstoles, que nada poseian, tendrían muy escaso mérito; pero dieron más que esto, se dieron á sí propios. Así debe obrar el cristiano, entregándose á la oracion y mortificacion de su cuerpo (1).

Es singular la obcecacion de los Santos Padres respecto á la vida de los Apóstoles y de los primeros cristianos. Aunque con tendencias y aficiones comunistas, no renunciaron al comercio de sus semejantes, ni huyeron al desierto sino cuando la persecucion los forzaba á ocultarse, porque en él no habrian encontrado medios de allegar nuevos prosélitos al cristianismo y de llenar sus deberes de ciudadanos. Todas las reglas y exhortaciones dictadas por los Apóstoles son eminentemente sociales, conformes con la vida usual, y no van encaminadas á establecer un género de vida que rompa con lo existente.

Al abandono de las riquezas acompaña la virginidad, la joya de más precio en el cristiano; San Pablo es el primero

el matrimonio, era que el Apóstol habia mandado orar siempre; cuyo mandato excluye el matrimonio, porque no me es posible orar, *quotiescumque uxorem debitum red. lo.*

)1) San Gerónimo Epíst. á Hedibia, cuestion 1.^a—Idem 47.^a y 92.^a á Furia.—Idem 18.^a á Eustoquio.—Idem 91.^a á Ageruquia.—Idem 92.^a á Juliano.

que declara preferible el estado de virginidad al del matrimonio. El texto de San Matheo (cap. 19.^o, v. 12) necesita comentarios, y con razon añade, «*qui potest capere capiat.*» Entendido á la letra, conduce á actos tan vituperables como el de Orígenes. Los versículos siguientes, cuando entran los niños en escena, están en contradiccion con el sentido literal. Cierto que Jesucristo observó el celibato y guardó la castidad; ni podia ser de otro modo, dada la mision que trajo á la tierra. No hay medio de comprender con una familia su vida y predicacion; su misma madre se oscurece, y no vuelve á aparecer hasta el momento supremo en que la madre se confunde con el hijo en la hora de la agonía, para sufrir con él sus dolores y confundir sus angustias. El mismo San Pablo, fundador de la supremacia virginal, confiesa á los de Corinto no tiene, sobre este punto, precepto que darles; es sólo un consejo, un ruego, no un mandato; advierte es él quien habla, no Dios. El Apóstol conoce los riesgos á que su doctrina expone al hombre, y los peligros de guiarlo por senda tan escabrosa y sembrada de precipicios. «No te tienta Satanás,» dice; «mejor es casarse que arder» (1). En cambio, cuando el mismo Apóstol habla del matrimonio, no hay vacilacion, no abriga temores; entónces afirma que Dios, y no él, es quien habla, y sus consejos son modelo de caridad y de cordura (2).

El capítulo 7.^o de la 1.^a Epístola á los de Corinto está un tanto confuso, y vacilante el Apóstol, como si presintiese el mal uso que sus sucesores harian de sus consejos. Todo el capítulo está sembrado de salvedades, y no se pone en claro si son reglas generales las que establece, ó aplicables sólo á las circunstancias del momento. En efecto, considera oportuno permanecer soltero, por las circunstancias apremiantes (v. 26) del momento. Padecerán disgustos y tribulaciones (v. 28). Muy pronto el que tenga mujer, se encontrará sin ella (v. 29). Deseo veros libres de cuidados (v. 32). Os lo digo en provecho vuestro (v. 35), etc., etc.

(1) San Pablo. 1.^a Epíst. á los de Corinto, cap. 7.^o

(2) Idem. Epíst. á los Romanos, cap. 7.^o—Idem á los de Efeso, cap. 5.^o

Se demuestra claramente que el Apóstol presiente la nube que iba á descargar sobre las cabezas de los fieles, y deseaba encontrarlos dispuestos á sufrir las persecuciones y el martirio, sin las angustias y las tentaciones á que expone, no el propio interés, sino el de aquellas personas que nos son más queridas que nosotros mismos. En cambio, debieran meditar los intolerantes modernos la magnífica lección que encierran los versículos 12 al 19, en que trata de los matrimonios entre cristianos é individuos de otras religiones, especialmente los 16 y 19.

Esta deificación de la virginidad, que aparece en gérmen desde los orígenes del cristianismo, no alcanzó su completo desarrollo hasta el siglo IV, y va en progreso creciente, dejando muy atrás cuanto imaginó San Pablo sobre tan árdua y espinosa materia. Los Concilios impulsan también al clero hácia el celibato, para separarlo de todo afecto humano, aumentando progresivamente las trabas impuestas al matrimonio, hasta llegar al celibato absoluto.

San Gerónimo se declara campeón de la virginidad, no porque la poseyese (según confiesa con una humildad orgullosa), sino porque admira en otros lo que él no tiene (1). Si tan precioso don se pierde con el matrimonio, y más tarde la muerte rompe los lazos de la carne, no deben contraerse otros nuevos. Esto lo predica, no en nombre de la fidelidad conyugal, sino para imitar en un estado ménos perfecto, otro más perfecto. «Ya que el mal está hecho,» dice brutalmente á Furia, «mal irremediable, coge la ocasión por los cabellos, y haz al ménos de la necesidad virtud. Dios no mira á los principios, sino á los fines. Pablo empezó mal y acabó bien. Judas, digno de elogio en su estreno, fué condenado al fin por su traición» (2).

El bello ideal de San Gerónimo sería anular la diferencia de

(1) San Gerónimo. Epíst. 30.^a á Pamaquio. Apología de sus escritos contra Joviniano. San Ambrosio dá una razón singular de la preeminencia del estado de virginidad al de matrimonio. Nuestro verdadero estado es aquel en que nacemos y que hemos recibido del Criador; no aquel al cual pasamos con el matrimonio; y cuando *"cum usu coniugii juvencula de floratur, amitit quod suum est, quando ei miscetur alienum."*

(2) Epíst. 47.^a á Furia.

sexos, según lo expresa en los consejos que dá á Leta: «No sepa (su hija) lo que es espejo: viva como los ángeles, en la carne sin la carne; y tenga al sexo masculino por semejante al suyo.» Consejos que olvida en su lenguaje, usando á veces de palabras y conceptos impropios del estado ó de la edad de las personas á quienes se dirige. En una de sus cartas, hablando con la jóven doncella Eustoquio, describe la vida de aquellas mujeres que la pasan alegremente en visitas, banquetes y saraos: «De nada se cuidan, dice, sino de dar gusto al vientre, *et quæ ventri sunt proxima.*» Exhorta á Salvina, jóven viuda de veinte años, á abstenerse de carnes en sus comidas: «Den oídos á este (texto) las mujeres solícitas de agradar á sus maridos. Coman carnes las esclavas de la carne; *quarum fervor despumat in coitum; quæ maritis suis alligatæ, generationi ac liberis dant operam. Quarum uteri portant fœtus, earum et intestina carnibus impleantur*» (1).

Muchos clérigos respetables fueron declarados herejes, merced á la influencia de San Gerónimo, por protestar contra tales exageraciones, que destruían la naturaleza del hombre pretendiendo convertirlo en ángel, empresa tan irrealizable como la de cambiar un pez en ave. Joviniano y Vigilancio defendían la igualdad de los tres estados, el celibato, el matrimonio y la viudez, para alcanzar la perfección cristiana. Reprobaban las visitas, peregrinaciones y romerías á los santuarios y sepulcros de los mártires, origen de numerosos escándalos y prostituciones, que se han perpetuado hasta nuestros días. El mismo San Gerónimo confiesa la exactitud de los hechos; á pesar de lo cual, insulta é increpa al pobre Vigilancio, quien al fin triunfa, dando la Iglesia la razón al hereje contra el Santo Padre, suprimiendo la vigilia de los santos, causa de tales escándalos, dejando sólo los ayunos. Vigilancio, por otra parte, no hacía en esto más que defender la doctrina del Concilio de Elvira, y su doctrina tuvo numerosos prosélitos en España y en la Galia meri-

(1) Epíst. 18.^a á Eustoquio.—Idem 85.^a á Salvina.—El texto á que alude es de San Pablo y se refiere á borrar la distinción entre los animales mundos y los inmundos.—1.^a Epíst. á Timot., cap. 4.^o, v. 4.

dional, contándose entre ellos algunos obispos á quienes San Gerónimo califica «de indignos de llevar este nombre.»

En este siglo tomó vuelo el culto de la Vírgen, que exagerado de la Edad media, llegó hasta nuestros dias, oscureciendo al del Supremo hacedor de todo lo creado (1); siendo digno de llamar la atención, el contraste que forma esta deificación de la mujer en la persona de la Vírgen, con el desprecio con que la mujer era entónces considerada por los santos. La mujer, para San Gerónimo, llena sólo dos fines en sus relaciones con el hombre: es un instrumento de placer, y por lo tanto, de tentación y de pecado; ó un medio de propagar la especie humana. No estiende la vista más allá de estos aspectos materiales y groseros. Menosprecia á la mujer, la aborrece, como origen y causa de todos los males del género humano. En esta saña hay algo personal, y se deja entrever el despecho del que, luchando con un enemigo á quien desdeña, ha sido vencido por él en la lucha. Comentando un texto del Eclesiastes, exclama lleno de amargura: «Todas me arrastraron al vicio (*ad luxuriam*), ninguna á la «virtud» (2).

De lo que precede se colige la ignorancia completa del santo acerca del papel que la mujer desempeña en la familia, y de sus cualidades morales, muy superiores, por regla general, á las del hombre. No concibe para la mujer que vive en el mundo otra ocupacion que la de pintarse el rostro, teñirse

(1) En el Auto de fé de Logroño, una bruja reniega de Dios, de los santos, y no logra el diablo hacerla renegar de la Vírgen; y exclama Moratin (D. Leandro): «Renegar de Dios, malo es; pero de la Vírgen Santísima, ¡á dónde vamos á parar! ¿No te acuerdas de haber visto pasar, en las procesiones de Semana Santa, las imágenes de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, y merecer apenas una inclinacion de cabeza; seguir despues la de su Madre y no hallar el vulgo, particularmente el devoto, femineo é ignorante sexo, genuflexiones ni actos de reverencia que fuesen bastantes para manifestar su adoracion á tanto númen? Esta era teología de frailes, y si no la más acomodada al espíritu de la religion, la más conforme á la *estabilidad de sus re- fectorios*» (Moratin, Auto de fé de Logroño, nota 18).

(2) San Gerónimo. Coment. sobre el Ecles. cap. 7.º Los versículos á que se refiere el comentario son los 27, 28 y 29. «Encontré la mujer más amarga que la muerte, cuyo corazon es lazo y redes de cazador, y sus manos prisiones: quien ame á Dios huirá de ella; y el pecador por ella será cazado... Esto he encontrado: de mil hombres uno bueno; de mujeres ninguna entre todas.»

el pelo, cubrir la cabeza de postizos y de cintas, vestir ricos trajes, cargarse de joyas y diges, y llevar calzado vistoso. Desde su retiro conoce todos los artificios puestos en juego por la mujer para seducir al hombre, y los peligros á que aquella se espone frecuentando las visitas y fiestas. Se hace cargo de los apretones de manos; del incentivo de la comida, de la bebida y de la música; de los guiños y señas provocativas; dejar caer el manto para poner á la vista los blancos hombros; del descubrir al descuido, para tapar en seguida, lo que se quiere enseñar; apretar el corsé, llevar el calzado lustroso y resonante, rizarse el cabello, cayendo los rizos sobre la frente ó detrás de las orejas (1). Preciso es confesar que la humanidad femenina no ha progresado gran cosa en punto á modas, y encontramos á la mujer de hoy con los mismos instintos é inclinaciones que descubre en los más antiguos monumentos (2).

(1) San Gerónimo. Epist. á Furia.—Idem, 97.^a á Demetria.—Idem, 19.^a á Marcela.—Idem, 185.^a á Salvina.—Idem, 18.^a á Eustoquio.—Idem, 89.^a á la madre y á la hija. Es sorprendente la erudicion de San Gerónimo en el capítulo de las seducciones femeninas; y no se explica la insistencia y hasta la delectacion con que trata la materia. Si la carta se dirigiese á un hombre, se comprende, para ponerle en guardia contra todas las tentaciones á que se verá sometido; pero es, cuando ménos, inútil explicar á una mujer lo que ella conoce y practica.

(2) Una de las causas de la destruccion de Jerusalem fué debida, segun Isaías, á su aficion estremada al lujo y á las coqueterías de las bellas judías. "Y dijo el Señor: por cuanto las hijas de Sion se envanecieron, andando con el cuello erguido, marchando á compás, metiendo ruido con sus piés, y haciendo guiños con sus ojos; raerá el Señor la cabeza de las hijas de Sion y descubrirá sus vergüenzas: y les quitará el calzado vistoso, los collares, las cadenas, los brazaletes, las ligas, los tocados, las agujas y peynetas, los pomos de olor, los pendientes, los anillos, las batas, las manteletas y esclavinas, los espejos, las sobrefaldas, las cintas y los velos. Y en vez de perfumes, hedor; cuerda por cinturon; por cabellera rizada la calvicie; y en lugar de corsé vestirán el cilicio," Isaías, cap. 3.^o, v. 16 al 24. El tocador de las damas judías de los tiempos de Acaz y de Ezequias, no estaba mal provisto.

El taladrar las orejas para colgar pendientes; teñirse el pelo de rojo ó rubio, y llevar vestidos de cola, ha hecho la desesperacion de todos los santos que han declarado irremisiblemente condenadas á las que de tales artificios se valen para engañar á los hombres. San Gerónimo, en sus consejos á Leta, sobre la educacion de su hija, copia una frase de San Cipriano, recomendándole: "no tiña de rojo sus cabellos, no sea esto un presagio de las llamas en que arderá en el infierno." A pesar de mil ingeniosos argumentos, el pelo negro continuaba todavía en desgracia en el siglo XI, y San Anselmo en su poema "Del desprecio del mundo" tiene en muy mal concepto á las que cambian en rubios sus negros cabellos. Es de extrañar la poca mella que han hecho en la mujer cristiana las predicaciones de los santos contra su tocador.

Pasa luego San Gerónimo á lo que pudiera llamarse el capítulo de cargos contra la mujer: le atribuye todos los males de la humanidad, que por ella entraron en el mundo. Dios aconsejó una vez sola la eleccion de esposa: los santos rara vez enjendraron hembras: Saphath, castigado por Dios, sólo tuvo hijas. Copia con grandes aplausos y verdadera fruicion cuantas vulgaridades se le antojó á Teofrasto pensar de la mujer y del matrimonio, y se deleita en enumerar el gran número de personajes célebres, desgraciados por la corrupcion ó perversidad de sus mujeres.

La opinion del santo acerca de la mujer y su papel en el seno de la familia, se refleja sobre el matrimonio. «La Iglesia no condena el matrimonio, pero lo rebaja: no lo recha-
za, pero lo dispensa. Porque en las casas opulentas, hay, con los vasos de plata y oro, otros de madera ó barro para los usos bajos y serviles.» «Sospechosa me es,» dice hablando del matrimonio, «la bondad de una cosa que sólo es buena para evitar un mal mayor.» Ya lo hemos dicho; San Gerónimo, sólo vé en el matrimonio el medio legal de aplacar los estímulos de la carne, ó la manera de perpetuar las familias. «El hombre prudente, dice, debe amar á su mujer con la razon, no con el cariño. *Reget impetus voluptatis, ne præceps feretur in coitum.* ¿Cómo podrá, quien sea marido, gobernar la casa, imponer á sus individuos la castidad que él no guarda y conservar la autoridad de jefe de la familia?» (1)

De los hijos habla con el desprecio y aversion del célibe más contumaz. «Los que se casan pretextando el criar hijos para la pátria, imiten, al ménos, á las bestias y, *postquam uxorum venter intumescerit, non perdant filios*, y sepan ser maridos, no amantes de sus mujeres. ¿Deseas herederos, tú, partícipe de la herencia de Cristo? ¿Pedís hijos, tener nietos que tal vez sean presa del Antecristo?» «¿Temes acaso,» escribe á una viuda romana, «se extinga tu raza, y que tu

(1) San Gerónimo. Contra Jovin., lib. 1.^o.—En la Epíst. 91.^a á Ageruquia, usa la misma comparacion de las vasijas, y explica los usos; las unas son copas para beber, las otras vasos (*matule*) para las secreciones naturales."

«padre no logre de tí un pequeñuelo, que trepe por su pecho, *et cervicem eius stercore liniat?* ¿Por ventura todos los casados tienen hijos? Y cuando los tienen ¿han correspondido á la fama de su prosapia? Cosa ridícula es esperar como cierto, lo que muchos han perdido» (1).

¿Habrá quien pretenda encontrar en tales aberraciones, y otras que omitimos, puntos de semejanza con lo que Jesucristo y aún el mismo San Pablo han predicado? ¡Con qué respeto habla Cristo del matrimonio! ¡Con qué afecto de la mujer, y qué ternura descubre para con los niños! El amor de Jesucristo, que dió su vida por el amor á la humanidad, no podia ser extraño al primero de los amores, el amor del padre por sus hijos. San Pablo trata al matrimonio con la veneracion que reclama uno de los principales Sacramentos de la Iglesia. El corazon de San Gerónimo es el de un egoista empedernido, por carácter ó por un exagerado misticismo (2).

Tal concepto han merecido á los doctores de la Iglesia la propiedad, la mujer, el matrimonio y la familia, fundamentos de toda sociedad humana. No há muchos dias predicaba el señor obispo de Salamanca, en el Senado, la exclusion de todo culto que no fuese el católico, como una defensa y salvaguardia de la propiedad y de la familia. Nuestros lectores saben á qué atenerse. ¿Qué habria sido del mundo si tales doctrinas católicas hubiesen prevalecido en toda su pureza? El instinto de la conservacion lo ha arrojado por otros senderos, no sin salir rendido de la lucha, especialmente en aquellas naciones, como la nuestra, en donde el fanatismo y la intransigencia han echado hondas raíces (3).

PEDRO P. DE LA SALA.

(1) San Gerónimo. Epíst. 47.^a á Furia.

(2) San Gerónimo supone se llaman *célibes* los solteros, porque son dignos del cielo.

(3) En el *Journal des Ecomistes*, correspondiente al 15 de Julio último, se inserta un artículo, con iguales propósitos que éste, y casi con el mismo título. La cuestion está allí tratada, sin embargo, de distinta manera, y tiene poco de comun con el nuestro.

En otro estudio más concreto, sobre el préstamo, demostraremos que la Iglesia habrá de seguir profesando la absurda y socialista doctrina de negar la legitimidad del interés, ó perder su infalibilidad, dando la razon á los Calvinistas que lo defendian.

LA FILOSOFIA ESPAÑOLA.

CONTESTACION Á UN ARTÍCULO DEL SEÑOR MENENDEZ Y PELAYO.

Con motivo de haber afirmado en una de nuestras Revistas críticas que la historia científica y filosófica de nuestra pátria carece de verdadera importancia y que la filosofía española es un mito, se ha publicado en la *Revista Europea* un artículo en que su autor, D. Marcelino Menendez y Pelayo, se revuelve airado contra nosotros, tratándonos con tono destemplado y furibundo y dando á su trabajo un carácter personalísimo que no se explica ni disculpa, pues ni son nuestras afirmaciones tan graves y ofensivas que lo merezcan, ni recordamos haber inferido agravio alguno al Sr. Menendez, de cuya persona sólo incidentalmente y sin faltarle lo más mínimo, nos hemos ocupado. La furia del Sr. Menendez únicamente puede explicarse, teniendo en cuenta sus opiniones neo-católicas, y, siquiera por esto, no hemos de darle el gusto de contestar uno por uno á sus destemplados ataques.

Pasamos, pues, por alto los palmetazos de *dómine* que nos aplica y las lindes y galanterías con que se digna agasajarnos, y nos limitaremos á rectificar algunas graves é inexactas acusaciones que dirige á este periódico y á nuestra humilde persona, y á tratar la cuestión á que se refiere principalmente su artículo, dejando el resto de él al juicio de las personas serias é imparciales.

Ante todo, debemos protestar contra la injusta acusacion que el Sr. Menendez lanza contra la REVISTA CONTEMPORÁNEA (dando con ello una insigne muestra de ligereza, impropia de quien tanto se precia de maduro y reflexivo) al decir que nuestro periódico profesa odio mortal á todo lo que tenga sabor de españolismo y que en él es extranjero todo, sin que haya artículo ni párrafo que sean castellanos por el pensamiento ó por la frase. Si ántes de hablar se tomara el Sr. Menendez el trabajo de pensar lo que dice, no aventuraria tales especies; bastárale leer los índices de nuestra REVISTA, y veria cómo en ella los trabajos de escritores españoles aventajan en número á los extranjeros, con lo cual se excusara de decir chistes de mal gusto y lanzar acusaciones sin pruebas. Por lo demás, el Sr. Menendez debiera saber que nuestra REVISTA (á semejanza de la *Revue Britannique*, la *Germanique*, la *Europea*, en que ha publicado su artículo, y tantas otras) tiene por principal objeto dar á conocer en España los mejores trabajos de las Revistas extranjeras, lo cual es tan patriótico, cuando ménos, como cantar grandezas pasadas, por cuanto contribuye á difundir entre nosotros el espíritu científico, que no puede alimen-

tarse únicamente de rebuscos arqueológicos, como los que tanto complacen al Sr. Menendez.

Por lo que á nuestra persona toca, no incurre en ménos graves errores el Sr. Menendez. Jamás hemos pertenecido á la escuela hegeliana, ni nadie lo ha pensado así; y nunca hemos hablado con desden del catolicismo y de los católicos, ni los hemos tratado como á párias ó ilotas. Pudo excusarse el señor Menendez el párrafo entre bravucon y sentimental en que tales cosas dice, pues léjos de ser exactas, es cosa sabida que acostumbramos hablar con respeto de las creencias religiosas, y mucho más de las que profesan nuestros compatriotas y profesaron nuestros padres. Lo que sucede es que el Sr. Menendez confunde á los católicos con los neos, con los que consideran *cursi* y *doceañista* atacar la intolerancia y la Inquisicion, como si fuera de muy buen tono defender instituciones bárbaras; á esos, con efecto, los tratamos siempre segun se merecen; no como párias é ilotas, sino como enemigos implacables de la civilizacion y de la pátria. Pero nos libramos muy bien de confundir á tales gentes con los católicos sinceros y de identificar la religion con los que abusan de ella y la convierten en instrumento del despotismo.

Mucho podriamos decir sobre esto y sobre otros pormenores harto impertinentes del artículo del Sr. Menendez; pero como dejamos dicho, estamos resueltos á no hacer caso de cierto género de ataques y á no descender á cierto género de defensas que no necesitamos. Baste con lo dicho, y entremos en la única cuestion séria que trata el Sr. Menendez.

Trátase de saber si nuestra historia científica y filosófica alcanza gran importancia en el mundo culto, y si entre nosotros ha habido una *verdadera filosofía española*. Ambas cosas hemos negado terminantemente, y esta negativa es la que ha sacado de sus casillas al Sr. Menendez y le ha obligado á revolverse airado contra nosotros, dedicándonos nada ménos que un artículo engalanado con el pintoresco epígrafe de *Mr. Masson redivivo*.

Lo curioso del caso es que el Sr. Menendez no niega por completo nuestro aserto; ántes confiesa que no contamos con ningun científico de primer orden, y que únicamente se nos deben dos descubrimientos (aparte de los marítimos), á saber: las cartas esféricas ó reducidas y el *nonius* ó *vernier*. No es mucho por cierto.

El Sr. Menendez hace con tal motivo un merecido elogio de los ingenios de segundo orden y de los indudables servicios que prestan á las ciencias. No lo negamos; pero ¿basta esto para dar verdadera importancia científica á un país? ¿Basta una série de modestos expositores ó indagadores que nada fundamental enseñan ni descubren para que el país que los posea pueda gloriarse de tener una verdadera é importante historia científica? Si no tuviéramos á Lope y Calderon, Cervantes y Quevedo, Herrera y Garcilaso, etc., etc., ¿podriamos gloriarnos de nuestra historia literaria? ¿Supondriamos mucho bajo este aspecto si nuestros dramáticos se redujeran á ingenios de la talla de Belmonte Bermudez, Bancés, Candamo ó Gerónimo de Cáncer, si todos nuestros líricos fueran como Salazar y Torres y Trillo y Figueroa, y nuestros novelistas como D.^a María de Zayas ó D. Gonzalo de Céspedes y Meneses? La abundancia de nuestros poetas épicos ¿impide que toda nuestra obra épica de la

edad moderna pueda darse por un poema bueno? Pues otro tanto puede decirse de la ciencia. Contamos en ella con muchos Balbuenas, Montalvanes y Salazares; pero no con un Cervantes ni con un Calderon, y como no se nos debe ningun gran descubrimiento, ninguna hipótesis fundamental, ninguna obra de esas que hacen época, todo el cúmulo de nombres propios que pueda citar el Sr. Menendez no basta á desmentir nuestra afirmacion de que en la historia científica del mundo no suponemos nada. ¿Quiere una prueba de ello el Sr. Menendez? Pues vea el lugar que nuestros científicos ocupan en los libros que de historia de la ciencia tratan y verá que al paso que no se concibe una historia de la literatura en que no se hable de Cervantes ó una historia de la pintura en que no se mencione á Murillo, no sólo se concibe, sino que no peca de incompleta una historia de las ciencias positivas en que ó no se mencionen, ó de hacerlo sea en lugar secundario, á los científicos españoles. Con respecto á los autores que han escrito de medicina, sabemos, sin necesidad de que nos lo diga el Sr. Menendez, que á ellos no es aplicable lo dicho, y por eso los hemos designado *nominatim*, como el mismo señor indica.

En la defensa de la filosofía española no está mucho más afortunado el señor Menendez. Entretiénesse en zaherirnos y darnos lecciones verdaderamente pueriles, como la de decirnos que Morcillo y Pereira se llamaban Foxo Morcillo y Gomez Pereira, dando á entender donosamente que hemos citado sus nombres en la primera forma por ignorancia y exponiéndonos á confundir á Gomez Pereira con el portugués Pereira (lo cual pudiera decir tambien el señor Menendez de todos los que digan á secas Cervantes ó Calderon, pues así podrían confundirse el primero con Cervantes de Salazar y el segundo con el marqués de Siete Iglesias ó con el picador Calderon); despues nos increpa porque hemos colocado en la misma línea (de imprenta, pues de categorías nada digimos) á Vives, Suarez, Foxo Morcillo, Huarte y Oliva Sabuco; y por último, se ocupa en rebajar el mérito de los dos últimos, poniéndolos muy por bajo de los primeros, cosa muy discutible, al ménos por lo que á Huarte respecta.

Pero, y de la cuestion que se trata, ¿qué dice el Sr. Menendez? Pues primeramente cita á todos los que se han ocupado de la filosofía española, para probarnos que existe esta filosofía y probarnos de paso que pertenece á esa generacion futura que se ha de formar en las bibliotecas con estudios sólidos y macizos (como si dijéramos, de cal y canto) generacion que será muy divertida, á juzgar por la muestra.

Despues de este desahogo de bibliófilo, nos dice que nos contradecemos, porque de un lado llamamos *mito* á la filosofía española y de otro reconocemos el mérito de nuestros escolásticos y místicos; añade luego que nuestros filósofos formaron escuela, y en apoyo de ello cita otra tanda de nombres propios, y afirma, por último, que ejercieron influencia, pues el *vivismo* es el precedente del *baconismo* y del *cartesianismo* y los libros de Vives y Foxo Morcillo son inmejorables. Y hasta aquí toda la argumentacion del Sr. Menendez, exornada con todo género de amenidades contra nuestra persona y terminada con una *sinfonía inquisitorial sobre motivos liberales*, que no hay más que pedir.

Vamos por partes. Cuando hemos dicho que la filosofía española es un mito, no hemos querido decir que no hay filósofos españoles, sino que no existe una creación filosófica española que haya formado una verdadera escuela original, de influencia en el pensamiento europeo, comparable con las producidas en otros países. Repetimos aquí nuestro anterior argumento: una cosa es que haya filósofos y otra que haya filosofía, como una cosa es que haya pintores ó músicos y otra que haya pintura ó música, en el sentido de filosofía, pintura y música que constituyan escuela y tradición en un determinado país. ¿Ha oído hablar alguna vez el Sr. Menendez de la filosofía polaca, de la música danesa ó de la pintura rusa, como oirá hablar de filosofía alemana, música italiana y pintura española? Ciertamente que no. ¿Y quiere esto decir, ni puede creerlo el Sr. Menendez, que no haya habido polacos que filosofen, daneses que toquen y canten y compongan piezas de música y rusos que pinten? Luego no basta que haya filósofos, músicos ó pintores en un país para que pueda decirse que hay en él una filosofía, una música y una pintura nacionales.

Y es que, mal que pese al entusiasmo patriótico del Sr. Menendez, para que haya esas cosas en una nación, es menester que haya en ella ingenios de primer orden que cultiven esas artes ó ciencias, y que estos ingenios produzcan una creación original y característica y formen escuela y tradición, y lleven su influencia más allá de los límites estrechos de su patria. Cuando esto no sucede, podrá haber filósofos ó pintores, pero no habrá pintura ni filosofía.

Ahora bien; ¿cree el Sr. Menendez que los nombres de Vives, Foxo Morcillo, Suarez, etc., pueden colocarse al lado de los de Descartes, Kant ó Hegel? Podrán ser Vives y Gomez Pereira precursores de Bacon y Descartes, enhorabuena; también lo fué San Juan Bautista de Jesucristo, y sin embargo, existe un cristianismo, que es la religión más perfecta que han conocido los siglos y una de las más renombradas y extendidas; pero, ¿y el *juanismo*, dónde está? ¿Pues qué le parecería al Sr. Menendez del que intentara propagar y defender el *juanismo*? ¿No habrá derecho para decirle que eso era un mito, y que San Juan, por más que fuese precursor de Cristo, significaba muy poco al lado del fundador de la religión cristiana? Pues otro tanto puede decirse de ese *vivismo* y de esos precursores de Bacon y Descartes, colaboradores del gran movimiento anti-escolástico que en el renacimiento representan otros muchos filósofos franceses é italianos, no ménos oscurecidos que los españoles por el movimiento que arranca de Bacon y Descartes. ¿Dónde están los grandes principios, la renovación fundamental traída á la ciencia por esos pensadores? ¿Dónde su escuela y dónde su influencia? ¿Conoce el Sr. Menendez *vivistas* ó *pereiristas* fuera de España, como conoce hegelianos y kantianos en todos los países cultos? ¿Parte de alguno de esos escritores un movimiento como el que parte de Descartes? Pues si nada de eso sucede, si esa decantada filosofía española se reduce á unos cuantos colaboradores del movimiento anti-escolástico y á un aventajado discípulo del escolasticismo, como Suarez, ¿puede decirse que hay una verdadera filosofía española, ni siquiera que hay un filósofo español que pueda colocarse á la altura de los grandes filósofos que hacen época en la historia, ó habrá que reconocer que, en filosofía como en ciencias, sólo tenemos

algunos estimables ingenios de segundo orden, muy dignos de consideracion y respeto, pero que no nos autorizan á hablar pomposamente de ciencia española ó de filosofía española?

En cuanto á que hayamos incurrido en contradiccion al negar la existencia de la filosofía española y al encomiar, por otra parte, los méritos de nuestros escolásticos y místicos, es muy fácil la contestacion. Poseer buenos expositores de una filosofía extraña, no basta para que haya una filosofía nacional. Por eso el insigne nombre de Suarez no contradice nuestro aserto. En cuanto al misticismo, no es posible identificarlo con la filosofía. Sin duda que puede haber una filosofía mística, pero lo que propiamente se llama misticismo, es cosa muy distinta de la ciencia, y por ende, de la filosofía. Nadie ha sostenido nunca que Santa Teresa sea una filósofa, como lo era Hipatia, ni que lo sean Fray Luis de Leon ó San Juan de la Cruz. Luego no hay contradiccion en decir que no hay filosofía en España y encomiar el misticismo, que para el señor Menendez es más que la filosofía, con lo cual él propio declara que no es filosofía.

Respecto á que juzgamos por el éxito al negar el carácter de filosofía nacional á la que no funda escuela ni ejerce influencia, diremos al Sr. Menendez que á los escritores no se les juzga por el éxito; pero cuando se trata de instituciones ó creaciones sociales, sí se juzga. Si Platon (como supone el Sr. Menendez) hubiera sido desconocido hasta ahora y de repente apareciesen sus obras, nadie negaria el génio de Platon; pero como no habria existido una filosofía platónica, Platon no supondria nada en la historia de la filosofía, la cual no es un conjunto de biografías ilustres, sino el desarrollo gradual y sistemático del pensamiento humano, en el cual no influyen ni poco ni mucho los génios, por grandes que sean, si no logran darse á conocer é imponer su propio pensamiento.

Creemos haber contestado la parte seria del artículo del Sr. Menendez y haber probado: primero, que el Sr. Menendez no ha dado ninguna razon *sólida* ni *maciza* en apoyo de su tesis, y segundo, que la filosofía española, en el sentido de escuela nacional que haya ejercido verdadera influencia en el pensamiento humano, no existe ni ha existido nunca; como tampoco hemos tenido una historia científica de verdadera importancia. No negamos que esto sea doloroso para nuestro orgullo nacional; pero, aparte de que semejante falta está ámpliamente compensada por nuestra gloriosa historia literaria y artística, el verdadero patriotismo no consiste en adular á la pátria, sino en decirle verdades provechosas, por amargas que sean, y la ciencia seria, la ciencia *sólida* y *maciza*, está obligada á decir toda la verdad y no á halagar el orgullo nacional. Es cuanto tenemos que contestar al artículo del Sr. Menendez, con el cual no pensamos discutir mientras no emplee en sus polémicas más comedidas formas, y no se abstenga de cierto género de ligeras é infundadas acusaciones.

M. DE LA REVILLA.

CORRESPONDENCIA DE PARÍS.

PARÍS 10 de Agosto de 1876.

Se siente demasiado calor aquí durante los meses de Julio y Agosto y son demasiados los parisienses que abandonan á París y se dispersan por nuestros establecimientos balnearios de los Pirineos, de Auvernia ó Saboya, ó bien por los baños de mar en las costas normandas y bretonas, para que den á luz los editores en tales momentos obras importantes. La librería Charpentier concluye la reimpresion de las novelas de los hermanos De Goncourt y empieza la de las novelas de Mr. Champfleury. La casa Calmann Levy prepara la publicacion de la *Correspondencia de Balzac*, que ha de formar un grueso tomo y que segun se dice será interesantísima. Creo que muy pronto tendré que hablaros largamente de esas cartas de nuestro ilustre novelista. Tambien en la librería Calmann Levy van á publicarse dos importantes tomos de poesías que Mr. Víctor Hugo debe dar á la estampa durante las vacaciones del Senado.

La mayor parte de nuestros teatros se han cerrado algunas semanas há. Cuatro ó cinco que se obstinan en permanecer abiertos á despecho de la estacion, como el *Palais Royal* y algunos dedicados al drama, vuelven á poner en escena obras ya antiguas, con cuyos nombres aspiran á atraer algunos espectadores; el *Gymnase* ha dado sucesivamente varias novedades que no han logrado conservarse mucho tiempo en los carteles. Puede decirse que el interés que despiertan los teatros no comenzará de nuevo hasta que trascurren algunas semanas. Para el otoño ó los primeros dias del invierno se nos promete una produccion de Alejandro Dumas, otra de Alfonso Daudet y otra de Sardou. Por último, tambien la *Opera* va á poner en escena una obra nueva, *Le roi de Lahore*, de Mr. Jules Massenet, jóven compositor que apenas tiene treinta años y ya es conocido por numerosos triunfos y que precisamente en estos últimos dias ha sido condecorado. Nos prometen para *Le roi de Lahore* soberbias decoraciones, maravillosos bailes, una *mise en scene* propia del asunto indio de que se trata, y, por decirlo de una vez, una música que no resultará inferior á tanta magnificencia. Si nada hay, pues, en el presente de que podamos envanecernos, podemos esperar en cambio de lo porvenir una cabal compensacion.

Y mientras que esta llega, permitidme que aproveche esta muerta estacion literaria para daros algunos detalles del estado de la prensa parisiense. La prensa es en nuestros dias un importante ramo de la literatura, y nunca hay para ella una estacion muerta. Donde quiera que el público esté, la necesita para que le entere de dia y de noche acerca de aquello que le importa. Hoy os hablaré de nuestros diarios; en otra ocasion hablaremos de la prensa periódica y de las revistas. Me he visto tantas veces en verdadero apuro al hallarme entre los títulos de los diarios extranjeros, que no puedo ménos de abrigar la esperanza de que el público español recogerá con benevolencia estos datos sobre los diarios franceses. Tendrán un mérito al ménos: el de una perfecta exactitud.

La cuestion importante es en Francia, mucho tiempo há, la cuestion política. Más de ochenta años han trascurrido desde que busca nuestro país la forma de gobierno en que fijarse, sin haber podido todavía conseguirla definitivamente. Y sin embargo, nunca estuvo esta cuestion política tan claramente planteada como despues de nuestra última guerra. Puede decirse que no hay en Francia hoy dia más que una sola cuestion: la cuestion política. ¿Se consolidará la república entre nosotros, ó está destinada á desaparecer una vez más? Tal es el problema que se plantean todos los franceses y que cada uno se complace en resolver segun sus gustos. La gran division que existe entre los ciudadanos, es la de partidarios y adversarios de la república; los diarios, como los ciudadanos, se dividen en dos campos: de un lado, los que quieren la consolidacion de la república; del otro, los que la combaten.

El ejército de los diarios republicanos tiene la ventaja del número; tiene la de los lectores, y si la parcialidad no me ciega, cuenta tambien con la del talento. Sabeis que en tiempo de nuestra Asamblea nacional, el partido republicano se dividia en tres grupos: el centro izquierdo, la izquierda republicana, y, por último, la extrema izquierda. Esa division indicaba distinciones de temperamento más bien que de principios, pues en realidad, los miembros de esos tres grupos republicanos no han dejado de obrar y de votar en el mismo sentido, y esta union fué precisamente la que les dió el triunfo y la que produjo la Constitucion de 1875.

Esta misma division se encuentra en la prensa y entre los diarios igualmente adictos á la idea republicana; puede decirse que los unos representan el centro izquierdo, los otros la izquierda moderada y los de más allá la extrema izquierda, segun es cada uno en la forma más ó ménos tranquilo ó más ó ménos apasionado, más dispuesto á la conciliacion ó más ardiente en la lucha.

Los dos periódicos principales que podriamos llamar *centro izquierdo* son *Le Journal des Debats* y *Le Temps*. El primero es uno de nuestros diarios más antiguos y de los más justamente renombrados. Creo que es bastante conocido en España para que me sea lícito prescindir de hablar largamente de él. Ha representado largo tiempo la política orleanista, y hasta el año de 1873 próximamente ha oscilado entre la república y la monarquía. Sólo despues del fracaso definitivo de la fusion proyectada entre el conde de Chambord y los

príncipes de Orleans se ha puesto decididamente al lado de la república. Durante las últimas elecciones ha hecho una campaña muy resuelta contra los adversarios de las instituciones republicanas. Su director es Mr. Bapst, mas para nadie es un misterio que su principal inspirador político es Mr. Leon Say, ministro de Hacienda, que es cuñado de Mr. Bapst, y como él, uno de sus principales accionistas. *Le Journal des Debats* tiene la particularidad de dejar mucha libertad á sus redactores, los cuales profesan opiniones muchas veces distintas, hasta el punto de que no debe causar extrañeza encontrar en la segunda columna lo contrario de lo que se ha sostenido en la primera. Entre los redactores los hay eminentes, como, por ejemplo, el nervioso é irritable Mr. John Lemoine, que ha ingresado recientemente en la Academia francesa, y al cual le ha sucedido, no sólo que le contradijeran sus vecinos, sino contradirse él mismo con pocos dias de intervalo. *Le Journal des Debats* tiene la redaccion literaria más brillante de la prensa francesa. Sus artículos de la tercera página llevan con frecuencia las firmas de Cuvillier Fleury, Franck, Egger, Ernesto Renan, H. Taine. Además cuenta frecuentemente para la primera ó la segunda página con comunicaciones diplomáticas procedentes de importantísimos personajes extranjeros, y que son á las veces acontecimientos políticos. Mr. Clement Caraguel está encargado de la crítica teatral, que desempeña con su talento elegante y distinguido, mientras que dos jóvenes, dos hermanos, de los cuales uno firma Francis Charmes, y el otro Ch. Gabriel, tratan, no sin éxito, de política diaria. Para este diario ha sido una pérdida la que experimentó pocos meses há con la salida de Mr. Henry Aron, que ha sido nombrado redactor en jefe del *Journal Officiel*.

Le Temps es tal vez entre todos nuestros periódicos el que está mejor confeccionado, es el que podria ahorrar mejor al público de leer todos los otros. No hay suceso que no señale ni documento que no publique. Sus correspondencias del extranjero son las mejores de la prensa francesa. La de España ha sido hecha durante muchos años por Mr. de Coutouly, el cual creo que ha dejado en Madrid muchos amigos, y el mismo que despues ha contado con un estilo encantador el viaje del príncipe de Gales á la India. Otro hermano de Coutouly hace en este momento las cartas sobre la guerra de Sérvia. Mr. Lereboullet escribe cotidianamente en *Le Temps* una crónica espiritual; Mr. Jules Soury, muy conocido de los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, sigue los progresos de la erudicion; y finalmente, Francisque Sarcey, encargado de la crítica dramática, se ha hecho desde hace diez años con este folletin una autoridad que se podria llamar dictatorial; hasta tal punto es poco disputada. Acaso lo que más ha contribuido en estos últimos años á la fortuna siempre creciente de *Le Temps* son las cartas de Versalles, no firmadas, que han aparecido al dia siguiente de cada sesion importante. Todo el mundo sabe en París que estas cartas son debidas á Mr. Edmond Schérer, quien, despues de haber conseguido un renombre por estudios de crítica religiosa protestante, lo ha confirmado luego con trabajos de mucha nota de crítica literaria, y á quien en 1871 enviaron á la Asamblea Nacional los electores de Versalles. Ha encontrado en las cuestiones políticas una nueva ocasion para manifestar su raro talento. Nadie mejor que él sabe bosquejar el retrato de

un orador, poner en su sitio los incidentes de una sesión, ni analizar una situación política. Yo añado que no hay quien tenga más buen sentido práctico, una opinión más justa del estado de Francia, una decisión más advertida y más neta. *Las cartas de Versalles* de Mr. Schérer han convertido á la república, tanto en la Asamblea como en el país, á más de un espíritu recto y sensato, que las preocupaciones tenían alejados todavía de la forma republicana.

A los dos diarios que representan la política del centro izquierdo conven-dria añadir dos más todavía. Primeramente *Le Moniteur Universel*, dirigido por Mr. Dalloz y que se ha hecho republicano bastante recientemente; hoy, según se dice, recibe este diario las comunicaciones de Mr. de Marcere, ministro del Interior. Luego, *Le XIX Siecle*, diario que en ménos de cuatro años ha tomado uno de los primeros puestos en la imprenta parisiense. Es ciertamente el más parisiense de todos los diarios republicanos: y nadie se sorprenderá de ello, puesto que tiene por redactor en jefe á Mr. Edmond About, cuyo nombre pienso que es muy conocido en España. Al lado de Mr. Edmond About, que desgraciadamente prodiga allí muy poco su prosa tan viva y tan arrebatadora, Mr. Francisque Sarcey (el mismo que hace la crítica teatral de *Le Temps*) publica en *Le XIX Siecle* una crónica diaria que tiene el mayor éxito. Mr. Sarcey es un verdadero periodista: sabe interesar al público, y, cuando ha tomado entre manos una tesis, no abandonarla hasta que la haya hecho entrar bien en todos los espíritus. Hace más de dos años que prosigue una campaña contra el partido clerical y ultramontano, y fácil es ver en las cóleras que suscita entre los afiliados á dicho partido cuán en el blanco dan sus tiros.

Además de Mr. About y Mr. Sarcey tiene *Le XIX Siecle* á Mr. Paul Lafarqué, que hace los *comptes rendus* más risueños y más agradables de las sesiones de la Cámara, á Mr. Liebert y á Mr. Eugene Schuerb, hombre jóven todavía, que os señalo, porque ha de ser antes de muchos años uno de nuestros periodistas más ilustres.

He llegado á los diarios que pueden llamarse los diarios de la izquierda republicana. En primera fila entre estos, hay que nombrar á *Le Siecle*, el diario de oposicion de más influencia en tiempo del imperio y cuyo poder es grande todavía en estos dias. Cuenta en su consejo de inspeccion los nombres de MM. Henri Martin, Carnot, Maguin, Leblond, senadores ó diputados: tiene por director político al ilustre orador y profesor, mucho tiempo ministro de Mr. Thiers, Mr. Jules Simon. Hablaria más extensamente de este diario si no fuese sospechoso al hacer el elogio de un diario en el que tengo el honor de colaborar. Quiero, al ménos, citar entre sus redactores los nombres de Mr. Taxile Delord, autor de *La historia del segundo imperio*, y de Mr. Edmond Texier, que tres veces á la semana publica en él encantadoras crónicas parisienses. En el folletin de *Le Siecle* han visto la luz en estos últimos años las principales novelas de MM. Hector Malot, Emile Zola y Jules Claretie.

Allado de *Le Siecle* tiene su puesto *L'Opinion*, que se llamaba no hace mucho tiempo todavía *L'Opinion Nationale*. Fundado en el imperio por Adolphe Gueroult, el antiguo sansimoniano, *L'Opinion Nationale* ha defendido mucho tiempo la alianza de la democracia con el cesarismo: era el diario favorito del

príncipe Napoleon. Hoy *L'Opinion* ha reconocido lo vana que es la alianza de la libertad con los príncipes, ha renunciado al cesarismo y abrazado francamente la república. Un grupo de diputados y de senadores lo patrocina. Su director es Mr. Georges Gueroult, hijo de Adolphe Gueroult, al cual ayuda Mr. Emile Javal; alumno que fué de la escuela politécnica, lo mismo que Mr. Gueroult.

L'Opinion ha intentado últimamente una revolucion en el periodismo, de la cual, segun parece, se encuentra contento. Publica seis páginas en vez de cuatro: las dos de suplemento están consagradas á la literatura, á las artes, á las novedades de teatros, á todo lo que llamamos en general *petit journalisme*, que casi todas las mujeres y hasta un gran número de hombres prefieren hoy al *grand journalisme*.

Es menester enumerar todavía y citar al lado de *Le Siécle* y *L'Opinion*, á *Le Courrier de France*, *La Presse*, *La France*: este último está dirigido por Mr. Emile de Girardin, el más célebre de nuestros periodistas desde 1840 á 1850, el que hace cuarenta años tuvo la desgracia de matar en duelo á Armand Carrel. Mr. Girardin, que tiene, poco más ó ménos, la edad del siglo, ha conservado todavía un vigor singular de temperamento y de lenguaje.

El diario por excelencia que representa á la izquierda extrema, es *La République Française*. Fué fundado en 1871 por Mr. Gambetta y su amigo Mr. Spuller, diputado como él hoy en dia.

Este diario tomó en seguida en Francia un lugar de los más importantes, que debe, sobre todo, á la autoridad del nombre de Mr. Gambetta, la personalidad más alta del partido republicano. Al lado de Mr. Spuller escriben en él Mr. Challemel Lacour, el elocuente senador, Mr. Allain Targé, Mr. Gustave Isambert. Es un diario notablemente bien hecho, desde el punto de vista de los informes políticos y de la discusion: puede únicamente reprochársele una gravedad en el tono, á veces excesiva, y que hace su lectura un tanto austera para más de un francés. Por su moderacion, lo mismo que por su firmeza, este diario ha hecho mucho en cuatro años para hacer penetrar el espíritu de prudencia y política en el partido republicano. Este partido, además, está hoy, en su gran mayoría, tan perfectamente unido, que podeis, sobre casi todas las cuestiones, tomar un artículo de *La République Française*, de *Le Siécle* ó de *Le Temps*, sin encontrar entre ellos la menor diferencia de doctrina. No quiero olvidarme al hablar de *La République Française*, de señalaros los *folletines científicos* que publica dos veces á la semana, próximamente, y que están escritos por una série de nuestros más doctos jóvenes. Gozan de gran consideracion entre los lectores más competentes.

Un poco más avanzado que *La République Française*, ó, por mejor decir, un poco ménos prudente y mesurado que aquel en su lenguaje, se encuentra *Le Rappel*. Es el diario fundado en los últimos años del imperio por MM. Meurice y Vacquerie, ayudados por los dos hijos de Mr. Víctor Hugo, Charles y François Víctor Hugo. Desde entónces Mr. Meurice ha dejado *Le Rappel*, Charles y François Víctor Hugo han muerto jóvenes todavía; Mr. Auguste Vacquerie, uno de los poetas distinguidos de la escuela romántica, el principal discípulo literario de Víctor Hugo, el autor de *Tragaldabas*, queda de redactor en jefe de *Le Rappel*. A su lado escriben Mr. Locroy, diputado y Mrs. Gau-

lier y Camille Pelletan, hijo este último de nuestro eminente publicista Eugene Pelletan, hoy senadores. *Le Rappel* es uno de los diarios más leídos de Francia y de los más agradables de leerse. Está escrito con un estilo muy vivo, muy selecto y muy parisiense. Hace de buen grado la guerra de guerrillas, que gusta siempre tanto entre nosotros, la de la burla y del epigrama. Nadie ciertamente ha gastado más *esprit* de cinco años á esta parte, que Mr. Camille Pelletan en los *comptes-rendus* de nuestros debates parlamentarios, y nadie guarda todavía más de reserva. *Le Rappel* es el diario á que Mr. Louis Blanc envía de vez en cuando sus comunicaciones políticas y Mr. Víctor Hugo sus manifiestos.

Sabeis que se ha formado en estos últimos años una pequeña division en el partido republicano. Mientras que la gran mayoría se agrupaba al rededor de Mr. Gambetta y de Mr. Jules Simon para hacer votar la Constitucion republicana á costa de todos los sacrificios y de todas las concesiones posibles, algunos creyeron que era pagarla muy caro, y solicitan á los republicanos para que renuncien á esta política de transaccion y de compromisos, con la que tan bien les ha ido: se les ha designado como *los intransigentes*. No admiten que se resigne uno, al principio á lo ménos, para esperar lo mejor luego: quieren todo ó nada. Tres ó cuatro diarios representantes de esta opinion se han fundado desde que se levantó el estado de sitio. El único que tiene hasta ahora alguna importancia es el titulado *Les Droits de l'homme*, dirigido por monsieur Ives Guyot, consejero municipal de la ciudad de París, ayudado por su amigo, Mr. Sigismond Lacroix. El éxito de *Les Droits de l'homme* es, sobre todo, debido á artículos firmados con una X, y desde hace algunas semanas X... y, en los cuales se reconoce la acerada pluma de Henri Rochefort. El diario *Les Droits de l'homme* ha sido además condenado por los tribunales de París por esta colaboracion de un condenado político que nuestras leyes prohiben.

Como Mr. Gambetta es el que ha predicado, especialmente en los últimos años, al partido republicano la moderacion y la prudencia, á Mr. Gambetta principalmente atacan los diarios *intransigentes*. No hay un número de *Les Droits de l'homme* que no contenga contra él algun ataque violento. La influencia que se querria destruir antes que todo es la de este hombre político. La mayor desgracia que podria acontecer á la Francia, es que los diarios del color que tiene el de que ahora hablo alcanzasen una influencia verdadera en la opinion pública: felizmente, la desgracia no parece que sea de temer de ningun modo. Se lee siempre á Mr. Henri Rochefort y mueven á risa sus muchachadas, algunas veces divertidas; pero se ve más claramente que nunca que no hay en él la madera de un hombre político. Sus violencias hacen encogerse de hombros á las gentes sensatas, y creo yo que definitivamente es ya un hombre cuyo papel está terminado y que disipa lo que todavía le queda de talento.

He concluido con los periódicos republicanos. Ya veis, con pocas excepciones, cuál es su perfecto acuerdo. Entremos ahora en la torre de Babel, porque no encuentro mejor nombre para el concierto de cacofonía de los periódicos que combaten á la república. Es verdaderamente la confusion de lenguas. Todos los diarios se destrozarían con dientes y uñas los unos á los

otros, si, en este momento, un ódio comun contra sus enemigos victoriosos no los uniera pasajeramente.

Empecemos por los diarios legitimistas. Son dos, y ciertamente que bastan para el partido que representan, áun no contando ni el uno ni el otro sino muy pocos suscritores. ¿Cuántos millares, en efecto, pueden ser en Francia los partidarios del derecho divino de Enrique V? ¿Cuántos se imaginan seriamente que el pretendiente de 56 años, que jamás ha tenido hijo ni lo tendrá nunca, esté destinado á ceñir la corona caída en 1830 de la frente de su abuelo Carlos X? Pronto se ajustaria la cuenta.

El primero de estos dos diarios es *L'Union*. Es un diario poco extendido, pero cuyo realismo es á toda prueba. A él envia *Enrique V* sus manifiestos cuando quiere hacer conocer su voluntad á *su buen pueblo de Francia*. *L'Union* es un adversario estinado aún por los republicanos; tiene horror á la intriga y no se la dá de hábil. Sus redactores son hombres serios, de convicciones, y á su cabeza se encuentra Mr. de Mayol de Luppé, periodista jóven de un gran talento.

La Gazette de France representa, por el contrario, al partido legitimista que quiere ser hábil. En el fondo se resignaria sin gran incomodidad, á lo que parece, al triunfo de la monarquía orleanista, tan aborrecida de los verdaderos legitimistas que se acuerdan de 1830. Ha hecho en 1873 todos los esfuerzos para el triunfo de la fusion. En este momento, no viendo nada que hacer en favor del conde de Chambord ni de los príncipes de Orleans, se limita á atacar todos los dias á la república y á los republicanos.

No hay mucha distancia desde un diario legitimo, á la manera de *La Gazette de France*, hasta los orleanistas como *Le Soleil* ó *Le Français*. Estos tambien, aunque dedicados sobre todo á la rama segunda de nuestros reyes, se han metido en el bolsillo con gran cuidado su bandera monárquica. Estos tambien se han propuesto como única tarea, esperando mejores tiempos, impedir que se establezca la república. Declaran haber aceptado la Constitucion de 1875, pero no desperdician la más pequeña ocasion de vilipendiarla y de poner obstáculos en su camino.

Le Soleil desempeña un papel muy secundario; no parece ejercer absolutamente influencia en la opinion pública, ni en los círculos políticos. No le sucede lo mismo á *Le Français*, el diario mejor hecho sin disputa de los de la reaccion. Cuenta pocos lectores y pocos suscritores en el público; su importancia política no es por esto ménos considerable. Tiene por director á Mr. Beslay, hijo de un miembro de la Commune refugiado en Suiza; pero es grande la distancia entre Mr. Beslay padre y Mr. Beslay hijo. El diario de este tiene por inspiradores á MM. De Broglie y Buffet. Durante los meses que precedieron al 24 de Mayo y á la caída de Mr. Thiers, predicaba cada dia *Le Français* el gobierno de combate, el peligro social y todo lo demás; él es el que despues del 24 de Mayo ha hecho incesantemente la apología de la política de Mr. De Broglie, de Mr. De Tomton, de Mr. Buffet; él es el que, en el momento de las últimas elecciones, ha combatido con encarnizamiento todas las candidaturas republicanas, llamadas por él *candidaturas radicales*. Despues de las elecciones, habia disminuido considerablemente la im-

portancia de *Le Français*; pero habeis visto que en estas últimas semanas la política de resistencia al país, que habia sido la de la Asamblea Nacional y que parecia definitivamente condenada, ha vuelto á ser seguida por el Senado; ha surgido un conflicto entre las dos Cámaras, y desde entónces se ha vuelto á hacer interesante la consulta de *Le Français* para saber lo que preparan en el Senado los dos *leaders* de la reaccion, tan impopulares en el país: Mr. de Broglie y Mr. Buffet.

El partido bonapartista, el único que puede verdaderamente aprovecharse de nuestras discordias civiles, como ya una vez lo hizo, está representado en París por varios diarios, *La Patrie*, *L'Estafette*, *Le Constitutionnel*; pero sus dos principales órganos son *Le Pays* y *L'Ordre*. Este está dirigido por MM. Jules Auvigne y Richard, pasa por recibir sus inspiraciones del ex-ministro de Estado Mr. Rouher, y es el diario de los bonapartistas políticos que aspiran á crearse partidarios por una moderacion aparente. *Le Pays*, por el contrario, es el diario de los bonapartistas fogosos é impacientes. Tiene por redactor en jefe á Mr. Paul de Cassagnac, cuyos numerosos duelos y cuya calculada violencia de pluma ciertamente habrán llevado hasta España su nombre. Mr. Paul de Cassagnac es hoy diputado y varias veces ya ha pronunciado en la tribuna diatribas apasionadas. Declaraba además en su diario hace poco tiempo que el único papel de los bonapartistas en estos momentos era armar *escándalos*. Lo hace así en efecto por su parte; pero lo que es más que dudoso, es que todo ese *escándalo* aproveche á la larga á su partido y aun á su misma persona.

Por fuera de los periódicos antirepublicanos, legitimistas, orleanistas, bonapartistas, hay todavía dos que debo señalaros. *Le Monde* y *L'Univers*. Estos no pertenecen propiamente á tal ó cual partido político—aunque sus simpatías secretas estén seguramente por la legitimidad;—pero son ántes que nada los instrumentos del partido clerical, que hace en estos momentos un gran papel político en Francia y que es, tal vez, el adversario más encarnizado y más peligroso de las instituciones republicanas.

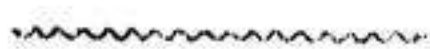
Le Monde es muy pálido, y aún podria decirse muy insulso: mas *L'Univers* tiene energía y fogosidad por dos. Sólo cuenta en su redaccion con un hombre de talento; pero este es uno de los primeros periodistas, si no es el primero de todos, de nuestra época: Mr. Louis Veillot. Otro nombre tambien muy conocido en España. Nadie maneja como él la injuria y la violencia. Ha hecho del ultraje á sus enemigos una especialidad que sorprende un poco, lo confieso, de parte de un celoso defensor del Evangelio; pero en nuestro siglo, preciso es no admirarnos de nada. Todo es puro para los puros, segun parece, y todo les está permitido, incluso lo que está prohibido á los demás. Se ha puesto en duda frecuentemente la sinceridad del celo ultramontano de Mr. Louis Veillot: en cuanto á mí, creo en dicha sinceridad, pues en suma, todo en él se mantiene dentro de las opiniones, y no es el primer fanático que se haya mostrado intolerante. Hoy se está haciendo viejo, y muy á menudo se resienten sus artículos del efecto de la edad: sin embargo, todavía á veces recobra toda su fuerza y todo su verdor de los antiguos dias, y tiene tanto talento, que, por más que se le encuentre grosero, brutal, desbocado,

de mala fé muchas veces en sus discusiones, dando injurias en lugar de razones, hasta de mal tono y de mala sociedad, no se puede ménos de reconocer que pocos hombres en este siglo han sabido manejar tan bien como él la lengua francesa.

¿Es preciso ya hablaros de *Le Figaro*? Es un diario francés de mucha circulacion en Francia y en el extranjero, y en honra de nuestra imprenta, ¡me gustaria tanto que tuviera ménos! Es entre todos nuestros diarios como una cosa aparte, ó más bien, ha creado como un periodismo aparte, porque ni aun en su género es el único. Su éxito le ha suscitado muy pronto imitadores: *Le Gaulois*, el *París-Journal*, *L'Événement*. Los dos primeros son bonapartistas, el tercero se declara republicano. En cuanto al mismo *Figaro*, ¿qué es en política? Ama con un amor platónico á la legitimidad, coquetea con los Orleans, ha estado más que bien con el império. La sola cosa que execra cordialmente es la república. Pero todavía no juraria yo que no se reconciliará con ella el mejor dia. Tiene por gran cuidado seguir las opiniones de cierta clase de gentes que forman su clientela especial: los parisienses del *boulevard*, las señoras del mundo y del *demi-mond*, las señoronas, los nobles extranjeros y las gentes de *vida alegre*. Respira habitualmente, hoy por hoy, un amable perfume mezclado de devocion y galantería. Debe, sobre todo, su voga á la extension de sus informes y al cuidado con que tiene á sus lectores al tanto de todos los *cancans*, y con más especialidad, de todos los escándalos de la vida parisiense.

Una de las mayores equivocaciones de los extranjeros, dicho sea de pasada, cuando juzgan á Francia, es la de ver nuestra sociedad al través de *Le Figaro*, y creer que el diario de Mr. de Villemessant, el teatro de Mr. Dumas, hijo, y las operetas de Offenbach, representan nuestra civilizacion. Nuestra civilizacion, gracias al cielo, es muy diferente de la que estas tres cosas dan á entender; y si es demasiado cierto que es grande la depravacion en París, como en todas las vastas ciudades, menester es añadir que el verdadero París, el que ha hecho y todavía hace la grandeza de nuestro país, no es el de los cafés cantantes ó de los gabinetes reservados de los *restaurants*, sino el de los trabajadores de todas suertes, que se cuentan por centenares de miles. Pero volviendo á la prensa, si tenemos un *Figaro*, un *París-Journal*, un *Gaulois*, un *Événement*, tenemos al lado de estos una infinidad de diarios hechos con seriedad que ciertamente podrian estar todavía mejor hechos, pero que tales cuales son, merecen lectores y los encuentran. Estos son los que despues de todo tienen influencia en los destinos del país, pues á ellos acuden los lectores en demanda de apreciaciones políticas, y ellos son los consultados en dias de elecciones acerca de los méritos de los candidatos.

CHARLES BIGOT.



PROGRAMA

DE LOS CURSOS DE FILOSOFÍA EN LAS UNIVERSIDADES ALEMANAS
PARA EL SEMESTRE DE VERANO—1876 (1).

IMPERIO ALEMÁN.

BERLIN. = *Zeller*.—O.—Crítica literaria é histórica. Filosofía del derecho. Lógica y teoría del conocimiento. = *Helmholtz*.—O.—Principios lógicos de las ciencias experimentales. = *Vahlen*.—O.—La poética de Aristóteles. = *Harms*.—O.—Psicología. Historia general de la filosofía. = *Lazarus*.—Prof. hon.—Psicología aplicada á la retórica y á la didáctica. = *Michelet*.—E.—De toda buena disciplina en filosofía. = *Althaus*.—E.—Introducción general á la filosofía de la historia. Desarrollo y crítica de los principios de la filosofía hegeliana. Historia general de la filosofía hasta el siglo XVIII. = *Marcker*.—Doc.—Principios de moral de los antiguos, según Aristóteles. Filosofía del arte de los antiguos. = *Dühring*.—Doc.—Del optimismo y el pesimismo en filosofía y en política. Historia de la filosofía desde su origen hasta nuestros días. = *Paulsen*.—Doc.—Estudios sobre la crítica de la razón pura de Kant. Historia de la filosofía en los siglos XVII y XVIII.

BONA. = *Knoodt*.—O.—La filosofía ántes de Sócrates. Metafísica. = *J. Bona-Meyer*.—O.—Filosofía de Aristóteles. Enciclopedia de filosofía y de Lógica. = *Neuháuser*.—O.—El *Organon* de Aristóteles. Psicología. = *Schaarschmidt*.—E.—El Banquete de Platon. Lógica y Enciclopedia de filosofía. = *J. Bernays*.—E.—Introducción á las obras de Aristóteles y aclaraciones sobre su poética. = *V. Hertling*.—Doc.—Metafísica. Historia de la filosofía antigua. = *Witte*.—Doc.—Historia de la filosofía alemana desde Kant.

BRAUNSBURG. = *Weissbrodt*.—O.—Poética de Aristóteles. = *Krause*.—Doc.—Psicología. La vida y los escritos de Platon.

BRESLAU. = *Elvenich*.—O.—Metafísica. = *Dilthey*.—O.—Puntos fundamentales de la lógica. Historia de la pedagogía. = *Th. Weber*.—E.—Psicología. El Estado y la Iglesia. = *Oginski*.—Doc.—Introducción á la filosofía.

(1) Nuestros lectores verán con gusto, seguramente, el cuadro que les ofrecemos y que suministra importantísimos datos para el conocimiento de la organización universitaria y del estado de la filosofía en Alemania. No es la mejor manera de amar la cultura patria abstenerse con recelosa y estrecha susceptibilidad de estudiar atentamente las manifestaciones con que se reviste la civilización en otros pueblos. El número de las cátedras, los asuntos que en ellas se dilucidan y que implican una solemne consagración de la libertad de la ciencia, el amplio criterio que se descubre á la mera lectura de este programa, son ciertamente motivos muy poderosos para serias meditaciones en un país como el nuestro, que está firmemente decidido á enriquecer el espíritu nacional con grandes ideas capaces de darle vida y aliento dignos de su génio.

La O designa los profesores ordinarios; la E los extraordinarios, y la abreviatura *doc* los privat-docenten. (Véase sobre estos últimos: Perojo: *Crónica de la literatura alemana*, REVISTA CONTEMPORÁNEA, 29 de Febrero de 1876.)

Historia de la filosofía griega. La idea de la personalidad. = *Freudenthal*.—
Doc.—La poética de Aristóteles.

ERLANGEN. = *Fischer*.—O.—Historia de la filosofía, en particular de los sistemas modernos. = *Heyler*.—O.—Teoría de la estética; Trozos escogidos de la metafísica de Aristóteles. = *Selenka*.—O.—Teoría de Darwin. = *Schmid-Schwarzenberg*.—E.—Filosofía moral.—Historia de la pedagogía.

GIESSEN. = *Lutterbeck*.—O.—Juicios sobre la filosofía griega, según Ritter y Preller. = *Bratuscheck*.—O.—Historia de la filosofía europea. = *Noach*.—Prof. hon.—Introducción á la filosofía y á su historia. = *Zimmermann*.—E.—Estética. = *Wiegand*.—Doc.—La Política de Platon. Séneca, las cartas á Lucilio.

GOTINGA. = *Bohtz*.—O.—Psicología. = *Lotze*.—O.—Metafísica. Filosofía práctica. = *Sauppe*.—O.—Ejercicios pedagógicos. = *Baumann*.—O.—Historia de la filosofía antigua. Lógica. Fundamentos de la metafísica de las costumbres de Kant. = *Krüger*.—E.—Historia de la educación. = *Peipers*.—E.—Extractos de la historia de la filosofía griega y romana de Ritter y Preller.—El Teetetes de Platon. = *Rehnisch*.—Doc.—Elementos de la lógica de Aristóteles, de Trendelenbourg. Estadística social de la controversia sobre las relaciones entre el libre albedrío y la estadística moral. = *Ueberhorst*.—Doc.—Historia de la teoría del conocimiento desde Bacon.

GREIFSWALD. = *Baier*.—O.—Enciclopedia de filosofía y de lógica: Filosofía de las religiones. = *Susemihl*.—O.—Estudios sobre Platon y Aristóteles. = *Kiessling*.—O.—Ejercicios didácticos. = *Schuppe*.—O.—Ejercicios didácticos, dialécticos; pedagogía.

FRIBURGO DE BRISGAU. = *Sengler*.—O.—Historia de la nueva filosofía moral. = *Spicker*.—E.—El optimismo y el pesimismo: el monismo y el dualismo.

HALLE. = *Erdmann*.—O.—Introducción histórica á la Lógica. Psicología. = *Ulrici*.—O.—Lógica y teoría del conocimiento. Metafísica: teorías científicas modernas sobre el origen y formación del mundo. = *Haym*.—O.—Introducción á la filosofía: poética. = *Asmus*.—Doc.—La libertad humana. Filosofía de las religiones. = *Krohn*.—Doc.—Enciclopedia de las ciencias filosóficas. = *Thiele*.—Doc.—Vida y escritos de Kant. Psicología.

HEIDELBERG. = *V. Reichling-Meldegg*.—O.—Historia de la filosofía. Lecciones filosóficas sobre el *Fausto* de Goethe. = *Kuno Fischer*.—O.—Lógica y metafísica. Historia de la filosofía moderna. = *K. V. Reichling-Meldegg*.—Doc.—Exposición y crítica de la filosofía de Schopenhauer. Su importancia actual. = *Doergens*.—Doc.—Principios fundamentales de la filosofía de la historia. = *Caspari*.—Doc.—Psicología. Problema del conocimiento.

JENA. = *Mor. Schmidt*.—O.—Política de Aristóteles. = *Fortlage*.—O.—Historia de la filosofía desde Kant. Psicología y antropología. = *Eucken*.—O.—Lógica y metodología de la ciencia. Exposición de la filosofía platónica, como introducción á la filosofía. Introducción al estudio del sistema de Leibnitz. = *Stoy*.—Profesor honorario.—Los *consilia scholastica* de Wolf.

KIEL. = *Forchhammer*.—O.—La política de Aristóteles. = *Thaulow*.—O.—Enciclopedia de las ciencias filosóficas. Estética y principales períodos de la historia del arte. Poética de Aristóteles. = *Pfleilerer*.—O.—La monadología de Leibnitz. Historia de la filosofía griega. Schleiermacher como teólogo y filósofo. = *Alberti*.—Doc.—La república.

KÖNIGSBERG. = *Lehrs*.—O.—El Banquete de Platon. = *Jordan*.—O.—La poética de Aristóteles. = *Walter*.—O.—Lessing. Ejercicios filosóficos sobre los diálogos de Platon. Lógica. = *Quabicker*.—E.—Investigaciones de Hume sobre el entendimiento humano. Historia de la filosofía hasta Kant. = *Arnold*.—Doc.—Introducción á la filosofía.

LEIPZIG. = *Drobisch*.—O.—Introducción á la filosofía y á la lógica. Los prolegómenos á toda metafísica futura, de Kant. = *Masius*.—O.—Pedagogía general. Las escuelas de los siglos XVI y XVII. = *Zoellner*.—O.—Las teorías

del conocimiento de Condillac y de Locke. = *M. Heinze*.—O.—Historia de la filosofía moderna. Psicología. = *Wundt*.—O.—Psicología. Resultados generales de la fisiología del cerebro y de los nervios desde el punto de vista psicológico. = *Strümbell*.—Prof. hon.—Psicología. Metafísica. = *Konr. Hermann*.—E.—Historia de la filosofía. Psicología, psicología de los pueblos y filosofía de la historia. Gramática general y filosofía del lenguaje. = *Ziller*.—E.—Psicología. Pedagogía general. = *Eckstein*.—E.—Historia del humanismo en los siglos XV y XVI. = *Seydel*.—E.—Lógica y ciencia del conocimiento.—Desarrollo de la filosofía alemana desde Kant; cuestiones principales de filosofía estética. = *Schuster*.—E.—Historia de la filosofía antigua. Concepciones religiosas y filosóficas del mundo. Explicación del Gorgias de Platon. = *Hirzel*.—Doc.—El Banquete de Platon. Historia de la filosofía romana. = *Goering*.—Doc.—Curso de filosofía. Investigaciones de Hume sobre el entendimiento humano. = *H. Wolf*.—Doc.—Lógica é historia de la lógica. Origen del desarrollo de los principales problemas filosóficos. = *Avenarius*.—Doc.—Origen de los problemas filosóficos. De ciertos fenómenos anormales de la conciencia.

MARBURGO. = *Bergmann*.—O.—Explicación de los prolegómenos de Kant. psicología. = *Cohen*.—O.—La moral de Kant. Lógica.

MUNICH: = *Beckers*.—O.—Filosofía del derecho. La segunda filosofía de Schelling. = *Frohschammer*.—O.—Filosofía de la naturaleza. Historia de la filosofía. = *V. Prantl*.—O.—Historia de la filosofía. Filosofía del derecho: estudios sobre los orígenes de la historia de la filosofía. = *Huber*.—O.—Historia de la filosofía. Historia del movimiento socialista. = *Carriere*.—Idealismo y materialismo, su valor, su conciliación en el ideal-realismo. = *Messmer*.—Estética con historia general del arte.

MUNSTER. = *Schulter*.—O.—Historia de la filosofía griega. La filosofía y la teología de Dante. = *Hagemann*.—Doc.—Historia de la filosofía moderna desde Descartes. Ciencia del pensamiento y del conocimiento. Metafísica.

ROSTOCK: = *H. V. Stein*.—O.—Historia de la filosofía de los padres de la Iglesia hasta los tiempos modernos. Psicología. Pedagogía. = *Weinholtz*.—Doc.—El ideismo tratado prácticamente.

ESTRASBURGO: = *Weber*.—O.—Filosofía contemporánea y particularmente el sistema pesimista. = *Laas*.—O.—Historia de la filosofía desde Thales hasta el fin de la Escolástica. Lógica. = *Liebmann*.—E.—Introducción á la filosofía. Historia de la filosofía moderna hasta Kant.

TUBINGA: = *V. Reiff*.—O.—Historia de la filosofía moderna desde Descartes hasta Hegel. Filosofía de las religiones y su historia. = *V. Sigwart*.—O.—Metafísica. Problemas fundamentales de filosofía, en presencia de los importantes hechos y resultados dados por las ciencias empíricas. = *Class*.—Doc.—Ciencia de Dios y de la libertad humana en la filosofía kantiana y post-kantiana.

WURZBURGO: = *Franz Hoffmann*.—O.—Antropología y Psicología. = *Grasberger*.—O.—Pedagogía y didáctica. = *Stumpf*.—O.—Lógica.

SUIZA ALEMANA.

BASILEA. = *Steffensen*.—O.—Historia de la filosofía moderna. = *Nietzsche*.—O.—La filosofía antes de Platon. Vida y doctrina de Platon. = *Siebeck*.—O.—Psicología. Estética.

BERNA. = *Ris*.—O.—Antropología y Psicología. Historia de la filosofía moderna hasta Kant. = *Rettig*.—O.—El Banquete de Platon. = *Hebler*.—O.—Lógica. Estética. = *Hirzel*.—O.—Poética. = *Rüegg*.—E.—Historia de la Pedagogía. = *Trachsel*.—E.—Historia de la filosofía antigua. Filosofía de las religiones. = *Sahn*.—Doc.—El Fedon de Platon.

ZURICH.=Kym.—O.—Psicología. Historia de la filosofía antigua.=Windelband.—O.—Psicología. Historia de la filosofía moderna hasta Kant. Crítica de la filosofía kantiana.=Tobler.—O.—Explicación del Cratilo de Platon como introducción á la filosofía del lenguaje.=Fehr.—Doc.—Pedagogía.=Dodel.—Doc.—Principios de la nueva historia de la creación, según la teoría de la descendencia de Darwin.=Kleiner.—Doc.—Fundamentos filosóficos de las ciencias exactas.

RUSIA.

DORPAT.=Teichmuller.—O.—Psicología. Historia de la Pedagogía.

AUSTRIA.

CZERNOWICZ.=Goldboeher.—O.—El Lysis y el Charmides de Platon.—Marty.—O.—Introducción á la filosofía y á la historia de la filosofía antigua. Capítulos escogidos de Psicología.

GRAZ.=Nahlowky.—O.—Fundamentos de la psicología.—Estudios sobre los sentimientos.—Kaulich.—E.—Psicología. Historia de la filosofía griega.—Riehl.—Lógica y teoría del método científico. Aclaración sobre la razón pura de Kant.

INNSBRUCK.=Wildauer.—O.—Estética de la poesía, etc.—Barach-Rapaport.—O.—Lessing como filósofo y teólogo. Aclaraciones sobre los prolegómenos de Kant. Historia y método de la inducción.—Biehl.—Explicación del Timeo de Platon.

PRAGA.=Loewe.—O.—Lógica. Los sistemas filosóficos de Descartes. Spinoza y Leibnitz en sus relaciones recíprocas.—Volkman von Volkmar.—O.—Psicología analítica. Introducción al estudio de la filosofía.—Willmann.—E.—Enciclopedia de Pedagogía. Teorías político-pedagógicas en la antigüedad.

VIENA.=R. Zimmermann.—O.—Psicología. Historia de la filosofía.—Gomperz.—O.—Trazos escogidos de la Metafísica y del tratado del alma, de Aristóteles.=Brentano.—O.—La filosofía de Aristóteles. Los sofismas en política.=Vogt.—E.—Metafísica.=Poley.—Doc.—Comparación de los sistemas Hindus con los sistemas de filosofía griega.

El cuadro que precede está sacado del programa completo que publica el excelente periódico alemán *Philosophische Monatshefte* (XII Band, Heft V).—La *Revue Philosophique* ha hecho un extracto mirando á dar cuenta exclusivamente de la enseñanza filosófica y prescindiendo, por tanto, de otros cursos que en el periódico alemán se insertan también. Nos ha parecido conveniente seguir en esta ocasión el ejemplo de nuestro ilustradísimo colega traspirenaico, y en justicia debido no quitarle ni la responsabilidad ni el aplauso de su extracto.

Madrid, 15 de Agosto de 1876.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJÓ.

Madrid, 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez,

San Miguel, 23, bajo.